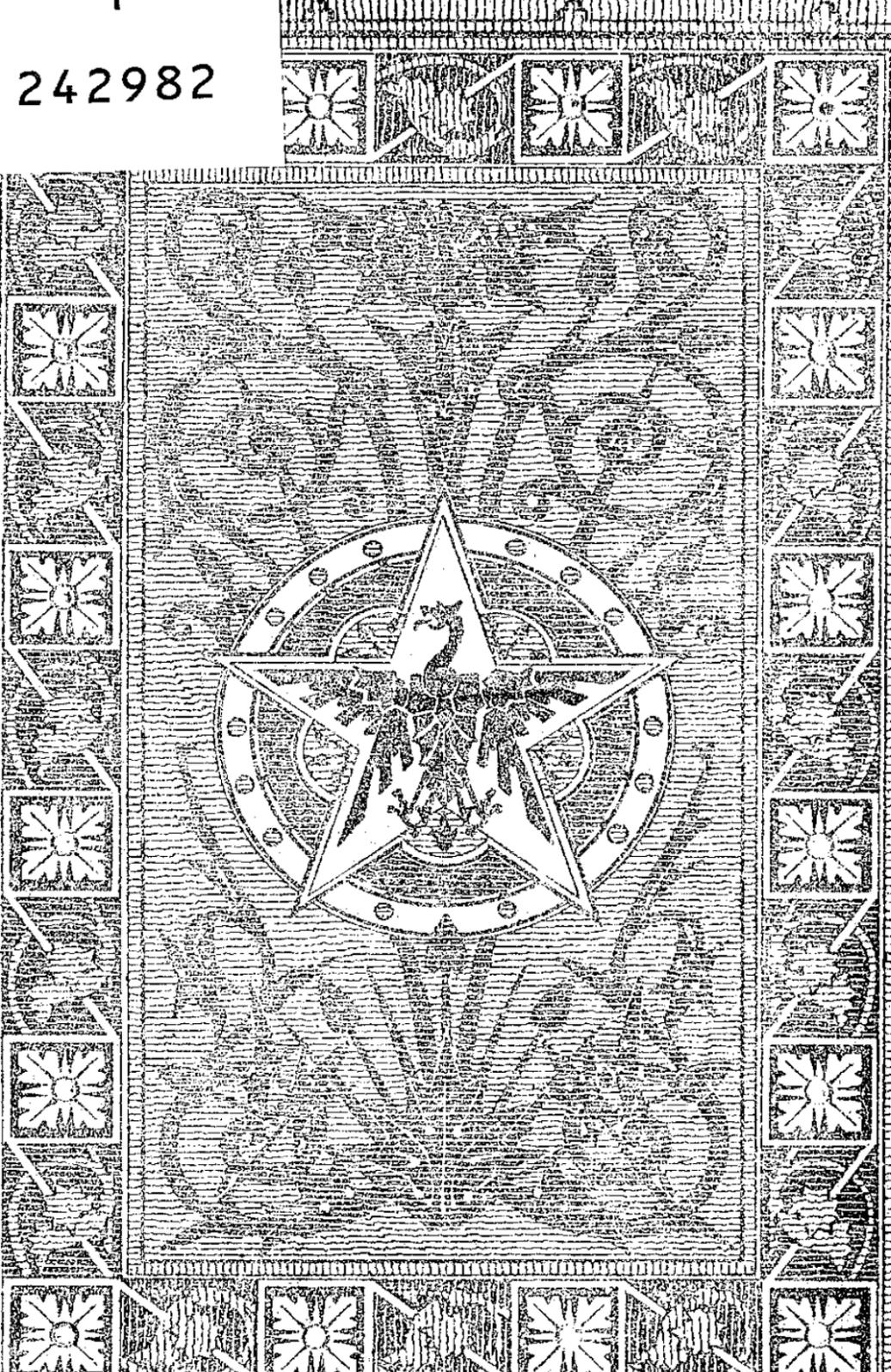


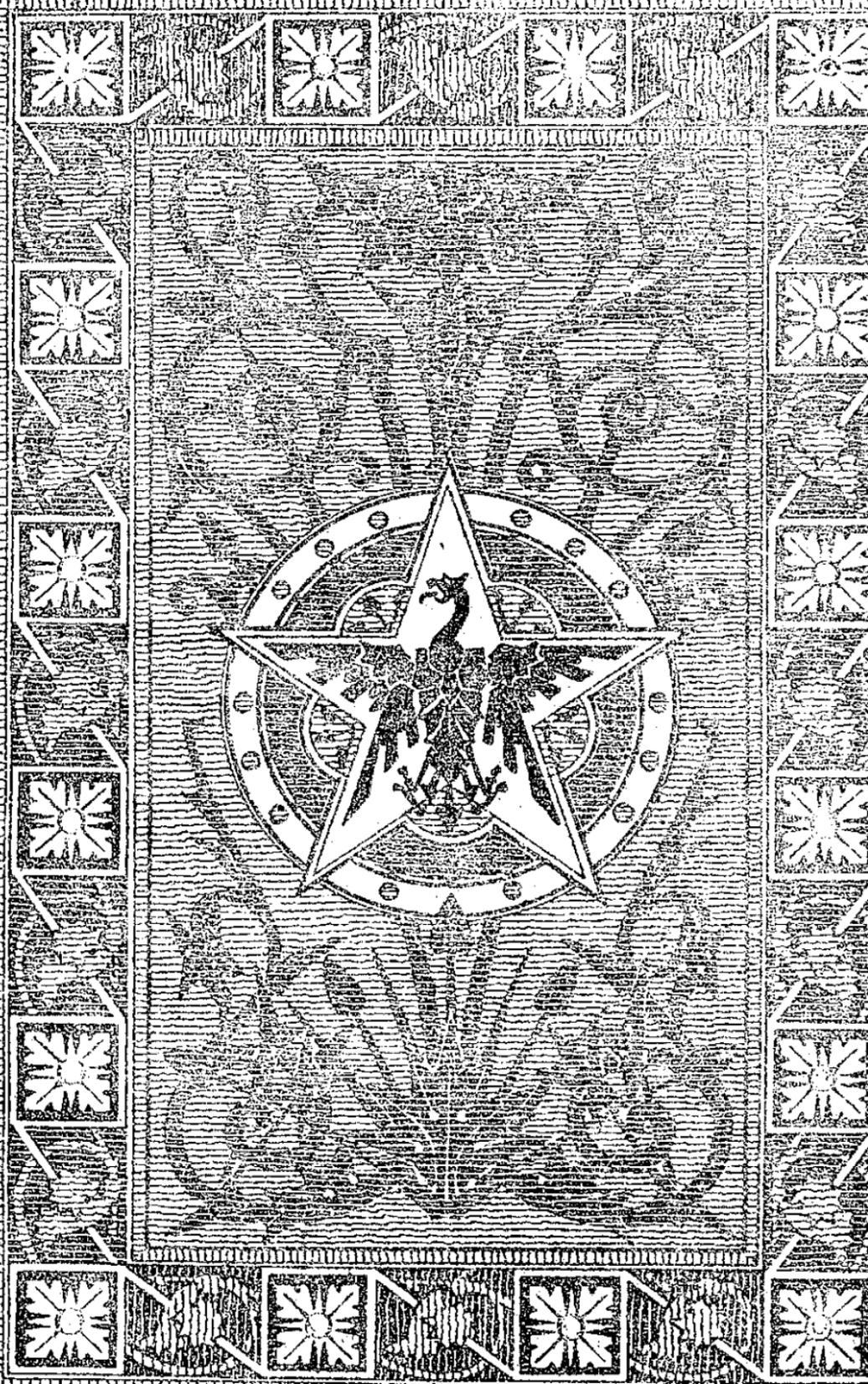
Magdalena



J. SANDEAU

242982





MAGDALENA

ES PROPIEDAD

100/94674 47/975

JULIO SANDEAU

MAGDALENA

(NOVELA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA)

VERSIÓN CASTELLANA DE

A. BLANCO PRIETO

PRECEDIDA DE UNA INTRODUCCIÓN POR

EDMUNDO WERDET

ILUSTRACIÓN DE E. BAYARD



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

Daniel Cortezo y C.^a-Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1888





JULIO SANDEAU

(1832 Á 1859)

NOTAS ÍNTIMAS

I

Conocí á Julio Sandeau en esa fase de la vida (tenía veinticinco años apenas) en que fermenta la savia del talento y de la juventud, en que las pasiones generosas desbordan sobre las demás, en que estalla la amistad, vanguardia del amor, llena de abnegación y de filantropía.

Asistí á todos esos instantes de dolorosas angustias en que las entrañas del poeta se desgarran para abrir paso á los primeros frutos que da á luz el genio.

He sido testigo, confidente, de las quejas que exhalaba un corazón herido en sus más tiernas, en sus más caras afecciones, las primeras en espaciarse y cuya amargura no está exenta de cierto atractivo.



En mi pecho resonaron los gritos ahogados de sus primeras creaciones. Y concebí para este escritor una estimación tan profunda, una amistad tan sincera, que sus recuerdos constituyen aún la felicidad de mi vejez, pensando en la intimidad que me unió con un hombre tan insigne.

Cada vez que evoco esta época de mi carrera de editor, mi sangre reanimada circula por mis venas con más libertad y abundancia; al recuerdo de semejantes relaciones, pareceme que no he envejecido.

Me sucede lo que á esos viajeros que, encontrándose de repente sentados al hogar de una hospitalidad generosa, después de haber franqueado las asperezas del camino, se dicen, restregándose las manos con fruición :

— ¡Pues señor, qué bien estoy aquí!

¿Le acontece hoy al escritor lo que á su antiguo editor?

Dudarlo un momento sería crimen.

Los éxitos famosos de *Mademoiselle de la Seiglière*, del *Neveu de M. Poirson*, y otras y otras obras delicadas y artísticamente cinceladas ¿han hecho olvidar al poeta á su antiguo editor de *Marianna*, de *Madame de Somerville*, del *Docteur Herbeau*?

No, no; es imposible.

Rechazo semejante idea, por serme dolorosa, y la rechazo tanto más porque sería injuriosa para el hombre á quien me he habituado á amar desde hace largo tiempo.

La gloria, sobre todo cuando se adquirió legítima-

mente, no sabría transformar hasta este punto un noble corazón; y aun cuando ejerciera tan deletérea influencia en todos los demás, paréceme que debería invocarse una excepción en favor de Julio Sandeau.

Sea como fuere, tengo empeño, y mucho, en que el lector conozca á fondo al escritor de talento á quien debe tantas obras encantadoras y á quien yo á mi vez debo tan afectuosos recuerdos.

II

Un día (corría el año 1832) el autor de *Marianna*, quebrantado el corazón, víctima de las más amargas decepciones, encontró en su vía á tres amigos.

Cuéstame decirlo, tanto estimo á los literatos, pero la verdad ante todo!

Aquellos no eran tres escritores, sino tres simples comerciantes: un impresor y dos librereros, hombres de corazón y de espíritu, cuyos nombres cito con orgullo.

Uno de ellos se llamaba *Allardin*, editor; con su fortuna y su vida ha pagado su adhesión á las letras y á los que las cultivan.

Los otros dos eran los hermanos *Dupuis*, impresor el uno, y librero el otro.

A estos tres hombres de corazón deben quizá la poesía y el arte la conservación de los días del autor de tantos libros que encantan nuestras veladas solitarias, y de tantas obras dramáticas cuyos éxitos merecidos han tenido otras fuentes que el entusiasmo del momento, el capricho ó la moda.

De sus manos recibió Julio Sandeau el precio de su primer libro: *Madame de Somerville*; en seguida salió de París para visitar á Italia.

A usanza de artista, con la mochila al hombro y el bastón en la mano, emprendió su ruta á pie.

Este viaje, durante el cual sus tres amigos publicaron *Madame de Somerville* que obtuvo inmenso éxito, duró cerca de dos años; los amigos velaron todavía, durante su larga ausencia de poeta, por aquel soñador, con paternal solicitud.

Después, regresó Julio á París, instalándose en Chaillot.

Aquí abandono todo rodeo para llegar en línea recta, por el camino real, á referir cómo entré en relaciones con él, en Junio de 1834.

Era yo editor entonces de Balzac, de Enrique Berthoud, de Félix Davin, de Norvins y de otros autores de verdadero mérito para la época; estaba al acecho de todos los nuevos astros que se elevaban en el horizonte literario; hojeaba sus producciones con fruición; y entre todas esas obras, había leído con verdadero entusiasmo un volumen que acababa de publicar Allardin; era la deliciosa novela de Julio Sandeau: *Madame de Somerville*, su estreno literario, á la verdad, pero

obra maestra de gracia, de frescura, de imaginación y de estilo.

La lectura del volumen me sorprendió, y prometíme desde entonces trabar buenas relaciones con un joven autor tan distinguido.

Hablé de ello á Balzac, que me dijo: « Julio Sandeau es mi amigo; ahora viaja por Italia; cuando regrese, no dejará de venir á visitarme; os avisaré y os presentaré á él; lo demás corre de vuestra cuenta; tenéis sobradísima razón en desear relacionaros con ese joven, que irá lejos, os lo aseguro.»

Semejante profecía en boca de Balzac parecióme tanto más notable, cuanto que, por lo general, era muy parco en elogios para todo astro nuevo que brillaba en el horizonte; tal era su constante temor de encontrar en su senda algún rival.

Esta vez mi esperanza no salió fallida.

«Venid á comer conmigo mañana, díjome cierto día Balzac; quiero presentaros á dos buenos amigos; quedaréis encantado de su conocimiento.»

Engolosinado por tan graciosa invitación, ya comprenderéis si fui exacto á la cita!

Encontré á Balzac en su despacho, calle Cassini, en compañía de dos jóvenes, cuyo traje sencillo, pero elegante, mostraba que pertenecían á la buena sociedad.

Uno de ellos esbelto, alto, tenía la mirada viva, chispeando penetración é ingenio; negra y abundante cabellera formaba marco á su rostro sonrosado, de perfecto óvalo; el otro, de estatura mediana, á lo que creí

notar, pues estaba negligentemente recostado en el diván, en actitud graciosa, que dejaba adivinar una apostura perfecta, llena de elegancia, tenía el cabello castaño, fino y sedoso; su elevada frente denunciaba ya las fatigas del alma; sus ojos, de extremada dulzura, se fijaron en mí; levantóse al verme y Balzac, tomándole de la mano, me dijo:

—Estos son los dos amigos que os dije; uno, el que os presento, es el literato de quien tantas veces me habéis hablado con admiración, Julio Sandeau.

A este nombre, á este encuentro inesperado, latió mi corazón con violencia; estreché cordialmente la mano de Balzac, quien repuso:

—También os presento á un discípulo de Esculapio, el Pilades de Sandeau, amable y buen amigo de nosotros dos.

Era Emilio Regnault, que no tardó en serlo también mío y de quien me ocuparé detenidamente en otro estudio.

Así se efectuó mi conocimiento con Julio Sandeau.

El día siguiente, presentábame yo en su casa, calle Mayor de Chaillot y le compraba el manuscrito de una novela en dos tomos, á entregar en el plazo de seis meses: *La Patricienne*, á cuyo título el autor substituyó más adelante el de *Marianna*.

III

Desde aquel día, la más simpática amistad me unió con Julio Sandeau; nunca la menor nube vino á alterarla, ni siquiera durante mis desastres comerciales cuando me ví abandonado de los demás escritores, mientras luchaba con el heroísmo de la desesperación contra los golpes redoblados de la fortuna que cada vez parecía alejarse más de mí; pues, sobre todo en tan delicadas y dolorosas circunstancias, es cuando se conoce á los verdaderos amigos.

En cuanto á Julio Sandeau, cuando más desdichado me veía, más ardiente, expansivo y generoso era para mí, en tal grado que distando mucho, entonces, de ser rico, no vaciló en desterrarse voluntariamente de París, en correr por mí á Pornic, á las playas del Océano, en escribir en mi favor á sus mejores amigos y en *regalarme*, así como suena, el manuscrito de una novela intitulada: *Le Docteur Aristide Herbeau*.

He aquí lo que hizo ese joven escritor, que debía alcanzar la celebridad, para su amigo, para su editor infortunado, arruinado, espoliado por el maquiavelismo y el egoísmo de otro literato que tenía una moneda de oro en lugar de corazón...

He dicho en otra parte que, á consecuencia de mi *derrota*, tan friamente significada y preparada con tanta perfidia por Balzac, mi salud antes robusta se vió comprometida en tal grado por una aguda gastritis, que me ví en la precisión de guardar cama y de suspender mis trabajos.

Resolví ausentarme una larga temporada, con la esperanza de que, arrancándome de mis deplorables negocios, las distracciones que procuran siempre los viajes, el cambio de aires y de clima, podrían tal vez devolverme la perdida salud.

El día de mi *derrota*, loco de dolor y de la desesperación de abandonar á la rapacidad de los alguaciles mi tienda de librero, tan pacífica hasta entonces, mandé llevar á un coche mis libros de comercio para dirigirme á pedir un asilo á Julio Sandeau, á fin de poder efectuar con tranquilidad en su casa un inventario exactísimo de mi situación.

A ese amigo tan adicto resolví pedir el auxilio de sus consuelos, de su amistad y el reposo de que tanto habia menester.

Julio Sandeau no residía ya en París; habia tenido que abandonar su linda habitación de la calle Cassini para sustraer su varonil y fresca imaginación, tan fecunda, á las obsesiones egoístas del coloso llamado Balzac quien, á manera de bomba aspirante, absorbía en provecho suyo todas las facultades creatrices de aquel joven escritor, como ya lo hiciera con las de Mauricio Alhoy, Emilio Regnault, Lassailly, Chaudesaigues, y más adelante con las de Dutacy; todos ellos

se habrían vuelto locos, bajo la influencia de ese explotador que producía diariamente proyectos tras proyectos : dramas, cuentos, novelas, etc.

Pero ya sabía yo dónde encontrar á Julio Sandeau, pues sosteníamos una correspondencia seguida.

IV

Casi moribundo, quise probar de vivir. Puse en orden mis asuntos ; en mi mesa-despacho coloqué, en evidencia, un voluminoso paquete, con un epigrafe que decía: *Para abrir después de mi muerte. Es mi testamento. Paris 25 Julio 1836: ED. WERDET.*

Tomadas estas precauciones sensatas, fuí á reunirme con Julio Sandeau. En consecuencia, el 27 Julio de 1836, hiceme conducir al despacho de la Diligencia de Laffite y Caillard ; tenía reservado desde la vispera un asiento de cupé, hasta Orleans únicamente, donde contaba reponerme un tanto de mis fatigas.

Pero el hombre propone, y Dios dispone.

Júzguese de la verdad de este proverbio.

Ocupaba yo el asiento n.º 1 de cupé; eran cerca de las ocho de la mañana; la diligencia se disponía á arrancar.

Pensaba viajar solo, y esta idea me sonreía, pero salió fallida mi esperanza.

Un caballero y una señora, ambos ya de cierta edad, y de suma distinción, se presentaron en el momento de la partida.

Al aspecto de aquella dama respetable, me levanté, para ofrecerle mi sitio.

—No, no, contestóme el marido; no se moleste usted, caballero; parece que se encuentra usted algo débil y doliente. ¿Qué enfermedad le ha puesto á usted en tan lastimoso estado, siendo todavía usted tan joven?

—Cuando la diligencia haya llegado al camino real contestaré, caballero, á sus benévolas palabras; en París el ruido me obliga á levantar la voz, lo cual me fatiga muy de veras.

—Tiene usted razón, caballero; no se esfuerce en hablar.

Apenas habíamos traspuesto el gran Montrouge, cuando mis atentos compañeros redoblaron sus demostraciones cariñosas.

—¿Quiere usted, caballero, me dijo la dama, que le sirva de madre? ¿quiere usted que le cuide como á un hijo, mientras nos hallemos juntos?

—Señora, respondí con ardor, sea usted mi ángel guardián, sea usted mi madre; el hijo la obedecerá, agradecido.

En Etampes detúvose la diligencia para el almuerzo de los viajeros.

Obedeciendo á las órdenes de mi protectora sirvié-

ronme dos chuletas asadas, con un buen vino de Burdeos.

—No comerá usted sino el magro de esas chuletas, ni beberá más de dos copas de vino, me dijo la buena señora. Tiene usted muy debilitado el estómago, gracias al régimen que le prescribió su Esculapio, y necesita reforzarse. Yo á mi vez le prescribo: carnes asadas á la parrilla, carnero ó vaca, acompañadas de algunas copitas de Burdeos ó Medoc; comer poco de una vez, pero á menudo; y siguiendo á la letra mi receta, aseguro á usted que dentro de poco tiempo recobrará sus extenuadas fuerzas, junto con la salud.

A las seis llegábamos á Orleans.

—Conductor, dije al apearme, seguiré hasta Tours.

—Muy bien.

¡Había pasado un día tan feliz!

A las cinco de la mañana paraba la diligencia á la puerta del Hotel de la Boule d'Or, en Tours. Proseguí, así, mi viaje hasta Angers, á donde llegamos al anochecer. Aquí hubimos de pasar la noche para embarcarnos á las seis de la mañana en el vapor que, del Maine, al Loire, debía dejarnos en Nantes.

Idénticos cuidados, idénticas atenciones durante nuestra comida, por parte de mis amables incógnitos, á quienes ardía en deseos de conocer, ya que al siguiente día debíamos separarnos.

Llegó la hora de dormir.

—Hija mía, dije á la muchacha que me indicó mi habitación, ¿quiénes son los viajeros con los que he te-

nido el honor de comer y de pasar una velada tan agradable ?

—¡Cómo! ¿ no les conoce usted, señor ?

—No por cierto.

—Pero si han tratado á usted con tanto cariño, que...

A esta resistencia, que ya preveía, deslicé en su mano un argumento irresistible, una moneda de plata.

—Pues son el señor barón y la señora baronesa de V... El marido es presidente del Tribunal real de París y va á pasar las vacaciones en su Castillo de Pornic. Cuando se detienen en este Hotel, es día de júbilo para nosotros ; el señor barón y su esposa son tan generosos, y sobre todo tan afables ! Son la Providencia de todos los infortunados de la comarca, donde, gracias á ellos, no hay pobres.

¡Qué bello encuentro me había deparado la suerte!

A las seis de la siguiente mañana, nos hallábamos á bordo del vapor. El día era precioso. A eso de las once, por orden del señor barón, sirviéronnos un almuerzo en cubierta.

Cuanto más se aproximaba el momento de la separación, tanto más afectuosas eran nuestras palabras, hasta el extremo que el señor barón me pidió mi libro de memorias: « Quiero darle por escrito, me dijo, nuestra dirección en Pornic, donde confío que irá usted á visitarnos ; tomo esta precaución, por temor de que olvide usted las señas.—Sí, querido amigo, venga usted á pasar unos días en nuestro castillo, añadió con bondad su excelente esposa ; vivimos allí muy retirados ; los aires del mar le probarán á usted, de seguro.

—Procuraremos que no se fastidie usted mucho entre dos viejos como nosotros.—¿Nos da usted su promesa?»

Accepté tan gracioso ofrecimiento: ¿cómo no, á menos de parecer un ente sin educaci3n ?

Tuvo lugar, pues, nuestra despedida en Nantes.

Disponible por fortuna un asiento en el coche de Clisson, pude aprovecharlo.

Dos horas despu3s, caía como un aerolito en brazos de mi amigo Julio Sandeau, precisamente cuando se disponía á sentarse á la mesa á comer solo, en el Hotel del *Grand Clisson*.

Renuncio á describiros el júbilo de Julio Sandeau, á quien no había prevenido mi visita, cuando me vió en sus brazos.

Al salir de Pornic, mi amigo había pasado á sentar sus reales de nómada en Clisson.

V

Añadióse un segundo cubierto á la mesa de mi joven amigo.

Ordinariamente comía solo, sencillamente porque era el único huésped del Hotel del Grand-Clisson; yo iba á ser el segundo.

A pesar de mi formidable apetito, fuí sobrio.

Pero si, por precaución, me condené voluntariamente á la abstinencia, mi lengua, en cambio, se hartó de hablar.

A las once aún estábamos en la mesa.

Por fin, nos dirigimos á nuestros respectivos cuartos, para entregarnos á las dulzuras del reposo; nuestras habitaciones eran contiguas.

Julio me acompañó y no quiso dejarme hasta tener la seguridad de que no me faltaba nada.

Terminado su minucioso examen, retiróse, diciéndome:

—Dormid, amigo mío; velo por vos; no os levantéis hasta que os venga á llamar; debéis encontraros rendido de fatiga y de sueño.

A las once del siguiente día, entraba Julio en mi cuarto:

—A vestirse, querido; el café os espera; vamos á almorzar.

Había pasado yo una noche feliz; iba recobrando fuerzas; sentíame tan dichoso!

—Anoche me dijisteis, viejo achacoso, que desde vuestra salida de París habíais tenido la buena suerte de caer, no en manos de los infieles, sino en las de unas personas respetabilísimas, el señor y la señora de V... Os habéis hallado bajo la tutela de una santa y bienhechora mujer... Durante mi residencia en Pornic oí á menudo los mayores elogios del señor barón y de la señora baronesa. En tres días de cuidados prodigados por esa imagen moderna de Filemón y Baucis, vuestro ángel guardián, como la llamáis, os ha hecho

subir las primeras gradas que conducen al templo de la salud. A mi vez, quiero continuar sometiéndoo al mismo régimen que os prescribió la señora Razón. No os separaréis de mi lado, hasta que os halléis perfectamente restablecido. Si un régimen excelente, tiernos y afectuosos cuidados, conversaciones amenas, las distracciones del paseo, de las excursiones en lancha por el Seigre, nuestro torrentuoso riachuelo, bastan, nada de ello os faltará en Clisson, cuya residencia es deliciosa. ¿Me permitís que reemplace á vuestro buen ángel guardián, á esa adorable y piadosa dama? ¿Me obedeceréis como á un padre? Prometo no tiranizaros con mis exigencias puramente filiales, cuyo único objeto ha de ser el recobro de vuestra débil salud.

— Demasiado dichoso me conceptuaré obedeciéndoo, mi buen padrecito, contesté á palabras tan llenas de ternura. Y ahora que acabo de saborear con extremo placer esas buenas tostadas de manteca, preparadas por vos mismo, y de tomar ese excelente moka ¿qué debo hacer, padre mío, para daros gusto y obedeceros?

— ¡Magnífico, querido; me satisface esa sumisión! Empecemos por el principio. Tomad el bastón y el sombrero. Vamos á visitar el antiguo Castillo y la Torre de Clisson; todavía no los conozco; desde que llegué á este pueblo de recuerdos históricos, no he salido de mi cuarto; he trabajado sin descanso; ayer, sin ir más lejos, envié por correo á Buloz, para la *Revue de Paris*, un largo artículo del que presumo quedará satisfecho.

También he trabajado para vos; ya os lo explicaré después; ahora sólo se trata de ir á dar un paseo al Castillo. Por la tarde, emprendemos otro á la *Garenne*, cita ordinaria de los paseantes.

Dirigímonos, pues, hacia las ruinas de lo que subsiste del antiguo Castillo feudal de Clisson, y de su formidable Torre, que todavía se conserva en muy buen estado y á la que circunda casi enteramente el Seigre que, á unos 30 metros de distancia, se precipita en el Loire, casi frente á Nantes.

Al vernos, preséntase un anciano gorra en mano, preguntándonos si tenemos intención de visitar la Torre.

A nuestra contestación afirmativa, entra en su albergue y vuelve á salir provisto de un manojo de formidables llaves, llenas todas de orín, y que, agitadas, dejan oír un *trin-trin* siniestro.

Comienza por abrir una primera puerta, y otra después: ambas están forradas de gruesa chapa de hierro. En la Torre, preséntase una escalera de piedra, en forma de caracol; nuestro guía nos precede; á cada piso (hay tres) abre una nueva puerta.

Cuéstame algún trabajo subir por aquella escalera cuyos peldaños están desgastados por el tiempo.

Por fin, llegamos á la plataforma del vasto torreón. Desde aquí se descubre un admirable panorama. A esa altura de más de treinta y cinco metros sobre el Seigre, la mirada domina todos los lugares circundantes y principalmente un vasto encinar. A lo largo de los muros, donde antaño debían existir almenas, diviso

enormes moles de piedra. Del centro de la misma plataforma surge una encina colosal, cuyo diámetro bien tendrá 60 centímetros. Todo el suelo está cubierto de cardos, espinas, malva salvaje y otras hierbas parasitas.

—Diga usted, buen hombre, esa encina magnífica, de espeso follaje, que el sol no puede atravesar, ¿creció ahí, en el centro de la plataforma, espontáneamente, y sola como un hongo?

—La observación de usted, caballero, me contesta nuestro guía, es muy atinada; pocos visitantes dejan de hacerla. No señor, este árbol no creció como un hongo, según acaba usted de decir. Lo planté yo mismo, Santiago Ivon, por orden de nuestras autoridades, en 1793, y coloqué en derredor una rústica balaustrada para protegerlo contra toda mano sacrilega ó profana que intentara destruirlo. Esta encina es sagrada para los clisoneses.

—Y ¿en qué ocasión la plantó usted?

—Con objeto de eternizar para siempre el glorioso recuerdo de un combate encarnizado que nosotros los *blancos* sostuvimos en 13 Agosto de 1793 contra los *azules*, los enemigos de nuestro antiguo rey y de nuestra divina religión; aquí, en Clisson mismo, de donde se habían apoderado por sorpresa, les pusimos fuera de combate un centenar de soldados. Como nuestro cementerio era demasiado chico para enterrar á todos aquellos desdichados, decidióse que esta torre les serviría de sepulcro. Al efecto, levantamos todas las losas que se ven á lo largo de las almenas; ahueca-

mos el suelo hasta el tercer piso, y depositamos allí todos los cadáveres cubiertos con varias capas de cal viva. Y como quiera que los Ivon, desde hace más de dos siglos, vienen siendo, de padres á hijos, conserjes de estas ruinas, yo, Santiago, el menor de todos, fui designado por las autoridades para elegir la encina más bella, más joven y más vigorosa, en el próximo encinar; y después de elegida, la planté, como he dicho, en el centro de la plataforma. En recompensa de mis cuidados, el Concejo me otorga cada año una pequeña retribución.

— Mil gracias, tío Ivon, por su leyenda histórica. Pero ¿á quién pertenecen hoy las ruinas de este viejo castillo feudal, de esta torre, y de ese inmenso bosque de magníficas encinas? ¿podría usted decirnoslo?

— Nada más fácil. Después de la abolición de todos los privilegios de nuestros señores, el último vástago de la familia del inmortal Clisson emigró. Desde entonces, nadie ha vuelto á oír de él. Todas sus propiedades, incluso las granjas, fueron vendidas en subasta, como bienes nacionales. Los *asignados* tenían ya poquísimos valores, habían bajado á más de la mitad. Un parisiense ofreció por todas estas propiedades, que valen más de dos millones, diez mil libras en buenos escudos de seis francos; y como el dinero estaba oculto, y era tan escaso, le fueron adjudicadas. Su hijo único, su heredero, joven de unos treinta años, es hoy el rico propietario. Reside en París, y allí voy cada año á renovar los arrendamientos.

Recompensamos liberalmente al buen Ivon, por sus

informes, y como se dejara sentir demasiado el ardor del sol en la terraza, creímos muy prudente regresar á nuestro hotel.

VI

En el cuarto de Julio y por sus órdenes nos aguardaba una colación; hicimosle los honores debidos. Eran las tres.

Después de comer, recostóse mi amigo en un diván, saboreando el grato aroma de un legitimo cigarro de la Habana.

Colocado frente al fumador, instalado en una cómoda butaca, hubiérame placido aspirar á mi vez uno de esos productos de las Antillas; pero no osaba manifestar mi deseo, temiendo la negativa de mi nuevo ángel guardián.

—Desde nuestra separación hace algunos meses, pregunté á mi amigo, ¿qué tierras habéis visitado? ¿qué sucesos os han ocurrido? Todo lo que os concierne es para mí un motivo de alegría ó un motivo de pesar. Para fijar bien vuestros recuerdos, he aquí con qué ocasión os desterrasteis de París. La mañana siguiente al día en que volví á mi casa, después de tres pasados bajo vuestro techo hospitalario, á consecuen-

cia de una caída, vinisteis á buscarme en un coche para conducirme á casa de Balzac que os había dado este encargo á fin de celebrar, en vuestra presencia, explicaciones conciliatorias sobre nuestros intereses. En el coche que nos trasladaba á la calle des Batailles, estabais meditando, y ni aun despegabais los labios. Sorprendido de semejante mutismo, os pregunté la causa, y el por qué de aquella entrevista con el autor de mi ruina. Y me contestasteis únicamente:—Nada puedo deciros, sino que os mantengáis *firme y prudente*.

A nuestra entrada en su despacho, contestó Balzac con un movimiento de cabeza á vuestro saludo; os indicó con la mano un sillón situado junto al suyo, y luego, con ese tono de insolente arrogancia que le es peculiar, sin invitarme siquiera á tomar asiento, me dijo con su voz más brutal:

—He llamado á usted para enterarle de una cosa que al parecer ignora y es que *de hecho y de derecho* están rotos todos nuestros contratos; un librero que no paga á la orden de un autor un documento que le firmó, queda desposeído de todos sus derechos.

A esta interpelación singularmente judaica, tan extraña, afluyó la sangre á mi cabeza, y poseído de violenta cólera, me cubrí altivamente, respondiendo:

—Verdad es, caballero, que no he pagado el 15 de este mes un efecto á su orden, de mil francos; pero, á su vez, *finje* usted ignorar que el tal documento era de *favor*; usted debía haberme entregado los fondos el 14, en virtud de un *aval* de garantía depositado en

manos de M. Brisson. Desgraciadamente firmé ese documento y otros cinco más de igual suma, para evitar á usted el disgusto de ver vender en el Hotel Bouillon todos sus muebles embargados por los acreedores. Así pues no he faltado á ninguno de mis compromisos con usted.

Y en seguida abrumé á sangrientos y vigorosos reproches á ese ex-pasante de procurador.

Sofocado por la cólera, impotente para replicar, roja la faz, púsose en pie y volvió á caer anonadado en su sillón, llevando sus manos á las sienes como temiendo que estallaran.

—Ya veremos, caballero, si estoy desposeído de mis contratos con usted; los tribunales decidirán sobre su vergonzosa, sí, vergonzosa jurisprudencia.

Y me retiré furioso.

Ya sabéis el resto.

—Demasiadamente recuerdo aquellas dolorosas y amargas horas, me dijo Julio; la conducta de Balzac me indignó. No me había manifestado el fondo de su pensamiento, pues en este caso le habría declarado yo clara y netamente que no quería intervenir en tan vergonzosos debates. A los dos días salí de París sin despedirme de vos, encargando de ello á nuestro buen amigo Emilio Regnault, y de un tirón me trasladé á Nantes...

Si la señora Naturaleza me ha tratado cual madrastra, si me ha negado ese dón inapreciable de una imaginación fértil y creadora, en recompensa me dotó de excelente memoria.

Voy, pues, á referir casi textualmente lo que me contó Julio Sandeau después de la escena ocurrida en presencia de Balzac.

—En Nantes, pasé á bordo del vapor que me transportó á Paimbœuf. Después de almorzar, tomé el coche que me condujo á Pornic, á través de un país cuya soledad me extasiaba. Las encinas, las retamas y los juncos floridos inclinaban sus cabezas sobre los linderos de la salceda. Los arroyuelos, las verdes praderas, cierto olorcillo de brezo, todo, ello me recordaba mi querido país natal.

En Pornic, me apeé en la posada.

Busqué por la aldea un nido donde albergarme. Después de varias caminatas fatigantes, para mí que tan perezoso soy, como sabéis, acabé por encontrar lo que necesitaba.

Alojéme en un cuartito que dominaba todo el paisaje circundante. Bajo mis ventanas tenía tejados humeantes, jardines en terraplén, el puerto con sus mástiles, la colina que azotan las olas; á mi derecha la iglesia rústica con su esbelto campanario; y á mi izquierda el vasto Océano cuyo rumor me sumía en perpetuos éxtasis.

Dividía mi existencia entre el paseo, el tabaco y el trabajo. No me atrevo á hablaros de mis ensueños, que me roban constantemente la mejor parte de mi tiempo.

Me desayunaba con manteca, thé y aguardiente; esos almuerzos eran exquisitos.

He observado que el thé, con algunas gotas de aguardiente, alegra y regocija el corazón.

Después de almorzar encendía mi pipa; salía á dar un paseo por la costa; la vista es magnífica, la orilla está bordada de rocas contra las que se estrella la onda.

Cierto día, llevé la broma hasta bañarme en una ensenada; era tan fina la arena de la playa y tan bello y tentador el mar! costóme el bañito un catarro.

Nunca me sentía más dichoso que cuando el mar estaba embravecido.

Comía á las cinco, absolutamente como en París.

La vida material era allí horriblemente cara; sólo la leña y el carbón eran baratos, la manteca detestable y el pescado escasísimo.

El humo del tabaco era compañero obligado de todas mis acciones.

Me acostaba á las diez.

Ya lo veis, amigo mío; eran costumbres totalmente patriarcales.

A nadie visitaba; vivía como un lobo.

Cuánto pueda deciros es que mis huéspedes estaban dotados de encantadora benevolencia y que el posadero en cuyo establecimiento me hospedé al llegar, me había tomado tanto cariño, que cada mañana me enviaba ostras y un vinillo del país que me costaba tanto trabajo en lograr que lo cobrase, como en beberlo. El tal vinillo era menos generoso que su dueño.

Olvidaba deciros que un domingo fui á misa, donde ví á algunas porniquesas muy apetecibles.

Mi cuartito era modesto y alegre; bañábale el sol todo el día; mi cama era un poco dura, pero no me impedía dormir el sueño de los justos; mi chimenea

daba bastante humo, pero yo en cambio encendía hogueras homéricas; el piso era algo frío, pero en compensación usaba yo gruesas zapatillas de gotoso; el tabaco de estanco era algo acre, pero los ensueños que salían de mi pipa eran tan dulces!

Abandoné á Pornic porque el espectáculo de tan bello país me hacía soñar demasiado y se resentía mi trabajo.-Vivía muy distraído.

Y vine á plantar mi tienda en Clisson. Aquí, al regreso de una exploración que hube de hacer por los alrededores, recibí vuestra deplorable carta; el corazón se me llenó de tristeza, y poco me faltó para echarme a llorar como un chiquillo.

¡Ay! no tengo nada, nada, nada, sino una amistad estéril que ofreceros; pareceme que hasta hoy no he advertido mi pobreza y mi miseria.

¡Pobre amigo, pobre hijo mío! ¿qué vais á hacer? ¿qué será de vos?

Anoche me preguntasteis si aún era yo amigo vuestro: ¿estabais loco al hablar así? Ya sabéis cuánto os estimo, y ahora, que tengo el honor de poseeros á mi lado, como nunca.

¿Qué le importa á mi amistad, que os halléis arruinado, perseguido, hostigado por algunos desdichados que hubieran debido tenderos una mano compasiva?

¿Dejáis por ello de ser para mí lo que siempre fuisteis, el mejor y el más complaciente de los hombres?

¡Vaya! no me hagáis la injuria de pensar que atempero mis sentimientos con vos á la necia opinión del mundo. Sabed que cuánto más bajo os halléis á mis

ojos, tanto más elevado os hallaréis para mi corazón.

¿Qué sería la amistad si estuviese sometida á tan pobres intereses? No, no tal.

¿Qué pensáis hacer?

Me consta que sois tan probo, tan delicado, que tengo la seguridad de que nada habéis puesto en salvo, que no os habéis reservado la más mínima cosa, y que á estas horas carecéis de medios de subsistencia!

¿No podríais vender á la *Revue de Paris* el manuscrito que tuve la dicha de regalaros y que os dirigí desde Pornic para ayudaros en algo?

Pero ya hablaremos de ello; ahora, querido, vamos á comer.

VII

De esta suerte, los quince días que tuve la honra de pasar en Clisson, en compañía de mi amigo, fueron los más bellos y deliciosos de toda mi vida; aquel corazón noble y adicto me infundía ánimo, fortalecía mi salud por largas caminatas en el bosque y violentos ejercicios de remo en el riachuelo Seigre, de caprichosos meandros y corriente sumamente rápida.

La tarde del primer día fuimos á visitar la *Garenne*, delicioso paseo enclavado en el bosque. Es el punto

de reunión ordinario de la aristocracia rica y opulenta de los nanteses que, en primavera, acuden á Clisson á pasar veraneando el setiembre.

Para los nanteses, Clisson es lo que Saint-Cloud, Versailles y Trianon para los parisienses.

De tres á seis, los elegantes y las elegantes, de gran toilette (vaya usted á buscar esa sencillez de la vida del campo) se reunen bajo la sombra de los árboles seculares de Clisson, en la Garenne, para aspirar las frescas brisas y los perfumados efluvios del heno recién segado.

Después de anochecido, al levantarse de la mesa, la brillante sociedad se dirige de nuevo á ese *kursaal* al aire libre; pero entonces la toilette de las damas es menos elegante, menos pretenciosa, y permite revolcarse ó sentarse en el césped.

A pesar de las reiteradas súplicas de mi buen amigo, no quise asistir á esas reuniones campestres, prefiriendo nuestros saludables paseos á través de los sinuosos senderos del bosque.

Con semejantes caminatas, con semejante ejercicio al remo, reaparecieron mis fuerzas y la salud con ellas.

Sentiame feliz, sin penas ni cuidados; existía de presente; dejábame vivir en ese Eldorado.

De todo debe usarse, pero no abusarse.

Hube de poner fin á tan adorable existencia.

Cierta noche, pues, tras largo paseo, anuncié á mi amigo que saldría de Clisson al día siguiente, de regreso á París, á donde mis negocios me llamaban

impériosamente y donde iba á ceñir de nuevo mi collar de miseria.

Quedó aterrado Julio.—¡Cómo! me dijo con voz trémula al oír tamaña noticia, ¿ya queréis dejarme? ¡Yo que era tan feliz poseyéndooos solo! ¡Otra ilusión perdida!

Le expliqué los motivos que me obligaban á renunciar á las delicias de aquella nueva Capua.

—Sí, tenéis razón; pero cuán cruel va á ser para mí esta separación! Voy á quedarme otra vez á solas con mis constantes ensueños y mi tedio á la vida.

—Trabajaréis, amigo mío; no hay como el trabajo para dominar las penas.

—Sí, sí, es verdad; hay que separarnos! Pero ¡no desmayéis! Yo por mi parte voy á *borronear* de firme, os lo aseguro.

El siguiente día á las ocho, salí para Nantes.

Imaginaos, benévolo lector, cuál no debía ser mi sorpresa, cuando al pedir al propietario del Hotel del Grand Clisson la cuenta de mi gasto:

—*Está pagada*, me dijo el buen hombre, y *hasta con propina para mis criados*.

Faltáronme palabras para significar á mi queridísimo Julio Sandeau lo que sentía ante procedimiento tan generoso, como noble y delicado.

Sólo pude lanzarme á sus brazos, dándole un cordial apretón y diciendo: Gracias!

Tres días después, hallábame en mi casa.

Poseía una bella provisión de salud que me condujo hasta el mes de Abril siguiente, en cuya época las

más dolorosas circunstancias resucitaron la tenaz gastritis.

VIII

A su regreso de Bretaña, en Noviembre inmediato, lo primero que hizo Julio Sandeau fué venir á verme.

He aquí las buenas y simpáticas palabras que me dirigió, hijas de un corazón generoso y adicto, que quedaron grabadas eternamente en el fondo del mio.

—He pensado continuamente en vos, mi buen amigo, en vos á quien siempre he hallado tan bueno, tan tierno, tan adicto, en vos que me habéis servido de familia. No he olvidado nuestras veladas, nuestros paliques, nuestros cigarros, ni nuestras copitas de licor. He recordado siempre, con júbilo mezclado de tristeza, aquellas dulces horas que pasábamos juntos, en nuestra querida choza, contándonos nuestras miserias y ayudándonos á soportar nuestros males. ¿Y vos, amigo, no me habéis olvidado en mi larga ausencia? Por las noches, junto á la chimenea, ¿pensabais un poco en el viajero ausente? ¿Le echabais de menos? ¿Deseábais volverle á ver? Nada, nada! ya he vuelto, y cuanto más desdichado seáis, más amigo me tendréis.

Con ocasión de Julio Sandeau permítaseme una pa-

labra tocante á otro corazón demasiado desconocido por Zoilos impotentes, celosos y envidiosos de la gloria de un colega; me refiero á un literato apellidado con justicia el *Rey de la crítica*: Julio Janin.

Lo que voy á decir de él atañe á mi asunto.

Acababa yo de poner en venta, en 1839, la novela de Sandeau: *Marianna*.

A pesar de mis anuncios, de mis reclamos pirotécnicos en todos los periódicos, grandes ó chicos, no se vendía el libro; apenas si en quince días había salido un centenar de ellos.

Cada día mi pobre Julio pasaba á enterarse del resultado de la venta; cada vez se desesperaba en vista de su negativo éxito; á cada visita suya veía intactos en mi almacén los rimeros de ejemplares de una obra que le había costado tres años de vigiliass, de reflexiones, de trabajos sin cesar renacientes, por no hallarse nunca satisfecho de lo que escribía.

En vano le decía yo que no se desanimara, que ya se operaría una reacción muy favorable para su amor propio cuando la novela fuese conocida y mejor apreciada; que, por mi parte, tenía tales esperanzas que, contando con un éxito piramidal, había mandado encuadernar toda la edición! ¡Vanos esfuerzos!

La verdad es que el abatimiento de mi pobre amigo me destrozaba el corazón.

¡Pobre Julio, cómo sufría!

Érame preciso, pues, tomar una resolución cualquiera.

Un sábado, por la mañana, á eso de las siete, cogí un

ejemplar de la novela de mi amigo y me dirigí á la calle de Vaugirard, á casa de Julio Janin.

A pesar de la hora intempestiva, fui recibido al momento en la alcoba del célebre crítico, que aún no se había levantado.

Sentado en su lecho, formando sus piernas una especie de pupitre en que se apoyaba un espejo, ocupábase en peinar su abundante cabellera negra.

—¡Hola! ¡vos por aquí! me dijo, saludándome con una sonrisa solapada. Apuesto que me traéis alguna nueva obra maestra incógnita de vuestro amigo Balzac que, como todas las demás, termina en *cola de pescado*.

—Vuestro «vos por aquí» es bien duro, le repliqué, y creo prudente retirarme; no tengo la costumbre de ser indiscreto...

—¡Qué mala mosca os ha picado hoy! Nada más lejos de mí, que la intención de ofenderos, dijome entonces Julio Janin con benévolo acento. ¿Qué os trae por acá? Veamos.

—Vedlo aquí!

Y le presenté el volumen, del que se apoderó vivamente.

—Bienvenido seáis, lo mismo que *Marianna*, exclamó; justamente deseaba conocer este libro. Desde ayer sólo pienso en él. Anoche estuve en una reunión donde se habló mucho en su favor, y una sola persona en contra. Yo compartí su parecer.

—¡Cómo! ¿hablasteis mal de un libro que no habéis leído? Permitid que os diga que no hallo muy correcto ese proceder.

—Convenido; pero ¿qué queréis? lo hice por pura galantería; quise complacer á una mujer célebre ya. Voy pues á leer hoy mismo este libro y si, en realidad, como decís, es notable, os ofrezco un artículo en los *Débats*.

—Ya que tan bien dispuesto os halláis, dignaos, para ahorrarme otro «vos por aquí,» tener la bondad de indicarme qué día y á qué hora podré volver á enterarme de vuestra opinión.

—¡Rencoroso!... Ea, venid mañana, y la sabréis.

El siguiente día, á las siete, acudí á la cita y me condujeron de nuevo á la alcoba de Julio Janin, á quien hallé también en la cama, corrigiendo pruebas.

—Vamos á ver, le dije, ¿estáis satisfecho de la obra maestra de Julio Sandeau?

—Sí por cierto, y esto os lo probará! He pasado la noche redactando un buen artículo, y aquí tengo las pruebas de imprenta. Pero ¿por qué no ha venido á verme Julio Sandeau? Dicen que es muy altivo; me agradan esos caracteres, y deseo entrar en relaciones con él. Dignaos decirle de mi parte que mi artículo sobre su bello libro saldrá mañana en los *Débats* y que hoy á medio día le espero sin cumplidos, como buen colega, á almorzar.

Corrí á casa de Julio Sandeau quien, sumamente complacido del buen resultado de mi gestión, acudió á la cordial invitación del célebre crítico.

Los dos Julios almorzaron juntos.

Y como dijo el inimitable Juan de La Fontaine, en su fábula *El Ratón de la Corte y el del Campo*:

«Sobre una alfombra de Turquía, se halló dispuesta la mesa; ya podéis imaginar qué gran vida se darían los dos amigos; nadie vino á interrumpir su banquete...»

Y esto por una excelente razón, toda vez que, por una atención delicada del espiritual anfitrión, se habían cerrado todas las puertas.

Al siguiente día, apareció el artículo.

Al finir la semana, ya no me quedaba ni un ejemplar de *Marianna*.

¡Tan poderosa era entonces, como lo es hoy todavía, la influencia que produce un juicio de Julio Janin publicado en el *Journal des Débats*!

Y ved aquí otro de esos literatos de corazón de oro, como repetidas veces ha demostrado, especialmente en la época de la muerte del malogrado poeta y crítico Santiago de Chaudesaigues, á quien en vano atacan los impotentes; pero Julio Janin es como el sol; según el pindárico J. B. Rousseau en una de sus *Odas*:

«Derrama raudales de luz sobre sus oscuros blasfemadores.»

Es la única venganza que este escritor célebre encuentra digna de su alma bella.

Permitidme aún, benévolo lector, que os refiera otro hecho de Julio Janin, para probaros una vez más la prodigiosa influencia de ese rey de la crítica.

Carlos de Bernard, prematuramente arrebatado á sus amigos, al público, y que, por verdaderos éxitos, debía alcanzar uno de los puestos más brillantes y mercedos entre nuestros escritores de fama, vino cierto

día á ofrecerme una novela (su estreno literario) intitulada *Gerfaut*. Dejóme el manuscrito para que me hiciese cargo de su contenido; y le dije que volviese á los quince días, si no prefería que pasara yo á su casa.

—Volveré dentro de quince días, me contestó.

Leí concienzudamente el manuscrito, y lo encontré demasiado flojo en algunos pasajes, y demasiado deshilvanado en otros; era el esbozo de un aprendiz literario que tenía la pretensión de lanzarse, del primer salto, á la cumbre del Parnaso.

Balzac me había recomendado varias veces que me interesara por este novel escritor.

Comuniqué á mi Mecenaz mis impresiones de lectura y mis apuros para declarar, sin ofenderle, mi opinión á Carlos de Bernard.

—¡Diantre! me respondió, tal vez tengáis razón; es un compromiso: el señor de Bernard, á quien conozco apenas, me ha parecido muy altivo y muy quisquilloso sobre su propio mérito. No sé qué decirles; salíos de ese mal paso como mejor podáis...

Extrema era, por cierto, mi perplejidad sobre este particular, cuando Carlos de Bernard se presentó en mi despacho el décimoquinto día, según prometiera.

—¡Vamos á ver! me preguntó desde luego antes de sentarse en el sillón que yo le ofrecía, ¿qué opina usted, qué me dice usted de mi novela?

—Digo que estoy muy dispuesto á entenderme con usted, no sólo sobre *Gerfaut*, sino sobre todas las demás novelas que piense usted publicar; pero con una sola condición...

—¿Y cuál es esa condición? Veamos!

—Ya la conocería usted, si no me hubiese interrumpido. Su manuscrito de *Gerfaut* está escrito en muy buen estilo, pero, á intervalos, tiene pasajes que necesitan algún retoque.

Y le señalé con la mayor delicadeza los puntos que me parecían reformables.

—Basta, caballero! Quiero y hasta exijo que mi manuscrito se publique tal cual es; no quiero someterme á los retoques indicados por un librero. Me considero más superior y más competente!

Y al decir estas palabras, recogió su manuscrito, lo arrolló silenciosamente, metióselo en el bolsillo y se retiró orgullosamente sin saludarme siquiera.

¡Qué joven más original! me dije, después de la impolítica salida de Carlos de Bernard; ¡qué altivez! ¡qué orgullo!

Siempre ha sido, es, y será asunto delicadísimo para un editor decirle francamente á un autor su opinión sobre una obra que éste le someta; es cruel responderle luego:—Vuestro trabajo no me conviene!

Y el librero-editor tiene ya otro enemigo más.

La posición de un editor es á veces de las más espinosas y graves para sus intereses, sobre todo cuando le acontece comprar á un autor *gato por liebre*, es decir: un manuscrito sin haberlo leído, ó cuando menos sin haber tenido la prudencia de hacerlo leer por persona competente.

Á menudo les ha ocurrido á pobres editores, y también á mí, hacer *corregir lo que llamamos enormes faltas*

de francés inadvertidas por los escritores, sin duda en el calor de la composición, y *terminar*; ó *hacer terminar á veces* un libro que el autor dejó incompleto, sin acabar, *agotada su imaginación*.

Semejantes retoques no aprovechaban, en realidad, sino á los autores mismos.

Así, hube de hacer *corregir y reconstruir de cabo á rabo*, por Malepeyre, el *Precis de la Revolution française* de Norvins;

Les Soirées de Louis XVIII, del barón de Lamothe-Langon, por Felix Davin;

Sous le Froc, de Mauricio Alhoy, por Chaudesaigues;

L'Enfant de Dieu, de Antony Thouret, por Carlos Lemesle;

Y de otros muchos escritores, por muchos otros *chupa-tintas* que de buen grado dejo de mencionar.

Pero de entre todos esos colaboradores anónimos, el más experto, el más infatigable era mi excelente amigo Eugenio de Monglave. Tenía éste á su disposición todos los estilos imaginables; los zurcidos que hacia en la trama se confundían con ella tanto, que los autores mismos renunciaban á distinguir lo que era de ellos, de lo que era de él.

Sin exageración, Monglave había blanqueado y revocado de esta suerte unos diez mil volúmenes: *historias, novelas, obras poéticas, literarias ó políticas, relaciones de viajes y hasta de guerra*.

Este trabajo de cinceladura mecánica sonreía á su infatigable oficiosidad.

Así ha creado y dado á luz varias celebridades lite-

rarias, masculinas y femeninas, cuyos titulares se verían quizá muy apurados para escribir la cuenta de su lavandera.

Cuando Eugenio de Monglave exhale su último suspiro, más de un autor se verá con dificultades para proseguir su carrera.

No agrada confiar secretos tales á todo el mundo.

En resumen: Monglave ha hecho muchas reputaciones, sin preocuparse de hacer la suya.

Plácele más servir á los otros, que enriquecerse.

Un año después de lo que acabo de referir tocante á Carlos de Bernard, un tipógrafo en boga á la sazón, Maximiliano Bethune, vino á suplicarme que *lanzara* por su cuenta, considerándose de ello incapaz, dos volúmenes en 8.º que acababa de imprimir, con el título de: *Le Nœud gordien*, por Carlos de Bernard.

Como había leído ya, en la *Chronique de Paris*, varios artículos muy notables de este joven escritor, entre ellos: *La Femme de quarante ans*, parecióme chistoso probar al orgulloso Carlos de Bernard lo mucho que apreciaba yo su talento. Encarguéme con gusto de servirle de *introductor* en el mundo literario, con la condición, para ello, de que se me dejara completa libertad para cuanto concerniese á anuncios y reclamos, á lo cual accedió Bethune.

Publiqué, pues, anuncios á granel en todos los periódicos, avisando en mis reclamos que el joven debutante prometía ser afortunado rival de Balzac y que su estilo sobrepujaba al de Jorge Sand, Teófilo Gautier, etc.

Y sin embargo á pesar de inauditos esfuerzos, no había logrado vender más de ciento cincuenta ejemplares del *Nœud gordien*, llevando gastados en anuncios mil y quinientos francos.

Mis colegas los comisionistas en librería, los que especulan para el comercio de novedades, los gabinetes de lectura de París y de los departamentos habíanse coligado para negarse exclusivamente á comprar los dos volúmenes que había sacado yo á la venta, bajo el pretexto, según decían, de que *el autor no tenta nombre!* ¡Qué estupidez!

Semejante fracaso abrumaba de tristeza á Carlos de Bernard y más aún á su editor Bethune.

Aconsejé á éste que fuese á ver á Julio Janin y á contarle su lastimosa odisea como negociante.

Siguió mi consejo.

De la noche á la mañana aparece, en el *Journal des Débats*, un artículo en elogio del debutante, firmado: Julio Janin.

A los pocos días, la edición del *Nœud gordien* estaba agotada.

Al año siguiente se publicó el *Gerfaut*.

El orgulloso autor había aprovechado mis consejos; su libro estaba retocado de la cruz á la fecha.

IX

No podría terminar mejor este esbozo sobre mi antiguo amigo Julio Sandeau, sino transcribiendo *in extenso* un artículo notabilísimo que he encontrado no sé dónde, sintiendo mucho no poder citar el nombre de su autor.

Sea como fuere, nunca he tenido la costumbre del grajo de la fábula ataviándome descocadamente, como tantos hacen, con plumas que no son mías.

He aquí el artículo:

«Julio Sandeau, uno de nuestros escritores contemporáneos más estimados de la sociedad selecta, nació el año 1811 en Aubusson (Creuse), y se educó en el Colegio de Bourges.

»Destinado á la carrera del foro, vino, á la edad de veinte años, á estudiar el Derecho en París; pero pronto dejó á un lado las *Instituciones* y los *Códigos* para dedicarse al periodismo y, al finalizar el año 1831, figuraba entre los redactores habituales del *Figaro*, dirigido á la sazón por Latouche.

»Más adelante, se le encargó la crítica teatral en la antigua *Revue de Paris*, y desempeñó durante diez años tan ingrata y difícil tarea, lo cual no le impedía figu-

rar, al mismo tiempo, en la redacción de la antigua *Chronique de Paris* (que murió en manos de Honorato de Balzac encargado de la sección *extraña*, no *extranjera*), en la del *Dictionnaire de la Conversation et de la Lecture* (bajo la dirección de mis antiguos amigos Guillermo Ducket padre y Eugenio de Monglave), como tampoco publicar, en 1832, *Madame de Somerville*; en 1836, *Marianna*; en 1840, *Le Docteur Herbeau*; en 1842, *Richard*; en 1843, *Waillance Fernand*; en 1845, *Catherine*; en 1846, *MADELEINE*; en 1847, *Valcreuse*, y *Un héritage*; en 1848, la *Chasse aux Romans*.

»Todas las novelas que acabo de citar obtuvieron gran resonancia y desde entonces colocaron á este escritor entre los más brillantes estilistas de nuestra época.

»La idea-madre es siempre pura y casta.—Jamás Julio Sandeau, para acrecentar la curiosidad de sus lectores, pensó en explotar en sus obras ideas subversivas contra la moral, ni tampoco apelar á las pasiones políticas.

»En vez de pretender reconstituir la sociedad sobre bases nuevas, limitase á pintar sus extravíos con gran sutileza de observación, pero sin misantropía.

»Añadamos que maneja el idioma con notable habilidad y que sus obras conservarán siempre por ello ese valor literario de que carecen tantas producciones cuyo éxito tal vez ha sido más ruidoso.

»En 1857, dió Julio Sandeau, en el Teatro Francés, su *Mademoiselle de la Seiglière*, comedia cuya boga dista mucho de haberse agotado y que, traducida á varias

lenguas, se representa en todos los teatros de Europa. Más adelante dió, en el mismo Teatro, la *Pierre de touche*, comedia en cinco actos, y en el Gymnase, *Le Gendre de Monsieur Poirier*, en cuatro.

»Estas dos últimas obras fueron escritas en colaboración con Augier y Goubeaux.

»Mencionemos por fin entre las producciones de que somos deudores á tan infatigable escritor: *Rose et Blanche*, en colaboración con Jorge Sand; *La Croix de Berny*, obra compuesta con M.^{me} de Girardin, Méry, Teófilo Gautier, y dos volúmenes con Arsenio Houssaye.»

Y sin embargo, de este literato osó decir una ilustre escritora (1) en una de sus novelas:

«Rascando bajo la epidermis de Horacio, *descubriríase la toba de su corazón*; es un perezoso, un soñador, incapaz de producir nunca cosa que valga.»

Desde 1834 ¡cuán triunfalmente no se vengó *Horacio* de esa escritora *Rey entre las mujeres, Reina entre los hombres*, de quien dijo Balzac: «*es un literato del género neutro; la naturaleza se equivocó en ella, prodigándole demasiado estilo y no bastantes pantalones...*»

«Malos consejeros son la cólera y el despecho» ha dicho Santiago Aymot. Y tuvo razón el gran filósofo. Quien quiere probar demasiado, nada prueba!

Para formar concepto de la nobleza de carácter de Julio Sandeau, basta leer el presente esbozo.

(1) Jorge Sand.

¡Perezoso! ¡él! vaya otra ridícula exageración!

Julio Sandeau ha contestado victoriosamente á las profecías de la rencorosa escritora, con todas las obras maestras que de su pluma han brotado.

Desde 1859, figura Julio Sandeau entre los individuos de la Academia Francesa; es además uno de los conservadores de la Biblioteca Mazarina, y en la solapa de su frac brilla la roseta de oficial de la Legión de Honor.

EDMUNDO WERDET.

1859.

«Julio Sandeau, añade J. Claretie, falleció el 22 Abril de 1883, á la edad de setenta y dos años, después de una existencia honradísima y digna de servir de ejemplo á los puros literatos.

»Amó sobre todo á esas Letras, que consolarían todos los dolores, si para ciertas heridas hubiese consuelo. No se llamaba precisamente Julio, sino Juliano: *Leonardo-Silvano-Juliano Sandeau*, dice su fe de pila. Su padre era inspector ambulante de la Administración de Derechos reunidos del distrito de Aubusson; y su padrino, Juliano Parricaud, inspector principal. Sabido es cómo nació en el joven lemosino la afición á las letras, encontrando en su sendero á una mujer de genio, y uniendo ambos sus ilusiones de amor y sus en-

sueños de literatura y arte. En 1831, Julio Sandeau y Jorge Sand publicaban una novela, escrita en colaboración é intitulada: *Rose et Blanche*. Los dos autores contaban, á la sazón, él unos veinte años y ella algo más de veinticinco, y firmaban con el pseudónimo *J. Sand* esta profesión de fe pesimista, con que terminaba la novela: «¿Qué es la vida? Un mal libro que no quisiera volver á leer.»

»Jorge Sand no le quitó la vida á Julio Sandeau, pero sí la primera mitad de su nombre. La misma Jorge Sand refiere el hecho. «*Bosquejé* un primer libro, que *rehizo* enseguida Julio Sandeau, á quien el editor Latouche bautizó con el nombre de Julio Sand.» Este libro acarreó un nuevo editor, que á su vez acarreó una nueva novela, bajo el mismo pseudónimo. Había escrito yo mi *Indiana* en Nohant y quería producirla bajo el pseudónimo exigido; pero Julio Sandeau, por modestia, no quiso aceptar la paternidad de un libro que nada suyo tenía... No entraba ello en las cuentas del editor... La «primera obra» había tenido buen éxito, y el *negociante* se empeñaba en *dar salida* á otra. Enrique Latouche zanjó la cuestión. *Sand* subsistiría indiviso. *Ella* adoptaría otro nombre: *Jorge*, y Sandeau firmaría como quisiese: *Julio*, de su nombre *Julio Sand*, y Julio y Jorge pasarían por primos ó por hermanos. —Juliano Sandeau se avino á firmar: *Julio Sandeau*; pero, por modestia, jamás consintió en ataviarse «con las plumas» de la autora de *Indiana*.

»Cuando apareció la segunda edición de *Rose et Blanche*, Jorge Sand y Sandeau se habían separado ya, y

Julio Sand, el autor de un solo libro, el *Seraphita-Seraphitus* de un solo ensueño, ya no existía. *Julio* continuaba su vida cuya soledad velaba una sonrisa, y *Sand* se llevaba la mitad del nombre y tal vez la mitad del corazón del bondadoso joven.

»Julio Sandeau, ya casado, ya encanecido, nunca olvidó por completo aquel sufrimiento. No había vuelto á ver á Jorge Sand desde hacía luengos años, cuando cierta tarde, en las oficinas de la *Revue des Deux-Mondes*, un hombrecito calvo, de apostura militar y mediatubunda, tropezó al entrar con una mujer gruesa, de cutis bronceado, y á la cual saludó cortésmente:

»—Dispense usted, señora.

»—No hay de qué, caballero.

»Y en cuanto Sandeau se hubo sentado:

»—¿Quién es esa señora que acaba de salir? preguntó.

»—¡Cómo! ¿y usted lo pregunta? ¡es Jorge Sand!

»El novelista volvió involuntariamente la cabeza hacia aquella puerta por donde acababa de salir todavía viviente su pasado! Ironía de la vida humana y vanidad de las pasiones que creemos eternas! Los autores de *Rose et Blanche* acababan de encontrarse frente á frente y ni siquiera se habían reconocido.

»Sandeau, dice Lataye, en plena palestra romántica fué desde sus primeras obras un realista tierno y profundo, estudiando la vida, y al hombre, del natural.— Los más habían desconocido esa ley que domina el arte y la literatura, lo mismo que la sociedad, y que Julio Sandeau casi formuló en las siguientes palabras: «*Sólo la realidad es fecunda; trátase únicamente de saber com-*

prenderla y amarla.» Por más que se diga y por más que se haga, no podemos salir de la vida ordinaria. Por desarrollado que esté nuestro libre albedrío, sea cual fuere la potencia de nuestra fuerza accional, no podemos eludir el destino que nos impone nuestra organización, no podemos gravitar fuera del círculo común á todos. Verdad es que el radio de este círculo varía para cada individualidad humana, pero hay que convencernos de que tiene un límite fijo y no indefinido.»

»Pero esta *realidad*, Julio Sandeau la «interpretaba» según su temperamento y su alma. En arte, seguía la religión de Platón. Lo que amaba, era el *esplendor de lo verdadero*, el heroísmo en la pasión, lo *sublimado* del amor; *sublimado* y heroísmo de cada día, eso sí: la sencillez en la grandeza. «No puede negarse que Sandeau ha alcanzado el primer fin, que es *crear*; después, las ideas que expone pertenecen al orden de las ideas verdaderas y eternas, consideradas en los límites á que cada cual puede alcanzar. Ellas nos han demostrado, otra vez más, que la grandeza no reside en la exageración ni en una originalidad estudiada, sino que la verdadera superioridad del espíritu se halla donde se encuentra la sumisión razonada é inteligente á las exigencias de la vida común.»

»Andrés Theuriet ha comparado el talento luminoso de Sandeau con esos bellos días de verano del Lemosinado y del Poitou. En todas las obras de este maestro encantador, desde *Madame de Somerville* hasta el *Colonel Evrard*, hay, en efecto, luz, armonía, seducción. Nada les sobra, y nada les falta. MADELEINE, en que

los cuatro objetos de la vida humana: « amar, trabajar, soñar, esperar » se encuentran como proclamados y cantados por un poeta de la prosa, *Mademoiselle de la Seiglière, Sacs et Parchemins, La Maison de Penarvan, Jean de Tommeray*, he aquí otras tantas obras sólidas de sana virilidad y donde jamás aparecen el esfuerzo ni la pretensión, obras vivientes que el teatro ha consagrado. Y debe convenirse en que todo personaje que puede pasar del *libro* a las *tablas* y vivir la vida de la escena, tiene sangre en sus venas.

»En 11 Febrero de 1858, Julio Sandeau fué nombrado individuo de la Academia Francesa. La poesía y la novela salían aquel día victoriosas de la batalla. Víctor de Laprade sucedía a Alfredo de Musset, y Julio Sandeau a Briffaut. « La elección de los señores Laprade y Sandeau, decía el *Artiste*, da razón a nuestras esperanzas y reconcilia felizmente a la Academia con la literatura. Un culto sincero a la poesía, un raro talento de forma, un sentimiento elevado de las grandes cosas del arte hacían merecedor desde largo tiempo a Laprade de la honra que le ha cabido. No menos digno del sillón académico era Sandeau, novelista de la mejor escuela. Observador delicado de las costumbres modernas, encantador intérprete de las sentimentalidades nuevas, paisajista cuando quiere serlo, y siempre poeta, el autor del *Docteur Herbeau* será en adelante una de las fisonomías más simpáticas de la Academia Francesa. Su elección servirá de buen ejemplo, y nos tranquilizará para lo porvenir. »

»Añadamos un título más á los que mereció Julio Sandeau. Este infatigable obrero de la inteligencia no era rico, y sin embargo, más de una vez, auxilió á los desheredados. Por revelación del librero Werdet sabemos que, hallándose arruinado, Julio Sandeau le *regaló* una de sus novelas para aliviar las necesidades del desdichado editor. De todas las fiebres de su pasado, Sandeau sólo conservará sus entusiasmos y sus hábitos de abnegación.

»Quizá se le ocurrió alguna vez escribir, en pos del *Docteur Herbeau* ó la *Maison de Penarvan*, esas obras maestras soñadas, algún libro sacado del manantial amargo de los llantos de otros tiempos; pero aquellos llantos los tenía casi olvidados, y nunca dijo, como en *Marianna*, recordando el pasado: «¡Allí estaba la felicidad!»—No; sentado junto al hogar, entre un libro querido, una mesa modesta, una mujer y un hijo, había dicho (venturoso hasta el día en que la muerte le arrebatara este hijo adorado): «*La felicidad está aquí.*»—Después de haber soñado ser grande, fué perfecto; contentóse con ser bueno, y lo fué.»





MAGDALENA

I

DEUVEY-LES-BOIS, como casi todas las aldeas atravesadas por una carretera real, es un villajo feo, sucio en invierno, polvoriento en verano y huérfano de poesía y misterio en todas las estaciones. Tan exigua es su importancia que, antes de la fecha en que comienza este sencillo relato, ningún indígena recordaba la parada de un carruaje público *ante sus muros*. Ese desdén con que los postillones y los conductores

han tratado en todas épocas á Neuvy-les-Bois da muy pobre idea de la cualidad de sus vinos.

Era un domingo de otoño, entre misa y vísperas. Agrupados á la entrada del burgo, caldeados por el ardiente sol que con sus rayos les envolvía, aguardaban gravemente los naturales el paso de la diligencia de París á Limoges, en lo cual se cifraba, los días festivos, su única distracción, corta en verdad, pero embriagadora como todos los goces que no duran. En cuanto oían su aproximación, alineábanse solemnemente á cada lado del camino; después, cuando la rodadora máquina, cruzando, al amplio trotar de sus caballos, entre dos setos de narices al aire, de ojos alelados y de bocas abiertas, desaparecía en el recodo de la carretera, entre una nube de polvo, aquellas buenas gentes se dirigían á sus chozas, embargado el pecho de satisfacción dulcísima.

El domingo á que nos referimos parecía que el acaecimiento debía de ocurrir como de costumbre; y sin embargo, escrito estaba que Neuvy-les-Bois iba á ser aquel día teatro de un prodigio con el cual no se atrevía á contar la modesta aldea, profundamente desalentada tras medio siglo de espera. En vez de cruzar como un relámpago, según su habitual usanza, detúvose en seco la diligencia en mitad del camino, entre los dos setos vivos que á su paso se formaran. Ante espectáculo tan inesperado, ante ese golpe imprevisto de la suerte, todo Neuvy-les-Bois permaneció firme en su sitio, sin ocurrírsele siquiera preguntarse de qué procedía ventura tanta. Hasta los perros, que tenían la

costumbre de correr, ladrando, en pos del carruaje, y de solicitar los latigazos del postillón, parecían compartir el asombro de sus amos, permaneciendo también, como éstos, inmóviles y mudos de estupor. Entretanto el conductor, descendiendo de su pescante, había abierto la portezuela, y en cuanto hubo emitido, con tono áspero, esta sola palabra: «Neuvy-les-Bois!» apeóse del carruaje una jovencilla, cuyo equipaje se reducía á un exiguo paquete. Vestía de negro y su edad no pasaba de catorce á quince años. Su frente pálida, sus ojos abrasados por el llanto, su aire triste y dolorido eran todavía más elocuentes que su traje de luto. Ya el conductor había vuelto á su pescante, mientras la joven trocaba un silencioso saludo con sus compañeros de viaje. Cuando se vió sola en aquella gran carretera caldeada, á la entrada de aquel feo burgo donde no la conocía nadie, sola en medio de todos aquellos rostros que la examinaban con expresión de curiosidad estúpida y desconfiada, fué á sentarse en un montón de piedras, y allí, sintiéndose desfallecer, rompió á llorar ocultando el rostro entre sus manos. Los indígenas proseguían contemplándola del mismo modo, sin despegar los labios, ni moverse de sus sitios. Afortunadamente, entre el grupo rústico había algunas mujeres; y entre éstas, una madre que mecía en su seno á un pequeñuelo recién-nacido, se aproximó á la afligida joven y permaneció breves momentos considerándola con titubeante compasión, por cuanto si bien en la forastera todo anunciaba el abandono, casi la pobreza, la distinción natural de la persona realzaba

singularmente la sencillez del traje, infundiendo sin esfuerzo, respeto y deferencia.

—¡Pobre señorita! —dijo aquella por fin:— sola, á esta edad, en mitad de la carretera... Sin duda ha perdido usted á su madre?

—Sí, señora, he tenido la desgracia de perder á mi madre—respondió la joven con dulce voz, en que se traslucía leve acento extranjero.—¡Ay! Todo lo he perdido, todo, hasta el rincón de tierra donde nací, y donde reposan amados restos. ¡Nada me queda ya bajo la capa del cielo!—añadió, moviendo la cabeza.

—¡Apiádesese el buen Dios de sus penas, señorita! Por su manera de hablar, comprendo que no es usted de nuestras tierras. ¿Viene usted de muy lejos?

—¡Oh! sí, de muy lejos, de muy lejos. Creí no llegar nunca!

—Y ¿á dónde va usted?

—Donde mi madre, antes de espirar, me encargó que me dirigiera. Sabía, al partir, que una vez llegase á Neuvy-les-Bois, encontraría fácilmente el camino de Valtravers.

—¿Va usted á Valtravers?

—Sí, señora.

—¿Al castillo?

—Precisamente.

—Pues ha andado usted de sobras, señorita; el conductor debía dejarla en el vecino pueblo. Pero lo mismo da. El castillo sólo dista unas tres leguas y, acortando por el bosque, podrá usted ahorrarse una horita de camino. Si usted lo permite, la acompañará mi so-

brino Perico; pero está haciendo un calor bochornoso y me atrevería á jurar que todavía no ha probado usted bocado. Véngase usted á la granja; tomará usted un vaso de la leche de nuestras vacas, esperando á que caiga la tarde para ponerse en marcha.

—Gracias, señora, mil gracias; es usted demasiado bondadosa; pero no necesito nada. Quisiera partir desde luego, y si no fuese abusar de la complacencia de su sobrino...

—Ven acá, Perico!—gritó la labradora.

A semejante invitación, hecha en un tono que no admitía réplica, desprendióse del grupo un bribonzuelo, aproximándose con el aire compungido del perro que comprende que su amo no le llama sino para hartarle de palos. Perico que, desde el amanecer, acariciaba la grata esperanza de echar, después de vísperas, su partidita de truco en la plaza de la iglesia, pareció medianamente satisfecho de la proposición de su tía; pero ésta se la reiteró en tales términos, que el muchacho juzgó prudente resignarse. Su tía le colocó bajo el brazo el paquetito de la extranjera; y después, dándole un empellón: «Tomarás el bosque—le dijo, —y procura no hacer andar demasiado aprisa á esta señorita, que no tiene tus pies, ni tus piernas.» Acto seguido emprendió Perico la marcha, con ademán hurraño, mientras Neuvy-les-Bois, que comenzaba á reponerse de su estupor, perdíase en comentarios sobre los acontecimientos de aquel día magno.

Sospechamos que ese burgo de Neuvy-les-Bois fué bautizado con semejante nombre por antifrasis. En

cuanto á Neuvy, muy santo y bueno; pero, tocante á los Bosques (les-Bois), ya es harina de otro costal. Por mi parte nada conozco más pérfido ni falaz que esos nombres de lugares ó de personas que tienen un significado preciso y vienen á ser como otros tantos compromisos formales. He observado que, en este caso, lugares y personas raras veces cumplen lo que prometen, y por regla general lo que les falta es precisamente la cualidad que les sirvió de madrina. Angélicas he conocido que nada tienen de ángel, y Blancas, negras como cuervos. Por lo que atañe á lugares, sin ir más lejos, Neuvy-les-Bois, ya que en él nos encontramos, ni siquiera tiene un ramillete de olmos, ó álamos temblones para guarecerse de los vientos del Norte ó los ardores del Mediodía. Sus contornos son pelados y llanos como los del mar, y en sus inmediaciones, en un radio de media legua, con dificultad hallaríais la sombra de una encina. Cuando menos, en Fontenay-aux-Roses, os enseñarán algunos rosales escualidos.

Sin embargo, á medida que la joven y su guía iban alejándose de la polvorienta carretera, internándose en los campos, adquiría insensiblemente el paisaje aspectos más risueños y más verdes. A las dos horas de marcha, percibieron los bosques de Valtravers que en el horizonte ondulaban. Desoyendo las recomendaciones de su tía, caminaba Perico á grandes zancadas, sin preocuparse de su compañera. La posibilidad que entreveía de hallarse de regreso á hora útil para su partida de trucos, parecía como si le diese alas. De vez en cuando, y no porque sus pies careciesen de ligereza,

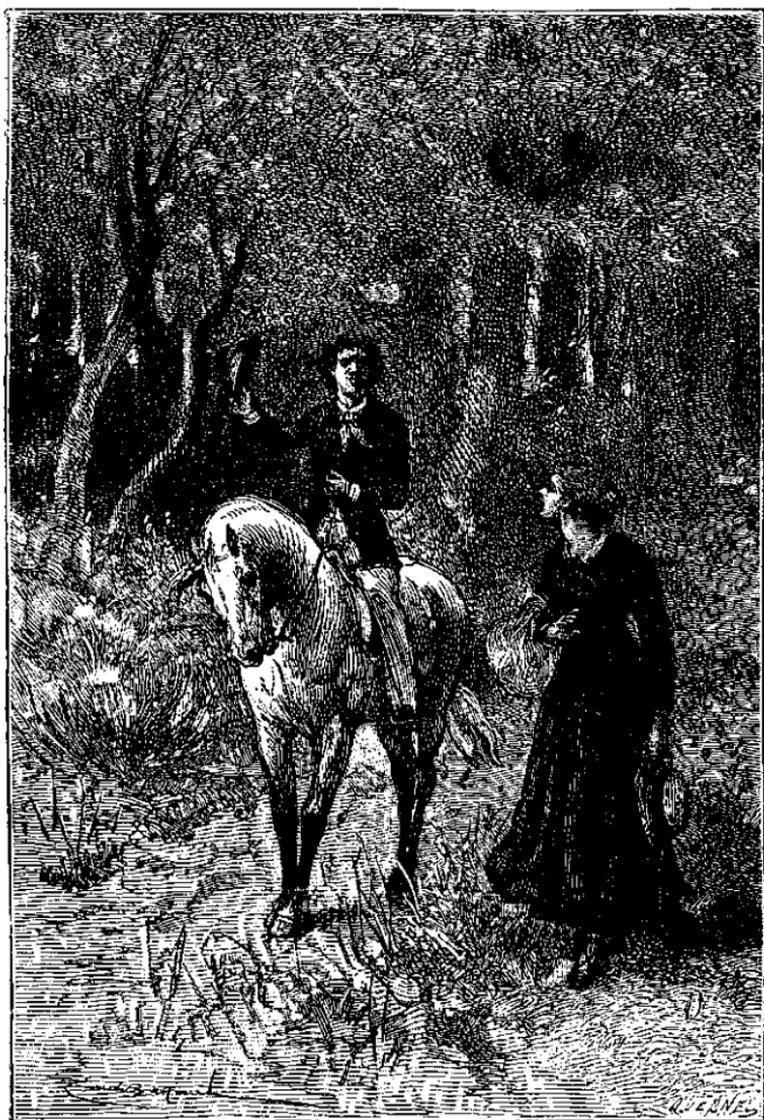
ni sus piernas de agilidad, la pobre joven pedía clemencia; mas el abominable Perico, haciéndose el sordo, proseguía implacable su camino. Andando como por la posta, contemplaba á la vez con vista huraña la sombra de los árboles que el sol prolongaba desmesuradamente sobre la hierba de los prados, y presa el corazón de la mayor amargura, no se le ocultaba que, si había de llegar hasta Valtravers jardiós, dominicales delicias! Encontrábase entonces en los linderos del bosque, cuando cruzó por su cerebro una idea infernal:

—¡Ea!--dijo resueltamente, dejando sobre el césped el paquetillo que llevaba bajo el brazo:—Con seguir esa grande calle de árboles, llegaréis en derechura al castillo. Antes de un cuarto de hora, daréis de narices en su puerta.

Dicho esto, disponíase el bribón á escurrirse; pero un gesto le detuvo. Después de haber desprendido de su cinturón un bolsillejo que no parecía muy pesado, sacó la joven una monedilla blanca, ofreciéndola cariñosamente á Perico y dándole mil gracias por su trabajo. Ante semejante rasgo de generosidad con el cual no contaba ni mucho menos, sintióse conmovido Perico. Vaciló: é iba tal vez á ceder al grito de su conciencia, cuando descubrió, á lo lejos, en la llanura, el campanario de Neuvy-les-Bois, asaz parecido al mástil de un navío encallado en la playa. Por un efecto de espejismo que sólo la pasión podría explicar, creyó ver, vió en la plaza de la iglesia á una docena de bribonzuelos jugando á trucos, al hoyuelo y al tejo. Esta vez, ya no resistió Perico; tomó la moneda, la sepultó en el bol-

sillo y echó á correr á pierna tendida, como si le persiguiera una legión de diablos.

Apenas hubo penetrado en el bosque, experimentó la joven esa sensación de bienestar que, en los ardores del verano, produce el zambullirse en un baño de agua fresca. Su primer impulso fué dar gracias al cielo que la había sostenido y protegido en el largo viaje que acababa de efectuar, y rogarle que le hiciese hospitalaria la puerta á donde á llamar iba. No dudando, ni por asomo, de que el castillo se encontraba á poca distancia, sentóse al pie de una encina, y no tardó en quedar embargada por los encantos de la selva; y es que tú ¡oh indulgente y buena Naturaleza! eres la amiga de todas las edades: tú consuelas á los ancianos; y hasta los niños mismos, cuando les sonríes, llegan á olvidar que perdieron sus madres. En derredor de la joven todo era armonía, frescor, perfumes. Los oblicuos rayos que á través del follaje el sol enviaba á morir á sus pies, le recordaron que se acercaba la noche. Levantóse y echó á andar siguiendo la gran calle de árboles, y esperando que, de un momento á otro, surgirían á su vista fachada y torreones. Ocurrió, sin embargo, que esta calle la cual, al decir de Perico, servía de avenida al castillo, no convergía, realmente, sino á otra calle transversal. Aplicó el oído la joven procurando percibir algunos rumores de habitación próxima, y sólo alcanzó á oír los sordos murmullos que recorren la profundidad de las selvas á la caída de la tarde. Trepó entonces a un terromontero y sólo vió en derredor un vasto océano de verdura. Anduvo lar-



—Caballero, agradezco al cielo la llegada de usted.

go tiempo á Dios y á ventura, y cuando ya descorazonada intentó volver atrás, fuéle imposible reconocer los senderos por donde había pasado. Si bien el sol no se había despedido aún del horizonte, ya la selva se iba llenando de sombra y de misterio. Las aves habían dado fin á sus cantos; batían el aire las falenas con sus algodonosas alas, y comenzaba el siniestro concierto de las osifragas. Ésta es la hora en que, sobre todo, el abandono, la tristeza y la soledad dejan sentir toda su pesadumbre en el alma de los desheredados. Desalentada, no pudiendo más, dejóse caer la pobrecilla sobre la hierba, brotando de nuevo sus lágrimas. Había desatado los lazos de su sombrero de paja, y mientras lloraba, las juguetonas brisas retozaban con su blonda cabellera que doraba un postrer rayo de sol.

Así estaba desde hacia algunos instantes, sumida en plena desesperación, cuando percibió á corta distancia un arrogante caballo lemosino que no oyera llegar, y que permanecía inmóvil, mientras su jinete la contemplaba con el aire de sorpresa de quien no está habituado á semejantes encuentros, en semejante hora y semejante sitio. Púsose en pie la joven con movimiento brusco, y tranquilizada en breve por la sonriente benevolencia de la mirada fija en ella:

—Caballero—dijo,—agradezco al cielo la llegada de usted. Si es usted del país, ya habrá comprendido que soy extranjera. Hace más de dos horas que voy divagando por el bosque, sin lograr salir, ni saber dónde me encuentro. Tal vez tenga usted la bondad de indicarme mi camino.

—Con mucho gusto, señorita—respondió una voz casi tan dulce como la de la joven;—mas para ello he de saber á dónde se dirige usted.

—A Valtravers, caballero.

—¿Al castillo?

—Sí, señor, al castillo de Valtravers.

—A nadie mejor que á mí podía usted dirigirse, señorita, pues allá voy yo también, y si usted lo permite, tendré el honor de acompañarla.

Dicho esto, y sin esperar contestación echó pie á tierra el jinete. Era un joven en todo el esplendor de la primavera de la vida, esbelto, elegante, de dulce y arrogante mirada y dominando estas dotes una gracia inexplicable. Sus cabellos, negros como el azabache, rizábanse abundantes en derredor de las sienes. Ceñida negligentemente en torno del cuello, la corbata de seda gris con rayas azules, en vez de ocultarlo, hacía resaltar su marfilino cutis. Una levita de oscuro color oprimía su delgado y flexible talle, y el pantalón bajaba en amplios pliegues sobre finísima bota, armada de brillante y sonora espuela.

—¿Es de usted eso, señorita?—preguntó, señalando con la punta del látigo el humilde paquete que yacía sobre el césped.

—Sí, señor; es toda mi fortuna—respondió con triste sonrisa la extranjera.

Cogió el joven el paquete y lo ató sólidamente á la silla de su corcel; hecho esto, ofreció su brazo á la niña y ambos emprendieron la marcha en dirección al castillo, siguiéndoles el hermoso y dócil animal, que de

paso ibo desmochando los tiernos retoños que á derecha é izquierda se ofrecían.

—Así pues, señorita, cuando he tenido la suerte de encontrar a usted, se hallaba usted extraviada, perdida y sin saber qué hacerse? Agradezco al azar que me condujo por este lado, pues corría usted gran riesgo de pasar la noche á la luz de las estrellas, sin otra cama que el musgo de los bosques.

—Resignada estaba á ello, caballero.

Y en seguida la joven refirió de qué manera la había burlado el tunantón de Perico.

—Ese Perico es un bribón que merecería que le cortaran las dos orejas. ¿Dice usted que va á Valtravers? En este caso, debe usted conocer al caballero, ó cuando menos, á alguno de los habitantes del castillo?

—No, señor; no conozco á nadie.

—¿De veras?

—A nadie absolutamente; pero ¿usted conoce al caballero?

—Ya lo creo, somos antiguos amigos.

—Dicen que es muy bondadoso, generoso, caritativo.

—¡Oh, sí, muy caritativo!—replicó el joven, creyendo que se trataba sencillamente de aliviar algún infortunio; pero, después de dirigir una rápida ojeada á su joven compañera, rechazó semejante idea y comprendió que, positivamente, no era aquella niña una postulante ordinaria.

—Señorita—añadió gravemente,—el caballero tiene el corazón más noble que jamás latió bajo la capa del cielo.

—Lo sabía, y no abrigaba la menor duda sobre el particular; pero, en estos momentos, me es sumamente grato oírlo afirmar de nuevo. ¿Y el pequeño Mauricio? ¿también deberá usted conocerle?

—¿Quién es el pequeño Mauricio, señorita?

—El hijo del caballero.

—¡Vaya! ¡vaya! —exclamó riendo el joven;—y mucho que sí! ¡pues no he de conocerle al pequeño Mauricio!

—¿Verdad que promete llegar á ser, un día, tan bueno y generoso como su padre?

—¡Diantre! en el país le consideran generalmente como un buen muchacho. No seré yo quien diga mal de él.

—Presiento que he de quererle como á un hermano.

—Y yo aseguro que, por su parte, tendrá suma satisfacción en conocer á usted.

En este momento cruzaban un claro y, á espaldas del muro de un parque cuya verja se abría en la selva, apareció un lindo castillejo cuyas ventanas incendiaban los rayos del sol poniente.





II

AQUELLA misma tarde, y á la misma hora, el anciano caballero de Valtravers se hallaba sentado en el rellano de la escalinata, en compañía de la vieja marquesa de Fresnes, cuyo vecino castillo se percibía en el fondo del valle, á través del follaje, verde aún, de los álamos que costean el Vienne. Los dos departían plácidamente sobre tiempos pasados, por cuanto, á la edad que contaban uno y otra, la vida sólo se ve iluminada por ese pálido y dulce destello que se llama recuerdo.

De luenga fecha databa la amistad de la marquesa y el caballero. A los primeros toques de rebato dados por la monarquía acorralada, habiendo estimado conveniente el marqués de Fresnes ir á dar con su mujer un paseo de algunos meses por las márgenes del Rhin, aunque no fuera más que para protestar contra lo que ocurría en Francia y tributar al trono de san Luís un testimonio auténtico de respeto y adhesión, decidióse á acompañarles el caballero de Valtravers. Sabido es lo que resultó de aquellos viajes de algunos meses, y cómo aquellas cortas excursiones, que al principio se presentaran como partidas de recreo, tuvieron por meta un duro y prolongado destierro. Nuestros tres compañeros tenían tal seguridad de regresar pronto, que apenas habían llevado con qué subvenir á los ocios de más de un año. Agotados aquellos recursos, vendidos los diamantes, trocadas por oro las joyas, encamináronse á Nuremberg, donde se instalaron pobrememente, aspirando tan sólo á vivir. Los señores de Fresnes y de Valtravers se hacían los remolones; y como acontece siempre, la mujer fué quien dió ejemplo de resignación, valor y energía. «Trabajaremos,» contestó sencillamente la señora de Fresnes á los dos amigos al preguntarle, ansiosos, qué resolución cabía tomar. Y como pintaba regularmente al pastel y la miniatura, se puso á dar lecciones y hacer retratos. Su belleza, su gracia y su infortunio, más aún que su talento, le procuraron en breve tiempo numerosa y selecta clientela. Los dos gentiles hombres, que habían comenzado por decretar que aquello era rebajarse, y que clamaban

al cielo viendo trabajar á la marquesa, acabaron, quieras que no, por advertir que tenían mesa muy regular, sin hacer nada, y que en resumidas cuentas la marquesa era quien llevaba el agua al molino, como vulgarmente se dice. La cosa no preocupó mayormente al marqués; pero el señor de Valtravers comprendió que permanecer de aquel modo, con los brazos cruzados, era tomar el orgullo y la dignidad al revés. Pero ¿qué empleo encontrar para sus facultades? ¿á qué industria aplicar sus dos brazos ociosos? Ocurriósele la idea de enseñar el francés, pero la necesidad previa de aprenderlo como es debido dió al traste con tan lucido proyecto. Después de estudiarse y darse á sí propio mil vueltas en todos sentidos, reconoció el caballero, con toda humildad, que únicamente servía para ir á hacerse matar en el ejército de Condé. Disponíase á ello, aunque sin entusiasmo, cuando, al divagar un día tristemente por las calles, se detuvo maquinalmente ante un aparador de chucherías donde, entre otros mil objetos de madera torneada, veíanse numerosos boliches artísticamente labrados y gran copia de esos trompos roncadores, delicia de la infancia y gloria de Nuremberg. Parece, desde luego, que para un gentil-hombre emigrado, arruinado de pies á cabeza, y habiendo doblado desde luengo tiempo hacía la edad de los boliches y de los trompos de Alemania, semejante espectáculo no debía entrañar nada que exaltar pudiese la imaginación y agolpar la sangre á la cabeza. Y sin embargo aconteció que, después de algunos minutos de silenciosa contemplación, hubiérase dicho

que el señor de Valtravers experimentaba algo muy parecido á lo que sintieron Cristóbal Colón al ver surgir del seno del Océano las orillas del Nuevo Mundo y Galileo al comprobar que nuestro pequeño globo terraqueo, clavado por la ignorancia y sellado desde seis mil años antes en el espacio, se movía y paseaba en derredor del sol.

El caballero de Valtravers había nacido en 1760. A la sazón, y gracias al *Emilio* de Rousseau, era moda, entre las elevadas clases de la sociedad francesa, completar toda educación con el aprendizaje de un oficio cualquiera. De alto descendía el ejemplo: en 1780, el rey de Francia, que era el hombre más bondadoso de todo su reino, era también el mejor cerrajero de su nación. De buen tono era para todos los grandes señores saber un arte mecánico, lo mismo que para las grandes damas lactar por sí mismas á sus hijos. Todo ello, en general, se practicaba por ser moda, sin previsión, ni gravedad, jugando ellos al *trabajo*, y á la *maternidad* ellas; prestándose ellas al capricho del día más bien que al voto de la naturaleza, y no sospechando ellos al manejar la lima ó el cepillo que se acercaba la hora en que los hijos de familia se verían obligados á hacerse hijos de sus obras, y que era obrar cuerdamente el pensar desde entonces en crearse títulos de menestería.

A la vista de todos aquellos juguetes, ante los cuales acababa de guiarle el azar, ó más bien el instinto de una vocación misteriosa, recordó el señor de Valtravers que en sus mocedades había aprendido á tornear el



Reían como chiquillos.

ébano y el marfil. Tres meses después, pasaba en Nuremberg por el Benvenuto Cellini de la ebanistería torneada. Lo positivo es que en menos de tres meses había logrado trabajar la madera como nadie. Sobresalía en la confección del boliche; sus trompos eran generalmente muy apreciados; pero ¿qué diré de sus casca-nueces, que por la delicadeza y lo acabado de sus detalles, eran sencillamente otras tantas maravillas? Fabricaba algunos de marfil, que se estimaban como verdaderas joyas. Intervino la moda, y como quiera que los *pasteles* de la señora de Fresnes gozaban ya de boga casi igual, ocurrió que, durante dos años, en la antigua villa alemana, todo original de buena cuna debió servir de modelo á la marquesa, y ni una sola avellana se comió sin la intervención del emigrado francés.

Puede creerse perfectamente que, muy al revés de ciertas gentes, nuestros dos artistas no tomaban sus triunfos por lo serio; y si en público cotizaban sus talentos á subido precio, en la intimidad del hogar los conceptuaban de mediano valer. Después de haber trabajado cada cual por su parte, reuníanse al anoche- cer, y entonces tenían lugar entre ella y él escenas de loca jovialidad, cuando la marquesa exhibía en su caballete la rubicunda faz de algún rechoncho nurembergués, mientras el caballero sacaba del bolsillo media docena de rompe-nueces que había torneado durante el día. Reían como chiquillos, sin advertir que debían su encantadora alegría al trabajo, al trabajo que los hacía mejores y más dichosos de lo que nunca

fueron en los tiempos floridos de su prosperidad. Por lo que atañe al marqués, estimaba que ganar el pan era cosa exclusiva de «la canalla», y que un gentil-hombre que se respete debe saber morir como los senadores romanos en sus sillas curules, antes que rebajarse á vivir como los indigentes, trabajando. Guardaba por ello cierto rencor sordo á su mujer, y despreciaba soberanamente al caballero, sin que le costara gran cosa manifestárselo. Lo que sobre todo le exasperaba era encontrarles ocupados todo el día y siempre de buen humor, mientras él se moría literalmente de ese profundo y huraño aburrimiento que la inacción acarrea consigo. A la vez que respetándose, no dejaba de comer con gran apetito, aprovechaba sin escrúpulos los beneficios de la asociación y mostrábase en ciertos detalles tan pueril, tan fútil y más exigente que si todavía se encontrara en su castillo, á orillas del Vienne. A las horas de comer, cuando se hallaban reunidos los tres, exhalábase en grande su bilis. «¡Hola, marqués! —exclamaba á veces el caballero—¿podríais decirnos qué sería de vos, actualmente, sin los pasteles de la marquesa?—¿Y sin los rompe-nueces de nuestro amigo?—añadía la marquesa riendo.—Encogíase de hombros el señor de Fresnes, hablaba de raspar sus blasones, pedía perdón para su mujer á los manes de sus antepasados y se lamentaba de no ver en la mesa una botella de Burdeos.

A la larga, en cuanto hubieron asegurado el bienestar de su hogar, la señora de Fresnes y el caballero de Valtravers pudieron obedecer á un sentimiento más

desinteresado y más poético, que insensiblemente había ido germinando en ellos. Sin sospecharlo, habían franqueado los peldaños que conducen del oficio al arte, como la escala de Jacob conducía de la tierra al cielo. La marquesa se adiestró en la copia reducida de los cuadros de antiguos maestros, adquiriendo en breve tal perfección, que las gentes de gusto artístico se disputaban sus miniaturas-copias de Holbein y Alberto Durero. Por su parte, el caballero emprendió formalmente la escultura en madera, logrando ser en este género uno de los artistas más eminentes de allende el Rhin. Todavía os enseñarán hoy, en la Catedral de Nuremberg, un púlpito tallado por él. Perfectamente labrados, no todos sus ornamentos son de gusto irreprochable; pero el fragmento principal, que representa á San Juan predicando en el desierto, es uno de los más bellos que posee Alemania y podría competir con las labores de madera esculpida que se ven en Venecia, en la iglesia de *San Giorgio Maggiore*.

A más de los goces que proporciona, por humilde y modesto que sea, tiene el arte la preciosa seguridad de elevar el corazón, de agrandar el espíritu y de abrir al pensamiento más amplios y serenos horizontes. Por lo menos, así aconteció en la marquesa y en el caballero. Una y otro llegaron paulatinamente á romper del todo el círculo de preocupaciones mezquinas donde les tenían encerrados su nacimiento y su educación. Reconocieron la aristocracia del trabajo y la realeza de la inteligencia; como dos mariposas, despojadas de su crisálida, salieron de su casta estrecha y limitada

para entrar triunfantes en la gran familia humana. Entre tanto, roído por el tedio hasta los huesos, seguía el marqués consumiéndose en deseos impotentes, en remordimientos estériles. De la noche á la mañana, entregó á Dios lo que de alma tenía, y su mujer y su amigo lo lloraron como se llora á un niño.

A los pocos meses (corría el año de 1802), invitados por el Primer Cónsul, pasaron otra vez el Rhin, y regresaron alegremente á su patria, regenerada como ellos. Desde hacía largo tiempo, habían ambos acabado por comprender y aceptar las nuevas glorias de la Francia; al sentar de nuevo la planta en este suelo heroico, sintieron latir con vehemencia el corazón, inundando sus ojos dulce llanto. La mejor parte de sus dominios había sido considerada propiedad nacional; así, pues, obtuvieron fácilmente el reintegro de sus hogares, estimando como un largo sueño los años de destierro que habían transcurrido; sólo que, al revés de Epiménides, despertaban jóvenes después de haberse dormido viejos. Apenas reinstalado en el castillo de sus padres, apresuróse el caballero á llamar á sí á una bella y casta criatura de quien se enamorara en Alemania, con la cual casó, y que murió al darle un hijo. Creció éste entre su padre y la señora de Fresnes, quienes se consagraron á él por completo y continuaron viviendo filosóficamente en su retiro, practicando el bien, ocupando sus ocios, sordos ó poco menos á los mundanos rumores, y ajenos á toda ambición. De entre todos los hábitos, el del trabajo es á la vez el más raro y el más imperioso. La marquesa pintaba como antaño, mien-

tras por su parte el caballero, levantado cada mañana con el alba, acepillaba, tallaba, vaciaba el peral, el nogal y la encina. Habíase impuesto la tarea de renovar magníficamente, con sus propias manos, las carcomidas entabladuras de su casa solariega, y de vez en cuando, como recuerdo plácido de sus primeros éxitos, torncaba algunos rompe-nueces que luego regalaba a las hijas de sus colonos. La lectura, el paseo, las delicias de una intimidad, cuyo encanto no había envejecido, y la educación del joven Mauricio absorbían el resto de su tiempo, siempre demasiado corto para el que trabaja y el que ama.





III

COMO decíamos, pues, cierta tarde, sentados uno junto á otra, los dos viejos compañeros se complacían en remontar el curso de los días que habían recorrido juntos, cuando percibieron, desembocando por una de las calles de árboles del parque, á los dos jóvenes á quienes dejamos en la verja. Llegados al pie de la escalinata, subió la muchacha lentamente las gradas, con aire grave, visiblemente conmovida. La marquesa y el caballero se habían puesto en pie para recibirla. Sacó la joven del seno una carta, que aplicó piadosa contra

sus labios, entregándola luego al señor de Valtravers, quien examinaba con un sentimiento de benévola curiosidad á aquella niña que veía por vez primera. Rompió el anciano gentil-hombre el sobre, y leyó. De pie, cruzados los enflaquecidos brazos sobre el pecho, tranquila en su dolor, digna en su humildad, permanecía la extranjera, inclinados los ojos, bajo la mirada de la señora de Fresnes, que la observaba con interés, mientras á corta distancia, el joven que la había acompañado, asistía, testigo discreto, á esta escena silenciosa.

Munich, 13 Julio de 18...

«Próxima á abandonar este mundo, en presencia de la eternidad que en breve empezará para mí, no al cielo, sino á Francia se dirigen mis ojos antes de cerrarse; no á Dios, sino á vos es á quien clamo, hermano mío, y os tiendo mis suplicantes brazos, en nombre de la que fué mi hermana y vuestra esposa. ¡Ah! ¡por cuán duras pruebas no ha pasado esta casa, que vos conocisteis tan próspera! ¿A dónde fueron aquellos goces de este hogar donde un día vinisteis á sentaros? La tumba me ha ido arrebatando todos los míos. Mi marido no pudo sobrevivir á su fortuna y yo, desventurada, voy á seguirle pronto. Muero, y soy madre! esto es morir dos veces, Dios mío! Cuando leais estas líneas, solo tesoro, única herencia que habré podido dejarle al partir, mi hija no tendrá á nadie más que vos en el mundo; cuando tengáis en las manos este papel bañado con mis lágrimas, mi hija se encontrará ante vos, sola, después de un largo viaje, quebrantada

por el dolor y la fatiga, sin más refugio que vuestro techo, sin otro apoyo que vuestro corazón. ¡Ah! ¡en nombre del dulce lazo que os fué tan caro y que la muerte sin duda no ha roto, en nombre de esta Alemania que con vos se mostró hospitalaria y que durante largo tiempo fué vuestra patria; en nombre de mi familia que vino á ser la vuestra; en nombre de la santa criatura prematuramente arrebatada á vuestro amor y que os suplica aquí por mi voz, no rechazéis á mi pobre abandonada! Recoged, abrigad en vuestro seno á la paloma que ha caído de su nido! Y tú á quien no conozco, pero á quien me complazco en confundir á menudo con mi hija en un mismo sentimiento de ternura y de solicitud, hijo de mi hermana, si tu madre te dió su alma, serás bueno también y fraternal con mi adorada Magdalena. Protégela, vela por ella cuando tu padre haya dejado de existir, y no olvides jamás, joven amigo, que la huérfana que el cielo nos envía se convierte á veces en ángel tutelar de la casa que le abrió sus puertas.»

—¡Ven, hija mía, ven á mis brazos!—exclamó el caballero al terminar su lectura;—bienvenida seas, hija mía, al hogar de tu anciano tío. A no ser por el luto que te trae, considerara yo este día como tres veces venturoso y tu llegada sería para todos una fiesta. Es mi sobrina, marquesa —añadió estrechando cariñosamente en sus manos la cabeza de la niña;—Mauricio, es tu prima, mejor dicho, una joven hermana que viene del país de tu madre.

La huérfana pasó de los brazos de su tío á los de la marquesa. La señora de Fresnes había tenido el dolor de perder una hija única, arrebatada en flor, casi de la misma edad que Magdalena; ahora bien, en todos los desventurados que han sufrido tan triste desgracia, y sobre todo en las madres, hay la irresistible propensión á encontrar, aun cuando no existan, analogías visibles y sorprendentes entre el hijo que la muerte les robó y la mayoría de los que encuentran en su camino: conmovedoras ilusiones del amor y del dolor que transforman todos esos juveniles rostros en otros tantos vivos retratos del sér adorado que ya no es! La marquesa, pues, habíase sentido inclinada naturalmente hacia aquella blanca criatura que de aparecersele acababa como viviente imagen de su hija. Eran sus mismos ojos, su misma mirada, su mismo encanto triste y grave, peculiar á los seres que han sentido tempranamente las amarguras de la vida ó condenados á morir prematuramente. Así dispuesta desde luego, déjase comprender si la señora de Fresnes, espíritu vivo, naturaleza generosa que no habian empobrecido los años, acogería con entusiasmo aquella ocasión de practicar el bien. Estrechando contra su seno á la joven extranjera, prodigábale los nombres más tiernos, colmándola de besos y caricias. Tocó después su turno al joven. «¡Cómo! ¡ primo! ¿era usted el pequeño Mauricio?—dijo la huérfana sonriendo á través de su llanto. —¡ Pues no me había figurado que debía ser usted un muchacho!» Mauricio la abrazó cordialmente; ni remotamente sospechara hasta entonces que tuviese una

prima. Entre tanto el caballero daba sus órdenes, activo, previéndolo todo, y diciendo con efusión á sus viejos sirvientes: «¡nos ha llegado una hija!» Realmente aquella noche, si pudo ver la acogida que recibió su hija en Valtravers, debió de quedar complacida en el cielo la madre de nuestra heroína.

La instalación de Magdalena no alteró en lo más mínimo la existencia del castillo. Era una joven piadosa, sencilla, modesta, ya seria y reflexiva, ocupando poco sitio, no haciendo el menor ruido, callada casi siempre, é inclinada sobre su labor. En pocos días se había hecho simpática á todo el mundo con su dulzura y su bondad. En cuanto á su figura, nada diremos; todos sabemos lo que es una muchacha en esa edad ingrata que ya no tiene las gracias de la niñez y aún no posee las de la juventud. No era bella, precisamente, y no nos atreveríamos á afirmar que prometiese serlo. Antes de emitir dictamen sobre cuestiones tan delicadas, es conveniente esperar, tanto más cuanto que en ese período de transición se opera un misterioso trabajo en que la fealdad se transfigura tan á menudo, como se marchitan las flores de belleza demasiado temprana. Tal como era, el caballero y la marquesa la amaban con viva ternura, compartiéndose la existencia de la joven entre las dos habitaciones vecinas una de otra y que propiamente hablando sólo formaban una. Lejos de haber sido descuidada, su educación había sido llevada al punto de que pudiese continuarla por sí misma y terminarla sin auxilio ajeno. Hablaba el francés con pureza, y casi con su acento propio. Como todas

las alemanas y demasiadas francesas ¡ay! sabía á fondo la música y, cosa desgraciadamente más rara, no abusaba de ella. El caballero y la marquesa complacíanse en hacerle cantar tirolesas de su país; pero estas melodías que evocaban en ellos con delicia sus tiempos de destierro y de pobreza, despertaban cruelmente en ella los recuerdos de su madre y de su patria, ambas perdidas sin remedio, y á menudo la pobre niña se veía interrumpida por sus lágrimas y sollozos. En cuanto á Mauricio, al cabo de dos ó tres semanas, durante las cuales se había creído obligado á ocuparse de su primita y á tributarle los honores que la fina educación exige, apenas pareció advertir su presencia. Tenía veintidós años y toda la efervescencia, todos los arrebatos de su edad; agitábanle otras preocupaciones. Había crecido en plena libertad, doblemente mimado por su padre y la marquesa, que no encontraban en el mundo á nadie más bello que él, ni más simpático. Un preceptor le había enseñado algo de griego y de latín; al mismo tiempo el señor de Valtravers, en quien la afición á la madera esculpida se había trocado en manía, le iniciara en el culto de su arte. Lágrimas de gozo y de orgullo derramaba el anciano caballero cuando veía junto á sí á su hijo escuadrando, torneando, acepillando y prometiendo dejar rezagado á su padre. Mauricio, por su parte, parecía tomarle gusto á tan inofensivo pasatiempo cuando cierto día, por desgracia, se preguntó si, además del caballero, de la marquesa y de la madera esculpida, no existía en el mundo algo. A esta indiscreta pregun-

ta que le dirigía vagamente la mocedad turbulenta, inquieta y próxima á estallar, no se hizo esperar la respuesta : la misma juventud fué la que contestó con una explosión.

Existen tiernas y poéticas naturalezas veladas en su aurora por leve bruma ; y otras, por el contrario, más vivas y enérgicas, cuya aurora surge abrasada con todos los ardores del mediodía. En aquellas, la primera perturbación de los sentidos y de la imaginación que despiertan, se revela silenciosa y se manifiesta en tristes ensueños; y en estas, violentamente, en tumultuosas agitaciones. Mauricio participaba á la vez de entrambas naturalezas. Viósele sucesivamente triste, preocupado, meditabundo y luego, de improviso, presa de ardores sin objeto y sin nombre, no pudiendo ya parar en casa, impetuoso, enardecido, hasta algo colérico y no sabiendo á qué vientos lanzar la salvaje energía que le consumía ; con ello, afectuoso con su padre, lleno de gracia para su anciana amiga, bondadoso con todo el mundo, adorado por todos, y únicamente ahíto de la escultura en madera, del hogar hereditario, de las eternas historias que oía desde veinte años y preguntándose con sorda irritación si su existencia debía transcurrir entera torneando el boj, modelando la encina y por la noche, junto á la chimenea, oyendo los interminables relatos del tiempo de la emigración. Entretanto, cazaba á rabiár, recorría los alrededores, y estropeaba los caballos.

Con el período álgido de la explosión coincidió la llegada de Magdalena. Compréndese qué importancia

debió entrañar, á semejante hora, en el destino del joven, la aparición de una muchacha de catorce á quince años, tímida, reservada, silenciosa, dotada de escasas belleza y gracia. Ocupóse de ella casi lo mismo que si la primita se hallara todavía en Munich. Partía al amanecer y no regresaba sino al caer de la noche, y eso cuando no le ocurría pasar toda una semana en la aldea vecina, ó en cualquiera de los castillos cercanos. Si al despertar divisaba á Magdalena en su ventana, le daba los buenos días silenciosamente y pare usted de contar. A las horas de comer le dirigía, á intervalos y sin mirarla, alguna frase insignificante. Cuando la muchacha cantaba sus tirolesas, ocasión que siempre aprovechaban con ahínco el caballero y la marquesa para hablar de Nuremberg y recordar, aquél sus rompe-nueces y sus miniaturas ésta, Mauricio que tenía más que machacados los oídos con semejantes temas, escabullíase sin chistar, desde la primera nota. Cierta noche, sin embargo, encontrándose junto á su primita no pudo dejar de fijarse en su magnífica y abundante cabellera. Manifestó su observación en alta voz, levantando con familiaridad la poderosa trenza de rubios y finos cabellos que ornaban la cabeza de la muchacha. Tan poco avezada se hallaba la pobrecita á verse objeto de las atenciones de su primo, que se ruborizó, se turbó y quedó buen rato trémula. Mas cuando se disponía á expresar su agradecimiento con una sonrisa, Mauricio, presintiendo una tirolesa, había tomado ya las de Villadiego. Otra vez, al regresar de caza, ofreció á su primita un lindo faisán que había



Ofreció á su primita un lindo faisán

arrancado vivo de las garras de uno de sus perros. «¡Cómo! ¡querido primo! ¿os acordáis de mí alguna vez?»—preguntó temblando la muchacha.—Mauricio había vuelto ya las espaldas. Y no porque le disgustara la presencia de la huérfana en el paterno hogar; nada de eso! Con todos los ardores de su edad, poseía todos sus nobles y generosos instintos. Nunca se le hubiera ocurrido calcular qué porción podría corresponder á Magdalena en el testamento del caballero. Digámoslo, de paso, en loor de la juventud: raras veces se anidan calculos tan vergonzosos en los corazones de veinte años. Mauricio se hallaba dispuesto á partir con su prima como con una hermana, y si no se mostraba con ella más asiduo y más tierno, era sencillamente porque Magdalena se había olvidado de venir al mundo quince ó veinte meses antes.

No dejaban la marquesa y el caballero de haber notado desde luego el brusco cambio que acababa de efectuarse en los hábitos de aquel Mauricio á quien hasta entonces conocieran de tan sencillos gustos y humor tan fácil. Ambos se afligian sin ver más allá de sus narices. Habían sido jóvenes en un tiempo que la juventud, disipándose á tontas y á locas en mezquinas distracciones, en elegantes frivolidades, no sospechaba ese sordo malestar y ese profundo tedio que debían ser más tarde el suplicio y el martirio de toda una generación. Aun cuando educado en el retiro, en la soledad de los campos, había recibido Mauricio, inconscientemente, la influencia de las ideas nuevas. Las ideas son fuerzas vivas mezcladas con el aire que

respiramos; el viento las acarrea y las siembra en todos los puntos del horizonte; y por más que se haga para escapar á estas invisibles corrientes, por apartado que uno esté, se empapa, se compenetra de ellas; el hombre siempre es hijo de su siglo. Lo que sobre todo sorprendía singularmente al caballero y á la marquesa era, no esa necesidad de actividad devorante, que se explicaban naturalmente por el ardor de la sangre y la impetuosidad de la edad juvenil, sino la sombría melancolía en que se abismaban casi siempre sus ardores y sus arrebatos. En efecto, ¿qué podían comprender ellos de la enfermedad de una época en que la alegría, desterrada de las almas de veinte años, se había refugiado bajo los blancos cabellos de la ancianidad? A fuerza de sondear la cuestión y de discutirla, llegaron no obstante á convenir en que la existencia de Mauricio hasta entonces ni había sido fecunda, ni divertida y que, á pesar del encanto incomparable de la escultura en madera, no era de extrañar que un corazón juvenil no se hubiese absorbido en ella por completo. Tal era la opinión de la marquesa, y el caballero acabó por compartirla. ¿Qué hacer, pues? Ocurrióseles de sopetón la idea de un matrimonio, pero el remedio les parecía demasiado violento; por otra parte y con mucha razón observó la marquesa que ya no se casaban los hombres á veinte años, y que al revés de lo que se practicaba en otros tiempos, el matrimonio había venido á ser menos un principio, que un fin. En resumen, después de maduras reflexiones, decidieron que Mauricio partiese á recorrer mundo, durante dos

ó tres años, comenzando por París y luego, á su elección, visitando la Alemania ó la Italia, á fin de completar su educación con el conocimiento profundizado de hombres y cosas. Semejante programa no era mucho más vago que el que traza cada año la provincia á sus hijos, antes de soltarles las riendas y de lanzarlos á la vida parisiense.

Transcurridos pocos días, en una velada de otoño, al año cabal de la llegada de Magdalena, encontrábanse reunidos el caballero, su hijo y la marquesa en el castillo de Valtravers. El caballo que debía conducir á Mauricio á la vecina aldea por donde pasaba la silla de posta, esperaba, ensillado, al pie de la escalinata. Era el momento de la despedida. Una partida tiene siempre algo de triste y de solemne, aun cuando no se trate de una separación dolorosa. El caballero parecía penosamente afectado; la marquesa ocultaba mal su enternecimiento; Mauricio también sentíase conmovido, y cuando su anciano padre le abrió los brazos, abalanzóse á ellos deshecho en llanto, como si aquel abrazo hubiese de ser el postrero. La señora de Fresnes le estrechó contra su pecho, con vivísima efusión. Finalmente los criados de la casa, los más viejos, los que le habían visto nacer, le abrazaron como á su propio hijo.

Urgía el tiempo, y Mauricio hubo de arrancarse á tan dulces caricias. Hasta el último instante, al poner el pie en el estribo, no se acordó de Magdalena. La buscó con la mirada, y extrañando no verla, disponíase á hacerla llamar, cuando le dijeron que la joven, que había salido hacía unas cuantas horas, aún no es-

taba de regreso. Después de encargar que saludaran afectuosamente á su prima, alejóse al paso regular de su cabalgadura, no sin volver repetidas veces la cabeza, para saludar con tierno ademán á los excelentes seres que le seguían con la vista. Próximo á la verja, y antes de franquearla, titubeò, como aguilucho al borde de su nido antes de lanzarse al espacio. Evocò los días venturosos que había pasado bajo la sombra de aquel lindo hogar, entre los cuidados de la marquesa y la ternura de su padre. Creyò ver á través del follaje conmovido el gracioso fantasma de su adolescencia que le miraba triste y se esforzaba en retenerle. Creyò escuchar voces encantadoras que le decían: «¿A dónde vas, ingrato?» Ablandósele el corazón y humedeciéronse sus ojos; pero su destino le arrebatava. Y penetró en la selva que debía atravesar para dirigirse á la aldea.

Al breve rato de una rápida carrera, en el mismo sitio donde la había encontrado un año antes, en igual día y á semejante hora, percibió Mauricio á Magdalena sentada y sumida en hondas reflexiones. Lo mismo que el año anterior, tampoco había oído la huérfana el galopar del caballo sobre el musgo, y al levantar los ojos viò á su primo contemplándola. Eran el mismo marco y el mismo lienzo. Nada había cambiado: únicamente, en lugar de una muchacha apenas desarrollada, delgaducha, enfermiza, sin belleza y casi sin gracia, veíase una blanca figura en torno de la cual comenzaba á revolotear el blondo enjambre de los dulces sueños de la juventud. No era todavía la flor

abierta, pero el capullo había entreabierto su envoltura. No era todavía la aurora, pero el alba blanqueaba y la naturaleza, próxima á despertar, estremeciase á los primeros besos de la mañana. Mauricio se apeó para abrazar á su prima y despedirse; y después, volviendo á montar, prosiguió su marcha sin sospechar ¡ay! que en pos de sí dejaba la felicidad.

Tan luego como hubo desaparecido al torcer de la avenida, emprendió Magdalena el regreso al castillo. Cuando entró en el salón, vió sentado al caballero junto al ángulo de su hogar desierto. Aproximóse lentamente la joven, y apoyando triste los codos en el respaldo del sillón donde se hallaba el anciano en actitud aplomada, permaneció unos instantes contemplándole silenciosa.

—Padre mío—exclamó al fin, inclinando hacia él su rubia cabeza—padre mío, os queda una hija.

El pobre caballero sonrió, atrayéndola dulcemente contra su corazón.





IV

DESPUÉS de la partida de Mauricio, vino Magdalena á ser la alegría toda de Valtravers. Ella, con su gracia siempre creciente, amenizó el hogar que ya no animaba la presencia del hijo. Vióselas, cual joven Antigone, centuplicar filiales y conmovedoras atenciones en derredor de su anciano tío; y aunque triste todavía el corazón y con un espíritu más reflexivo de lo que correspondía á su edad, supo, para distraerle, olvidarse de sí propia y transformar su gravedad natural en serenidad risueña. Acompañábale en todas sus excursio-

nes, daba vueltas en torno suyo cuando trabajaba en su taller, leía en alta voz los periódicos, no se cansaba de hacerle repetir los relatos de la emigración, ni se descuidaba jamás de extasiarse ante todas las labores escultóricas con que el infatigable artista atestaba todos los rincones y rinconcillos de la mansión. Al mismo tiempo era la hija adorada, y muy en verdad adorable, de la marquesa, que le enseñaba la pintura y se complacía en desarrollar todos sus encantos. Así, entre los dos ancianos, acabó la niña de crecer en talentos y en amables virtudes. A los tres años de su llegada, era Magdalena una buena y bella criatura, no, en verdad, de esa belleza cabal y de convención á que parecen irrevocablemente destinadas todas las heroínas surgidas del cerebro de novelistas y poetas. Ni grande, ni chica, su talle no era absolutamente flexible como un junco. Un crítico, apasionado del arte plástico, hubiera encontrado algo que reprochar en el óvalo del rostro. Los cabellos, que habían adquirido una coloración más oscura, no habrían podido compararse, ni aun dada la mejor voluntad, con el negro del ébano, ni el oro de las mieses. Si la piel tenía esa biancura mate de la camelia, que desafía los mordiscos del sol y del aire, los ojos no eran de un azur muy pronunciado ni muy franco. Si los dientes, alineados como perlas de un collar, tenían la límpida nitidez del nácar, la boca era en cambio algo grande y los labios algo carnosos. Por último, las pestañas, al bajarse, no caían sobre la mejilla como franjas de confalón, y para decirlo todo, la línea de la nariz sólo recordaba vagamente la nariz

recta de las razas regias. Sea como fuere, es lo cierto que la figura y la persona formaban un conjunto suave, donde se fundían esas imperfecciones de detalle, armonizándose tan bien que cada una de ellas parecía una seducción y un encanto más. Agrádanme esas bellezas, menos correctas que simpáticas, que subyugan el corazón antes que los ojos, y que sin tener nada de cuanto deslumbra y fascina á primera vista, hállanse dispuestas siempre á revelar, al que comprenderlas sabe, alguna gracia imprevista, algún encanto nuevo.

A la vez que consagrándose á la administración doméstica y á velar por el buen orden de la casa, la cordura y la razón precoces de que en ello daba prueba no excluían en Magdalena la distinción, la poesía, ni siquiera cierto espíritu novelesco y soñador que debía á su madre, á la Alemania y á Dios. Era en suma una muchacha simpática de ver, en toda la flor de la juventud y de la salud, rica naturaleza bien venida y abierta, derramando en torno suyo el movimiento, la dicha y la vida.

Fácil es formarse idea de la actitud de Magdalena entre la marquesa y el caballero. Era la sonrisa de su vejez y como un tibio rayo de sol que iluminaba el ocaso de sus vidas. Mezcladas y confundidas, navegaban estas tres existencias en lentas y apacibles ondas, sin que nada diese á pensar que su transparente limpidez pudiera alterarse nunca. Y aconteció no obstante que aquellas ondas puras se enturbiaron.

Las cartas de Mauricio habían llegado al principio llenas de encanto y poesía, frescas y embalsamadas

como otros tantos ramilletes cogidos en el rocío de los campos. Así se escribe en esa edad feliz, de tan breve duración. En las horas pálidas, cuando la vida empieza á declinar, ¿habéis encontrado á veces, en el fondo de un viejo cajón de familia, algunas de las cartas de vuestros tiempos juveniles? ¿Os habéis detenido en leerlas? Y en su lectura ¿no habéis visto pasar á través de vuestro llanto la imagen de vuestros bellos años? Por un amargo retroceso sobre el estado actual de vuestro corazón ¿os habéis preguntado si era verdad que de ese mismo manantial, próximo á secarse hoy, habían podido brotar todos esos tesoros de entusiasmo y de fe, de gracia y virtud, de esperanza y amor? De esta índole eran las cartas que escribía Mauricio á los veinte años.

De fiesta eran, pues, los días de llegada del correo á Valtravers. En cuanto divisaba á lo lejos al peatón rural, corría á su encuentro Magdalena, y regresaba triunfante al castillo. Regularmente era ella quien leía en alta voz las misivas de su primo. Cuando encontraba entre aquellas líneas su nombre, lo cual acontecía raras veces, hubiérase podido ver agitarse su seno y colorear un instante el alabastro de su rostro un matiz rosado, casi imperceptible. Si en las cartas no se trataba de la primita, lo cual acontecía á menudo, no daba muestras de sorpresa ni entristecimiento; sólo sí, se hubiera podido observar que estaba más grave y silenciosa el resto de aquel día. Estas cartas de Mauricio hacían vibrar á la vez todas las fibras del buen caballero que podía seguir en ellas, á través de las ex-

pansiones de una ternura apasionada, la evolución de un espíritu distinguido y de una inteligencia despejada. Por otra parte, algunos viejos amigos que tenía en París, le escribían felicitándole, exaltando á su hijo á porfía y contándole de él maravillas. Todo iba lo mejor posible, y uno de los temas de conversación eran ya las venturas del regreso.

Cuando he aquí que, al cabo de un año, las cartas de nuestro amiguito comenzaron á ser cada vez más raras y cortas, cada vez menos afectuosas y tiernas. Vagas en el pensamiento, cohibidas en la expresión, denunciaban evidentemente una gran perturbación de los sentidos y del alma. La pequeña colonia empezó por afligirse en silencio, y acabó por alarmarse seriamente y por quejarse. A los indulgentes reproches que se le dirigieron, no supo Mauricio oponer más que respuestas evasivas. Largo tiempo hacía que expirara el plazo fijado para su permanencia en París, y á pesar de ello no se mostraba Mauricio muy dispuesto á partir á Alemania ó á Italia como estaba acordado. A las observaciones del caballero, que le daba prisa para su partida, nada contestó al principio; y después, impacientado por la insistencia de su padre, respondió en un lenguaje poco retenido, en que se traslucía la impaciencia del freno. Si los viejos amigos escribían aún era sólo para expresar el sentimiento de no ver á Mauricio como antes. Finalmente algunos obuses vinieron de lejos á estallar, en forma de letras de cambio, sobre el honrado hogar, sobrecogido de mustio espanto. Semejantes hechos no se habían realizado en una

semana, ni en un mes, pero les bastaron menos de tres años para llegar al punto que decimos.

Más aún. Si gracias á los pretextos más ó menos especiosos con que Mauricio procuraba disfrazar todavía sus extravíos, había podido el señor de Valtravers abrigar algunas ilusiones sobre la conducta de su hijo, las buenas almas que en los pueblos hormigean no hubieran dejado de robárselas. Siendo como era un completo gentil-hombre, en la bella acepción de esta palabra (tan común desde que la cosa es tan rara), generoso, afable, corazón noble, carácter leal, tenía el caballero numerosos enemigos en la comarca, no entre los aldeanos, que se hubieran dejado matar por él, sino en la villa vecina, donde unos cuantos alguaciles y procuradores, políticos de café, corifeos del liberalismo y polilla de la provincia, no le perdonaban el haber recobrado sus dominios ni el haberse conquistado la estimación de sus gentes. Ahora bien, la villa toda sabía desde largo tiempo á qué atenerse sobre la existencia que el joven de Valtravers hacía en Paris; porque la provincia es una buena madre que no abandona á sus hijos ausentes, siguiéndolos á través de la vida con ojos ávidos, curiosos y celosos, dispuesta siempre á aplastar á los que caen para vengarse de los que se elevan. Por regla general, si queréis sembrar la desesperación y la consternación en la madriguera de seres humanos que os vió nacer ó crecer, llegad, erguida la cabeza y por el camino recto, al logro de los éxitos, de los honores y de la fortuna. Si, por el contrario, preferís derramar dulce alegría en el tugurio,

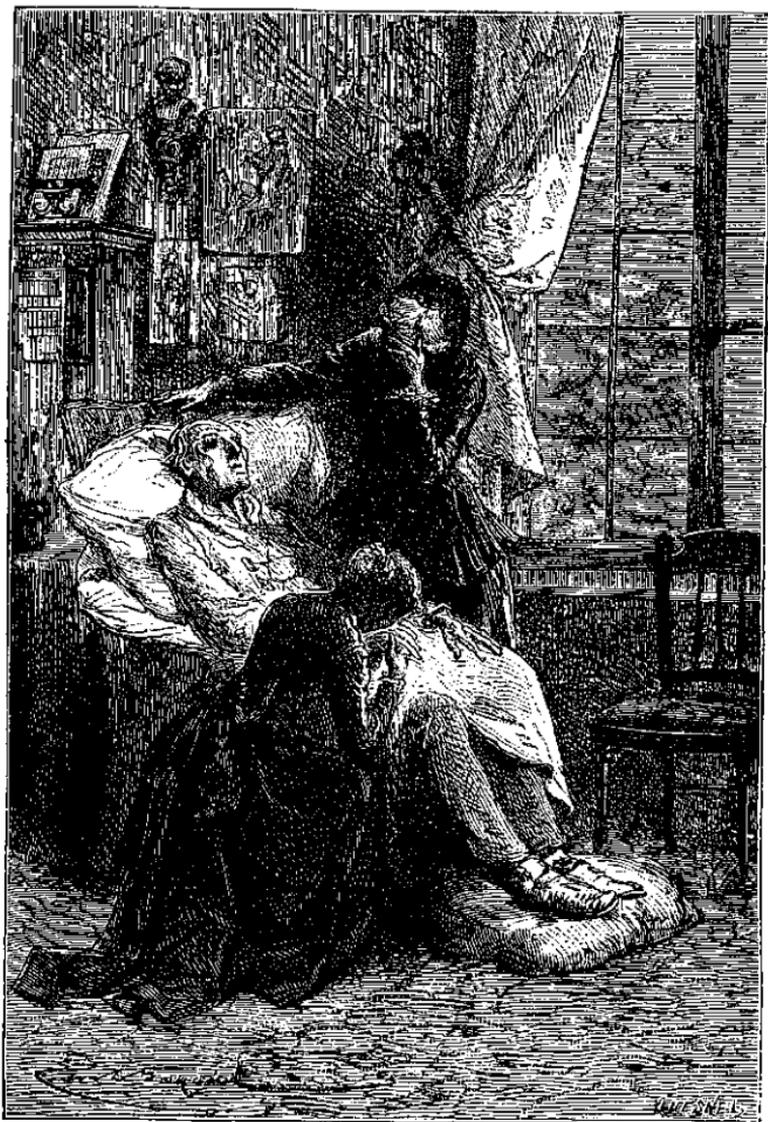
procurad hundiros y que vuestros virtuosos conciudadanos puedan llorar por vuestra ruina. Cuando nuestros conciudadanos lloran por nosotros, es seguro que tienen grandes ganas de reír.

En este concepto, Mauricio había venido á ser en breve tiempo para la villa en cuestión maravilloso tema de escándalo público y de satisfacción interior. Traidoramente oculto bajo el manto de la piedad, el rencor sacióse á tuti-plen. No se le escatimaron al caballero advertencias caritativas, ni manifestaciones de hipócrita pésame; los anónimos completaron la obra.

Devoraba sus lágrimas la marquesa, y el caballero desmejoraba á ojos vistas. Volado había desde largo tiempo la ventura del antes plácido hogar. Magdalena acudía á una y á otro como ángel consolador. Defendía á Mauricio y aun hablaba de su próximo regreso; pero, á decir verdad, ni ella misma lo esperaba, y á menudo ocultábase para llorar. Todo el mundo comprendía que el caballero estaba gravemente atacado, por cuanto después de haber empezado por descuidar la escultura en madera, acabó por abandonarla enteramente. Ya no tenía gusto para nada; sólo Magdalena poseía el secreto de desarrugar su frente y de atraer á sus labios una pálida sonrisa. Decíale á veces el buen señor: «Preciso será, pobre niña, que antes de morir me ocupe de asegurar tu destino, pues, con la marcha que lleva, no será Mauricio quien vele por ti cuando yo falte.—¡Vaya, vaya, padre mío—contestaba Magdalena—no se ocupe usted de ello. Toda mi ambición

se cifra en amar á usted; y el día en que usted falte, no necesitaré nada. Ya soy bastante crecida para poder cuidarme de mí. No me falta valor á Dios gracias, y lo que hicieron en mi Alemania usted y la señora marquesa, también sabré hacerlo yo en Francia; trabajaré; por qué no?» Y el anciano sonreía, moviendo dulcemente la cabeza. Cierta día la joven se atrevió á escribir en secreto á su primo. Debía ser una carta adorable; Mauricio no la contestó. Por lo que atañe al caballero, ya no escribía, y apenas toleraba en los últimos tiempos que hablasen de su hijo en su presencia. Mas, sintiéndose desmejorar de día en día y comprendiendo que no estaba lejano su fin, decidióse á exhalar hacia aquel malhadado muchacho un postrer grito de amor y desesperación.

Lenta fué en llegar la respuesta; por último se recibió, al cabo de tres meses. Y era que, ausente de París desde hacía un año, en viaje no se sabe á dónde, ni en compañía de quién, Mauricio no había podido recibir hasta su regreso las últimas noticias de su padre. ¡Alabado sea Dios! el muchacho volvía á mejor sendero; de ello daba fe su carta. Traslucíase en ella la angustia de un alma caída, pero que, por un esfuerzo supremo, aspiraba á realzarse. Besaba las rodillas de su buen padre; bañaba en llanto las manos de la marquesa, y la propia Magdalena se hallaba mezclada en las efusiones de su arrepentimiento. Sólo pedía unas pocas semanas para acabar de romper los malos lazos. Dentro de pocas semanas partía, dando un eterno adiós al mundo que le había descarriado; azotado por



Habíase extinguido la víspera.

la tempestad, regresaba al puerto para no volver á salir de él. — ¡Techo paternal! ¡A ti vuelvo, por fin, dulce nido de mi infancia! amables compañeros de mis juveniles años! ¡con qué gozo no os estrecharé contra mi corazón! ¡y á mi primita también, que hoy debe ser ya una real moza!—Exaltada por estas vivas imágenes, su imaginación había recobrado de momento la poesía y el frescor de la adolescencia. Desgraciadamente cuando la carta llegó al castillo, hacía veinticuatro horas que el caballero dejara de existir. Habíase extinguido, la vispera, junto á la ventana, sentado en su sillón y oprimidas dulcemente sus manos por la marquesa y Magdalena.

El mismo día de los funerales, cuando la tierra hubo cubierto lo que restaba en este valle de aquel sér excelente que el azar hiciera gentil-hombre, y que el trabajo y la pobreza hicieran hombre, llevóse la marquesa á Magdalena, huérfana por vez segunda.

—Hija mía—le dijo—tu obra no está concluida aún. Todavía debes ayudarme á morir y cerrar mis ojos.

Y ambas permanecieron largo tiempo estrechamente abrazadas.

—¡Ah!—exclamó la marquesa;— ya que tú me has devuelto á mi hija, es justo que yo sea para ti una madre.

Desde aquel día vivió Magdalena en el castillo de Fresnes. Una semana antes de expirar, el caballero había entregado á la marquesa un testamento ológrafo por el que legaba á su sobrina su granja del Coudray, de valor unos ochenta ó cien mil francos. Este docu-

mento estaba concebido en términos afectuosos y conmovedores, revelando en unas cuantas líneas adorables toda la delicadeza del testador. Cuando, para tranquilizar sin duda á Magdalena sobre su porvenir, le confió la señora de Fresnes este precioso testimonio de la ternura de su tío, la joven, movida por un sentimiento de piadosa gratitud, lo estrechó contra sus labios y contra su pecho, y luego, rasgándolo, deslizó religiosamente aquellos fragmentos en su seno.

—¿Qué es eso, hija mía, qué has hecho?—exclamó la marquesa, alarmada en apariencia y encantada en realidad.

—¿Y usted, corazón noble, lo pregunta?—respondió sonriendo Magdalena.—No sé nada de la vida de Mauricio; únicamente presiento que ese joven debe necesitar de todos sus recursos, y mal reconocería yo los beneficios del padre aprovechándome de una parte de la fortuna del hijo. Tenga usted la seguridad, señora, de que lo que acabo de hacer, está bien hecho. No habría usted obrado de otro modo, en mi lugar.

—Pero, mi pobre hija, ¡tú nada posees! No te aconsejaré que fíes mucho en la abnegación de Mauricio. Cuando yo falte, lo cual no ha de tardar mucho, ¿qué va á ser de ti en el mundo?

—Lo que pasa á los que sólo poseen buen ánimo y buena voluntad. Por ventura, y gracias á las buenas lecciones de usted, ¿no soy tan rica como lo era usted misma al llegar á Nuremberg? Confío en que Dios, que á la sazón auxilió á usted, no me abandonará y que lograré construir mi nido como construyó usted el suyo.

—¡Vaya! eres una buena muchacha, tan buena como linda—añadió la marquesa cogiendo bruscamente entre sus dos blancas y secas manos la cabeza de Magdalena, y llenando de besos su frente y su cabello.

Esperábase de un día para otro á Mauricio, á quien la muerte de su padre había herido como un rayo. Transcurrieron semanas y meses, y Mauricio no llegaba. En breve se supo que había otorgado poderes, y que su procurador se ocupaba en los quebraderos de cabeza que los muertos suscitan á los vivos. Había escrito al principio á su prima una carta sin mucha efusión, aunque muy afable, y en la cual le ofrecía, sin entusiasmo ni malgrado, una amplia parte en la herencia de su padre, precisamente la granja del Coudray que la huérfana acababa de renunciar generosamente, por manera que, sin sospecharlo, Mauricio ofrecía á Magdalena lo que ésta le daba. Contestó la joven sencillamente que, retirada junto á la señora de Fresnes, no necesitaba absolutamente nada. No insistió Mauricio: ¿dónde estaban sus buenas resoluciones? Retenido por el respeto y el remordimiento, tal vez no osaba afrontar aún la vista de un sepulcro cuya anticipada ocupación podía, en rigor, echarse en cara. Agradecíanle esta reserva; no dudaban que más adelante llevaría á Valtravers la ofrenda de sus expiaciones.

Mientras en Fresnes abrigaban cándidamente esta última esperanza, caían como granizo á algunos pasos de allí las hipotecas. Un año apenas había transcurrido desde la muerte del caballero, cuando comenzó á propalarse por la comarca la noticia de que las tierras

y el castillo de Valtravers iban á venderse en pública subasta. La marquesa y Magdalena se negaron rotundamente á darle crédito y clamaron ¡calumnia!, como cada vez que se había tratado de defender á Mauricio contra las hablillas de la provincia. Cierta día, sin embargo, mientras daban un paseo por el bosque, hablando del cruel y querido ausente (pues, aun cuando le maldecían, no podían dejar de amarle) percibieron á través de la verja del parque, en las gradas de la escalinata, á varios de los sirvientes del castillo departiendo vivamente con numerosos campesinos, y mirándose unos á otros con aire consternado. Impelidas por secreto presentimiento y vehemente curiosidad encamináronse hacia la solariega mansión.

—¡Ah! señora marquesa! ¡ah! señorita Magdalena! —clamaron á la vez todas aquellas buenas gentes— ¡ah! ¡qué terrible desgracia para todos nosotros! Ha caído el rayo sobre nuestras cabezas; es la ruina de nuestra pobre vida.

—¿Qué hay, hijos míos? ¿qué ha ocurrido? ¿qué os pasa?—preguntó la señora de Fresnes.

—¡Vea usted! ¡vea usted! señora marquesa. ¿Qué debe pensar de esto en el cielo nuestro bendito amo?

Y con gesto azorado designaron la puerta y la fachada del castillo deshonradas por inmensos cartelones con los timbres del fisco. Ya no había duda; eran los avisos de venta.

Inclinó Magdalena la cabeza y dos lágrimas silenciosas surcaron sus mejillas. Hasta entonces, no había comprendido gran cosa de lo que en torno suyo lla-

maban desórdenes y extravíos de Mauricio. Así, pues, en su fuero interno, le había absuelto siempre. Esta vez, todos sus nobles instintos sublevados gritáronle implacables que su primo estaba perdido. En cuanto á la marquesa, sintió afluir á su frente toda la sangre de su corazón indignado, que no había enfriado la edad, corazón siempre joven, siempre ardiente.

—No, hijos míos, no —contestó resueltamente;— mientras yo viva, estas tierras y este castillo no serán presa de los lobos cervales de la banda negra. No toleraré que se dé tal gustazo á los necios y á los malos. Tranquilizáos pues, amigos míos. Seguiréis como antes: vosotros en vuestra granja donde nacisteis y vosotros en esta casa donde habéis crecido. Nada se alterará en vuestra existencia; fiad en mí y corred á consolar á vuestras mujeres y vuestros hijos.

Dicho esto y sin perder momento, mandó recado á su notario y le entregó los títulos de la Renta que representaban la mejor parte de su fortuna, mediante la cual, el día de la venta, debía cubrir todas las pujas. Despertó pues la marquesa cierta mañana propietaria legítima de los dominios de Valtravers, lo cual no modificó ni en un ápice sus hábitos, pues continuó viviendo con Magdalena en el castillo de Fresnes, donde había muerto su hija y donde quería ella morir.

¡Ay! fué aquel el último arranque de la amable y estimada marquesa. Desde hacía largo tiempo, sentíase atraída dulce aunque imperiosamente por el alma impaciente de su viejo compañero.

—¿Qué quieres?— le decía á veces á Magdalena;—

nunca nos habíamos separado. Sin hablarte del marqués á quien no conociste, juraría que el pobre caballero se fastidia allá arriba no viéndome á su lado. Mal me he portado haciéndole esperar tanto tiempo. Eso sí, lo que me tiene en apuros es saber qué le voy á contestar cuando me pida noticias de su hijo.

La víspera de su muerte, al volver en sí de un prolongado amodorramiento, volvió la marquesa el rostro hacia Magdalena, que permanecía sentada á su cabecera, y le dijo: «Acabo de tener un sueño raro, que quiero contarte. Veía á Mauricio en el fondo de un abismo. Asquerosos reptiles rastreaban y silbaban á sus pies y el pobre muchacho hacia desesperados esfuerzos para salir de aquel antro. Bien quería yo correr á ayudarle, pero mis pies parecían clavados en el suelo, y le tendía mis dos brazos impotentes, cuando de pronto te ví venir de lejos, tranquila y serena. Llegada al borde del abismo, después de desatar la blanca manteleta que ceñía tu cuello y flotaba sobre tus hombros, la ofreciste sonriente á Mauricio, que se apresuró á cogerla; le sacaste de allí sin esfuerzo alguno, y se apareció á nuestra vista radiante y transfigurado. Esto he soñado: ¿qué te parece, hija mía?»

Un pálido destello animó los labios de Magdalena, que permaneció pensativa y sin contestar. La marquesa falleció al siguiente día, ó por mejor decir, se extinguió entre los brazos de la joven alemana, exhalando su alma hermosa á través de una sonrisa.

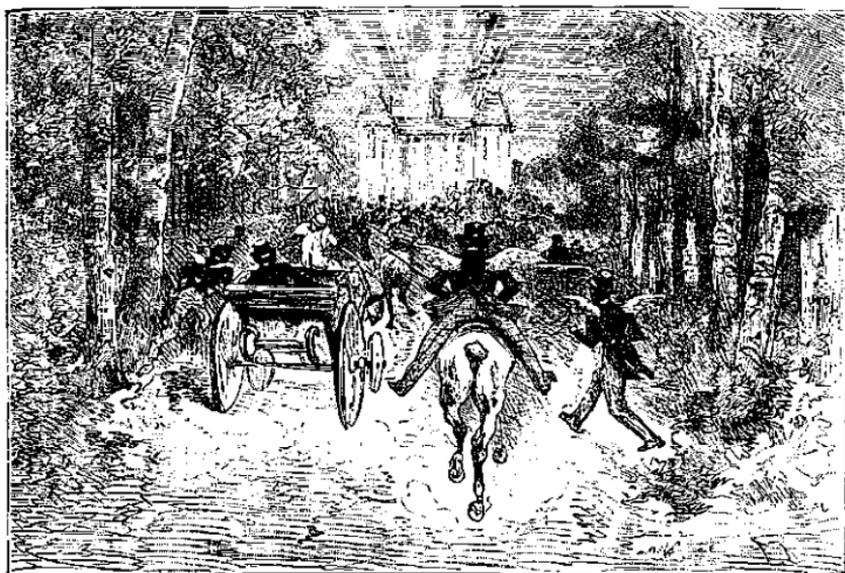
—Hija mía—había dicho jovialmente pocas horas antes de expirar;—no te he olvidado en mi testamen-

to. Ya que tan aficionada eres á la miniatura, te dejo mis colores y mis pinceles. Procura con ellos encontrar un marido.

Efectivamente, al abrir el testamento, reconoció Magdalena que la señora de Fresnes había dicho verdad. Sólo que, á este corto legado, añadía la marquesa el castillo y las tierras de Valtravers, dejando todavía buena herencia á sus herederos naturales que, en verdad, no tenían de ello necesidad alguna.

De esta suerte, la joven y hermosa niña pudo entrar como soberana en aquella mansión donde, una velada de otoño, cinco años antes, se había presentado con su paquetito en el brazo.





V

MENOS deslumbrada de lo que pudiera creerse por su nueva posición, volvió Magdalena piadosamente á aquel castillo, cuya servidumbre entera, que la había visto crecer y que la amaba cordialmente, la recibió como á una reina. Allí vivió como en pasados tiempos, modestamente, sin ostentación, preocupada tan sólo de los seres confiados á su cuidado. Su autoridad demostróse únicamente por la profusión de beneficios que derramaba en torno suyo; á no ser por esto, difícilmente hubiera podido sospecharse el acre-

centamiento de su fortuna, creyéndose que todavía era la huerfanita recogida por su tío. Había declarado, desde luego, que no quería que sufriese ninguna alteración el antiguo tren de vida de la casa, y que deseaba que todos los hábitos del buen caballero se respetaran, absolutamente como si no hubiese muerto y hubiera de volver de un momento á otro. En cuanto á ella, no había querido otra habitación que el cuartito donde transcurrieron los últimos días de su adolescencia y los primeros años de su juventud. Cuando iban á recibir sus órdenes sobre algún asunto un poco grave, nunca dejaba de consultarlo con sus sirvientes, para saber lo que hubiera decidido el caballero en análoga circunstancia. Si le ocurría aconsejar ó reprender (este último caso era muy raro), preparábase á ello con alguna frase por el estilo:—Creo, hijos míos, que el caballero, vuestro excelente amo, habría dicho ó hecho esto ó aquello.—A menudo repetía que el mejor modo de honrar la memoria de los seres que hemos amado, es no hacer cosa que hubiera podido afligirlos, y preguntarse, antes de obrar, lo que les parecería si aún estuviesen presentes. Por último, cuando hablaba de Mauricio, era con respeto y como de un joven rey, cuyo reino administraba durante su menor edad. Era menos reina, que regente.

Habiéndose extendido por todo el país el rumor de su prosperidad, no tardaron en afluir pretendientes á su mano. Valtravers habíase convertido en una Meca, ó en una especie de Santo Sepulcro, designado á la ferviente piedad de todos los solteros del departamen-

to. Durante algunos meses vióse una larga hilera de peregrinos, dirigiéndose al santo lugar para practicar sus devociones. Pequeños hidalgüelos, gentil-hombres arruinados, hijos de familia, jóvenes y viejos, unos en su calesín de mimbre, otros en su rancia berlina, otros cabalgando delgaducho rocinante, acudieron de todos los ámbitos del horizonte, recitando sus padre-nuestros. Si bien formal y pensadora, poseía Magdalena ese franco buenhumor, que procede naturalmente de una conciencia pura, de un corazón recto y de un espíritu sano. Contestó á aquellos fieles que era un espectáculo edificante el ver á una pobre huérfana convertida de improviso en objeto de un culto tan puro y de una abnegación tan desinteresada. Ya había oído decir en Alemania que Francia era la patria de las almas piadosas y de los corazones generosos; pero nunca hubiera creído, á no verlo, que llevase á tal punto la religión del infortunio. Conmovidamente, sólo una cosa sentía, y era encontrarse bastante dichosa en su humilde estado para no querer trocarlo con la rara fortuna que iban á ofrecerle. De esta guisa viéronse despedidos, sucesivamente, aquellos devotos y píos personajes.

Por lo demás, siempre Magdalena había contestado formalmente en el mismo sentido cada vez que el caballero ó la marquesa le habían hablado de casamiento. La muchacha había decidido no casarse nunca. Si tal era su gusto, lo apruebo, no sabiendo comprender ese tantillo de ridiculez con que se tilda á las solteras envejecidas en el celibato. ¿Será acaso un marido una

droga tan indispensable y tan rara á la vez, que no pueda una mujer pasar sin ella, corriendo al mismo tiempo el riesgo de no encontrarla? No hay criatura fea ó pobre que no la haya encontrado en su camino; mas yo estimo á la que se resignó á envejecer en la soledad, antes que consentir en un mal enlace de su corazón ó de su espíritu.

Libre de sus pretendientes, continuó viviendo Magdalena en su retiro, compartiendo sus días entre los cuidados de su pequeño imperio, el ejercicio de la beneficencia y el cultivo de sus predilectas artes. Había exhumado de la biblioteca de su tío algunos viejos y buenos libros, que acabaron de madurar su inteligencia. En su gravedad sonriente, en su tranquila y serena belleza, representaba, á los veintiún años, la gracia y la razón, el buen sentido y la poesía, parecida á las flores que aspiran el jugo de la tierra por las raíces de su tallo y que beben al mismo tiempo en su embalsamado cáliz el rocío del cielo. Era también piadosa y cada domingo concurría á la misa de Neuvelles-Bois. Visitaba de buen grado la maligna aldea que la vió tan abandonada, y donde, en la actualidad, tenía sus pobres y sus huérfanos que la llenaban de bendiciones. Al salir de la iglesia, pocas veces dejaba de entrar en casa de la buena campesina, que tan caritativamente le ofreciera beber de la leche de sus vacas. Por lo que toca al señor Perico, jamás pudo conseguir amansarlo. Ya fuese porque en su presencia se sentía abrumado de remordimientos, ya más bien por miedo de que no le reclamara la moneda de plata que había

ganado con su buen proceder, el muy bribón se largaba a todo correr en cuanto la percibía.

Cuando los fúnebres matices que la muerte deja en pos de sí se hubieron disipado en derredor de Magdalena, cuando el tiempo hubo trocado en sonrientes sombras los espectros de su dolor, la joven hubiera podido considerarse feliz entre todas, á no asediarla sin tregua una preocupación en el seno de su ventura. ¿Qué hacía Mauricio? ¿qué era de él? Desde la muerte de su padre, no había dado señal de vida sino por el escándalo de sus desórdenes, siempre crecientes. Antes de tomar posesión de Valtravers, cediendo á los impulsos de una delicadeza, que sin dificultad adivinarán las almas selectas, y que en vano intentarían comprender los espíritus mediocres, Magdalena le había dirigido una carta, excusándose de su fortuna. Esta carta, que Mauricio debía de llevar respetuosamente á sus labios, á no ser que en su pecho se hubiese extinguido todo sentimiento de virtud, había quedado sin contestar. Y sin embargo, á pesar de motivos tantos para desterrarle de su corazón, á pesar de lo que hubiese hecho y de lo que de él hubiesen dicho, preocupábase todavía Magdalena del malaventurado joven con inquieto y torturado pensar; veíale, en sus sueños, tal como aquella tarde de otoño en que, por vez primera, le había abierto la puerta del hospitalario hogar. En aquel tiempo, no pasaba de ser una niña; pero en esa edad, en que nosotros los hombres sólo acabamos de salir de los juegos de la cuna, quién sabe lo que germina ya en esotros corazones de quince

años! Las muchachas no tienen infancia, y por joven que sea su mujer (á menos de haberla visto nacer y desarrollarse) ningún marido puede lisonjearse de haber aspirado el primer perfume de su alma.

Dios, que ve formarse el diamante en las entrañas de la tierra y abrirse la perla en los abismos del Océano, Dios únicamente ha podido saber lo que pasó en el seno de nuestra heroína desde el primer encuentro. Magdalena se había resistido largo tiempo á creer que Mauricio hubiese degenerado tanto como aseguraban. Largo tiempo le había defendido contra todos, hasta contra su padre, tan indulgente, y contra la marquesa, tan bondadosa. Por último, cuando después de haber visto abreviados los días del caballero y sacado á pública subasta el dominio de los abuelos, hubo de rendirse á la evidencia, no por ello había dejado de ser aquel joven el secreto pensamiento, la oculta novela de su vida. Tales preocupaciones habían redoblado en intensidad desde que Magdalena, aposentada en Valtravers, volvía á encontrar á cada paso las huellas vivientes de aquella juventud que conociera ya tan impetuosa, pero tan simpática todavía en sus arrebatos. Ninguna modificación había sufrido, desde su partida, la habitación que ocupara en el paterno hogar. Allí Magdalena pasaba á menudo horas largas, tristes á veces, y otras, encantadas. En el parque sentábase al pie de los árboles que había plantado Mauricio. Cuando cruzaba el patio del castillo, los perros de caza acudían solícitos á lamer sus manos. Cuando se dirigía á las riberas del Vienne, percibía por encima de los se-

tos los caballos que él había montado y que pacían libres en los abundantes prados. La selva entera estaba llena de su sola imagen. Más aún: vivía en Valtravers una buena y apreciable criatura que nunca se había ausentado del castillo donde nació casi al mismo tiempo que Mauricio. Los dos se habían nutrido con la misma leche, lo cual, en nuestras provincias, establece siempre entre los muchachos cierta fraternidad. El caballero, que la profesaba cordial cariño, había hecho dar una especie de educación á esta niña, que tuvo el raro acierto de aprovecharla muy poco y de seguir siendo buenamente lo que la naturaleza la hiciera: limpia, activa, avispada, complaciente, de franco hablar, regocijando á los ojos por su bella salud y recordando de lejos á Dorina y á Marineta. No se le sabía más defecto que el ser á veces demasiado expresiva en la efusión de sus sentimientos, naturalmente exaltados. No era amor lo que sentía por su hermano de leche; era una verdadera adoración. Parecíale muy puesto en orden que se hubiese comido su patrimonio á su gusto y sólo se admiraba de una cosa: que hubiera quien se permitiese dudarlo. Si en lugar de venderlo, hubiese prendido fuego al castillo de su padre, sin vacilar habría Úrsula declarado admirable el acto. Si á guisa de distracción hubiese mandado asar en las parrillas á sus colonos, la muchacha habría juzgado, cuando más, singular el caso. Desde un principio concibió por Magdalena un cariño análogo. En cuanto supo que una alemanita huérfana, prima de Mauricio, acababa de llegar al castillo, había volado á su encuen-

tro, abalanzándose á sus brazos y anegándola casi con sus lágrimas. Era hermosa, sobre todo cuando la servidumbre ó los mozos de granja fingían dudar ante ella de las virtudes del joven caballero. Un tropicón acá, una bofetada allá, le costaban un bledo: tenía firmes los puños, y con ella no osaban habérselas los más atrevidos. Complaciase Magdalena en charlar con esta buena muchacha. ¿Qué atractivo la impulsaba? no hay para qué decirlo. Como Úrsula, por su parte, no tenía mayor ventura que oír hablar de su señorito, la cosa marchaba como por un carril. Raro era el día en que Magdalena no la llamara. Y sentadas las dos junto al alféizar de la ventana, una bordando y la otra echando zurcidos, en breve salía Mauricio á colación. Úrsula comenzaba narrando los primeros años del joven. Era lo mismo siempre; pero lo que una no se cansaba de oír, la otra no se cansaba de contar. Remontando el curso de los recuerdos, llegaban insensiblemente á la hora presente. Úrsula presentaba á su hermano de leche como cordero sin mancha, y auguraba su próximo regreso. Magdalena movía la cabeza. Sin embargo, la granja del Coudray no había sido puesta en venta; de consiguiente, Mauricio no había dado un adiós eterno al país.

También se extinguió esta esperanza postrera. Ciertó día llegó la noticia de que iba á venderse la granja del Coudray; y como una desgracia nunca va sola, aquel día mismo un acontecimiento imprevisto sembró el trastorno y la consternación en la pequeña colonia. Presentóse un procurador á prevenir á Magdalena

que un sobrino de la señora de Fresnes, á quien suponían muerto desde muchos años, había reaparecido en la comarca, impugnando el testamento de su tía y que desde aquel instante comenzaban las hostilidades.

Poco tiempo después, paseaba Magdalena una tarde por las avenidas del parque. Caminaba lentamente, sola, triste, preocupada. Si bien era imposible prever el resultado del pleito, y aun cuando le desagradaban los enojosos cuidados que esta clase de asuntos lleva consigo, no era la preocupación de su fortuna lo que tan conmovida la tenía. Su primer impulso había sido salir del castillo, erguida la frente; y si se resignó á defender sus derechos, sólo fué por respeto á la memoria de sus bienhechores. Actualmente, sucediera lo que sucediese, había cumplido su deber. Lo demás la inquietaba poco. ¿Qué le importaba en lo sucesivo aquella mansión, á donde jamás volvería Mauricio? Nunca la había considerado ella sino como propiedad de su primo; durante tres años, el ensueño de su vida y el gozo de su alma se cifraron en pensar que llegaría un día en que el hijo pródigo recobrara, por su mediación, los dominios de sus padres.

Entre tanto ¿él, qué hacía? Al doblar una calle de árboles, la joven le vió ante sí. Era él, en verdad, era Mauricio; pero tan pálido, tan cambiado, que parecía su espectro. Efectivamente, ya no era ¡ay! sino la sombra de sí propio. Magdalena, fuera de sí, quizo lanzarse á sus brazos; su emoción zozobró contra la glacial actitud de aquella huraña figura. Después de haber

observado que la tarde era fresca, ofreció á su prima acompañarla al castillo. Mientras en su brazo temblaba Magdalena, andaba él con paso firme. Subió, sin vacilar, las gradas de la escalinata. Sólo cuando entró en el salón y en cuanto Magdalena le hubo dicho:—¡Aquí murió vuestro padre! pareció que se le doblaban las piernas, y ocultó el rostro entre sus manos.—¡Ah! ¡eres tú!—dijo á Ursula, que le ahogaba á abrazos. Después de algunos cumplimientos triviales á su prima, contó que, próximo á emprender un largo viaje, del que esperaba no regresar, había querido ver, por vez postrera, la casa de su padre y dar un adiós á cuanto había amado. Al cabo de una hora retiróse á su cuarto, por haber exigido Magdalena que no pensara en buscar otro albergue.

—¡Ah! ¡desventurado! ¡desventurado!—exclamó ella, deshaciéndose en llanto y estallando en sollozos.

En cuanto á Úrsula, parecía transformada en piedra.

Mauricio, al ir á Valtravers, estaba decidido á no pasar allí sino unas horas; debía partir en seguida, volviendo á París para arreglar sus asuntos y terminar los preparativos del largo viaje que meditaba. Cediendo á las vivas instancias de su prima, consintió en pasar algunos días á su lado. En este tiempo pudo Magdalena observar los estragos operados en aquel joven, menos aún en la figura, que en el corazón y en el espíritu. Vióle á menudo sombrío, taciturno, burlón, raras veces afectuoso y bueno. Sin embargo, pareció preocuparse de los intereses de su prima. Cierta

noche, para tranquilidad de su conciencia, hojeó por encima los papeles del proceso, opinó que el asunto estaba en buen terreno y declaró, sin saber nada, que era pleito ganado.

—A vos incumbe eso, primo—dijo la joven sonriendo.

—¿A mí, prima?

—¿Ignoráis que, después de la muerte de vuestro padre, estos dominios no han cambiado de dueño?

—¡Oh, Dios mío, prima!—replicó Mauricio con tono indiferente—ese sería un acto de generosidad perdida. Debo deciros que aun cuando poseyera todos los castillos de Francia, no sería por ello más dichoso.

—Según eso, sois desgraciado, Mauricio?—preguntó la joven con voz tan dulce y triste, que hubiera ablandado un corazón de roca.

—¡Yo, prima! si soy el hombre más feliz del mundo!

La mañana siguiente, supo Magdalena que Mauricio se había marchado sin despedirse. Verdad es que, á su arribo á París, la escribió, excusándose de tan brusca partida. Dos meses después, volvió á escribir. Sus preparativos estaban terminados; dentro de quince días emprendía su viaje. Bajo una apariencia burlesca, las dos cartas denunciaban el malestar de su alma. La última, sobre todo, respiraba sombrío desaliento y esperanzas más sombrías aún. Al leer la primera, Magdalena sintióse triste hasta casi morir; la lectura de la segunda la dejó helada de espanto.

En el ínterin, seguía su curso el pleito: todos los

piadosos peregrinos, cuyos votos había rechazado Magdalena, regocijábanse ya del mal cariz que tomaban los asuntos de la alemanita. La única que de ello no se preocupaba era Magdalena.





VI

CONFORME lo anunciara, disponíase Mauricio á emprender un viaje, muy largo en efecto, pues de todos los que lo han emprendido, ninguno ha regresado aún, y que, á la hora de partir, los más intrépidos han sentido helarse su corazón y palidecer de espanto su frente. Tenía tomadas todas sus disposiciones; sólo le restaba dar un eterno adiós á este mundo que iba á dejar por otro mundo mejor, según aseguran y según es dado creer, sin por ello presumir demasiado de la bondad de Dios. A tal extremo había llegado Mauricio

por una pendiente insensible, pero fatal. Es una historia tan sabida, tan común, tantas veces narrada por voces más elocuentes que la nuestra, que bastará bosquejar sus más salientes rasgos.

Ved á ese joven ; apenas tiene veinte años. Entra en la vida que hasta ahora solamente entrevió al través de las encantadas soledades donde ha crecido. Su infancia se deslizó á la sombra del techo paternal, en la profundidad de los valles. La naturaleza le meció en su seno ; Dios colocó en torno suyo únicamente nobles y piadosos ejemplos. Vedle ahí avanzando, escoltado por el risueño cortejo que lleva en pos de sí la juventud. En su frente reside la gracia ; la ilusión anida en su seno ; como una flor abierta bajo el cristal de la onda, se ve en el fondo de su mirada la belleza de su alma. Cree cándidamente, y sin esfuerzo, en todas las pasiones honradas, en las ternuras sin fin que se perpetúan más allá de la tumba, en los juramentos cambiados á la claridad de las noches serenas. Sólo una ambición tiene : el amor ! ; Pues bien ! mientras os preguntaréis bajo qué hálito asaz embalsamado acabarán de florecer tan preciosos tesoros, mientras procuraréis averiguar cuál es la Beatriz cuya mano asaz pura osará coger esta virginidad encantadora, todo ello es presa ya de algún corazón vicioso y corrompido. Las Beatrices nunca llegan á tiempo, y cuando por fin el ángel se presenta, sólo le es dado espigar el campo donde el demonio cosechó.

Tal fué la primera experiencia que hizo Mauricio del mundo y de la vida. Algunas mujeres (y éstas son

raras) han recibido del cielo el dón de ennoblecer y fecundar cuanto las rodea; hasta el mismo dolor que de ellas nos viene es bendito. Otras, por el contrario, mucho más numerosas, tienen la funesta propiedad de esas aguas que petrifican en breve tiempo todos los objetos depositados en su seno. Malhadado ¡ay! tres veces malhadado el joven confiado y crédulo que se ve poseído del encanto fatal, tan á menudo difundido en torno de esas criaturas engañosas! Allí perdió Mauricio la mejor porción de sí mismo; y como es achaque de las almas débiles y ardientes tocar todos los extremos, de allí salió insultando á la humanidad entera. Si hay nobles corazones que adquieren nuevo vigor y se purifican en la sangre misma de sus heridas, hay otros que se agrian y acaban por corromperse. Nada mejor creyó Mauricio que meterse de lleno en esa filosofía burlona que consiste en zaherir los sentimientos que se llaman exaltados, y en considerar como quimeras todo lo que no entra en el círculo de los goces materiales: filosofía de antesala, reservada antaño á los criados de comedia y que ciertos talentazos de nuestros días han pretendido trocar en doctrina de la razón, en teoría del buen gusto y de la elegancia. Estas almas abortadas no tienen más ocupación que rebajar, á diestro y siniestro, todo cuanto enaltece á la naturaleza humana, estimando que las palabras poesía, heroísmo, amor, patria y libertad sólo se inventaron para distracción de su medianía. Mauricio fué, en breve, uno de los discipulos más fervientes de este burlón escepticismo. Una vez sobre esta pendiente, se

camina aprisa. Al principio uno se persuade con facilidad de que la cosa no pasa de juego, y, en efecto, durante largo tiempo, es un juego en realidad. Por más que se le diga para probar lo contrario, uno tiene siempre en sí, en toda su virtualidad, esos sentimientos de que tan menguado caso hizo. Sabe que, si llega la ocasión, volverá á encontrarlos y que al primer llamamiento algo formal, ninguno dejará de presentarse. Con tal seguridad, descansa, sin percibir que con esas fanfarronadas de vicio, con esas albaracas de incredulidad, el sentido moral se degrada, y por fin, el día menos pensado descubre que, á fuerza de sentirse burlados y zaheridos, esos sentimientos con los cuales contaba como con un capital de reserva, han tomado el partido de liar el petate y de largarse callandito. Así, después de haber comenzado por valer más, en el fondo, de lo que uno se placía en dar á entender, acaba por ser en realidad lo que parecer quiso.

Todavía el corazón de Mauricio volvía de vez en cuando sus miradas hacia Valtravers; pero demasiados lazos le ataban y oprimían por todas partes. Metido ya el pie en las malezas de la vida, difícil es salirse de ellas. Las cartas de su padre irritábanle sordamente; aun cuando tiernas y muy maternas las observaciones de la buena marquesa, le hacían sonreír de lástima ó botar como león herido. Era muy de moda, entre la juventud de entonces, estimar en muy poco lo que antaño tuvieron la debilidad de venerar en Lacedemonia. La Restauración tocaba á su fin; acercábase á pasos de gigante esa crisis social que se anun-

ciaba como debiendo cambiar la faz del mundo, y no creo que en época alguna se haya llevado más adelante que entonces el desprecio de toda regla y la ausencia de todo respeto. Sin advertirlo, hallábase impregnado Mauricio de ese espíritu de rebelión que imperaba en la atmósfera y hacia el cual le impelían naturalmente los ardores de su sangre y el arrebató de su carácter. ¡ Ay! cuán distinto era ya este joven del que conocimos ornado de tantas gracias é ilusiones, afectuoso, simpático, bondadoso con todo el mundo! Y es lo que pasa con estas organizaciones poéticas y frágiles como el cristal, suave al tocar mientras se halla intacto, y cortante en cuanto se halla roto.

Entre tanto Mauricio recorría el empedrado de París, comiendo su trigo en flor y cultivando su inteligencia lo absolutamente preciso para no pasar por un recién llegado del Congo. Al revés de los grandes corazones, que al sentirse heridos profundamente, se refugian en la soledad para curarse en secreto ó acabar de morir, habíase lanzado á cuerpo descubierto al torbellino de las distracciones vulgares. El ocio y el hastío que subsiguen á las borrascas de la pasión, le sumieron más y más en el cieno. Singular remedio para las heridas del alma, el que consiste en lavarlas con el fango del arroyo! Digno es de compasión el joven que no sabe respetar su dolor; ultrajándolo, da prueba de que no merecía ser feliz. Hermoso, generoso, pródigo, no tardó éste en conquistarse un nombre en ese mundo equívoco, donde se han refugiado las costumbres de la Regencia, menos la elegancia de sus

maneras y el atractivo de su cortesía. Se habló de sus duelos y de sus caballos, de sus deudas y de sus conquistas. De tumbo en tumbo, encontróse un día frente á frente con la disolución. Contempló impávido al monstruo y le dió á devorar el resto de su juventud.

En el seno de tamaños desórdenes sorprendióle la última carta paternal. Era una carta bella y conmovedora, sin vana cólera ni pueril declamación. Al leerla, sintió Mauricio despertar, bajo el aguijón del remordimiento, todos sus nobles instintos. A aquella voz augusta y cara, estallaron sus sollozos, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas y surgió por fin un grito de amor de aquel pecho silencioso y cerrado largo tiempo. Iba á partir, partía, arrancábase á funestos abrazos cuando supo que su padre había muerto. Jóvenes y llenos de vida, á menudo olvidamos en la ausencia que los días de nuestro padre están contados; aplazamos meses y meses el darle testimonios de nuestra ternura y casi siempre aportamos sobre una tumba, con nuestro llanto, la ofrenda de una piedad tardía.

Mauricio quedó aterrado. Se le declaró una fiebre grave, con delirio. So pretexto de consolarle, sus amigos, mejor dicho, sus cómplices, se agolparon á su cabecera de tal modo, que el golpe que al parecer debía acabar de romper los malos lazos, sólo sirvió para estrecharlos más. Por otra parte, ¿qué hubiera ido á hacer en Valtravers? Después de inútiles esfuerzos para domarlo y subyugarlo, encontró más fácil abandonarse al cenagoso torbellino que le arrastraba. Y en verdad,

es ruda de remontar esa corriente de tan fácil descender; en verdad, la sima á donde conduce tiene extrañas fascinaciones, ignoradas de los que sólo han navegado en aguas puras y apacibles. Sin embargo, la realidad, cada vez más amenazadora, comenzaba á hostigarle. Multiplicábanse los apuros en torno suyo, porque el desorden de los sentimientos conduce en derechura á todos los desórdenes. Para apaciguar la hidra de la deuda y colmar el abismo abierto á sus pies, hubo de resignarse forzosamente Mauricio á vender en subasta el castillo donde naciera y los dominios de sus padres. Así, insensiblemente, vino á mezclarse con ese grupo de calaverones insignes que se ven en París, sin patrimonio, sin carrera y sin posición, jugando fuerte, dándose la gran vida, aplastando con su fortuna inexplicada á las gentes de bien á quienes desprecian, y las cuales; á Dios gracias! les pagan con creces.

Por más que se intente eludirlo, llega inevitablemente una hora en que, como acreedor implacable, el destino llama á nuestra puerta, con su cuenta en la mano. En vano, cuando se presenta, pretendemos renovar la escena de Don Juan: fuerza es, quieras que no, someterse y, en el acto, saldar las cuentas. Se ha dicho y repetido que el hombre es juguete del azar. Por mi parte, no conozco lógica más estricta é inflexible que la de la vida humana. Todo se enlaza en ella, todo se encadena; para quien sabe desentrañar las premisas y aguardar con paciencia la solución, es ciertamente el más riguroso de los silogismos. Así, pues,

para Mauricio lo que debía acontecer, aconteció; la hora fatal sorprendióle arrinconado en un callejón sin salida, ni más escapadero que el suicidio ó la deshonra.

Era un alma pervertida, pero no un alma perversa. En sus mayores desórdenes habíase podido encontrar en él el sello de su origen, y aun cuando singularmente alterada, la marca de una grandeza nativa. En un mundo en que la pobreza de la educación se pavonea entre el lujo del mueblaje, en esa turba de advenedizos, donde, como en las *Preciosas ridiculas*, pueden verse palafreneros dándose el tono de marqueses, nuestro joven había aportado maneras elegantes y caballescascas, y un espíritu fiero y osado. En la noche profunda donde se extravió, había lanzado vívidos destellos. Entre las dos salidas que se le ofrecían, no titubeó. Desde luengo tiempo, su suicidio moral estaba consumado; sólo le faltaba amortajarse; y el tétrico tedio que le dominaba, el hastío que de sí propio sentía, más aún que de las cosas, debían impulsarle tarde ó temprano á ese vulgar desenlace, fácil de prever en una época en que no era raro encontrar á muchachos de veinte años desesperados de la vida.

Tomada su resolución, y demasiado orgulloso hasta en su rebajamiento para consentir en dejar la vida como un deudor insolvente que huye ante los alguaciles, puso en venta su granja del Coudray, que hasta entonces se había abstenido de tocar, únicamente en vista de Magdalena, pues si bien sólo guardaba en su pecho una imagen casi desvanecida de su prima, ha-

bía previsto el caso en que esta muchacha se viese reducida á la pobreza. Tranquilo ya, no ignorando que Magdalena era legítima propietaria de los dominios de Valtravers, enajenó, para saldar las nuevas deudas contraídas, el único y postrero resto de la herencia paterna; después, cediendo á esa vaga necesidad de emociones que jamás se extingue en nosotros, quiso ver otra vez, antes de morir, el rincón de tierra donde había nacido.

Este regreso al país natal, con el que tal vez contara para reavivar en él su juventud, sólo sirvió para mostrarle, en toda su estéril desnudez, el empobrecimiento de su sér. Apenas reconoció los senderos donde tantas veces había paseado entre la marquesa y el caballero; volvió á ver sin emoción aquella hermosa naturaleza que tanto amara, y que contemplara joven y bello como ella. Cuando fué á sentarse en el umbral de la casa donde su padre había fallecido, ni una sola lágrima brotó de su párpado seco. ¡Justo castigo de las almas marchitas que, después de haber ultrajado cuanto hay de santo y respetable en la tierra, se proponen ir un día á apagar su sed en el manantial de las emociones puras! En vez de agua, encuentran guijarros.

Crear que aquel joven iba á regenerarse al contacto de esa suave criatura á quien llamamos Magdalena, hubiera sido equivocarse singularmente y prepararse amargas decepciones. Levita grosero del culto de la belleza sensual, ¿cómo podía comprender aquella belleza virginal? No sólo, al volverla á ver, no se sintió tocado de tanta gracia, sino que, después de haberla

examinado detenidamente, como hubiera podido analizar un mármol ó lienzo, reconoció que su prima carecía resueltamente de carácter. Todo cuanto experimentó á su lado redujose á ese vago sentimiento de sujeción y embarazo que sienten casi todos los disolutos cuando por azar se encuentran junto á una mujer casta. Insensible desde largo tiempo al enternecimiento de las despedidas, partió una mañana como había venido, sin decir nada á nadie.

De regreso en París, apresuróse á poner en orden sus asuntos. Ya, antes de su partida, había reformado su casa, despidiendo á la servidumbre y vendiendo sus trenes. El precio del Coudray canceló sus postre-ras deudas. Hecho esto, encontróse poseedor de un millar de escudos; era más de lo necesario para llegar al término del viaje. Libre de todo cuidado, vivió aparte, decidido á sepultarse en el retiro los pocos días que le restaba pasar en el mundo. Si había vivido mal, quería al menos morir bien; es decir, con dignidad, pues no creía en nada y el desdichado no se preocupaba más de Dios que de los hombres. Ni aun la imagen de Magdalena iluminó con un pálido reflejo el ocaso anticipado de su vida. En su cobarde egoísmo no recordó que un proceso ponía gravemente en tela de juicio la fortuna de su prima y su destino entero.

Acercábase la hora. Si aún esperaba, no era por debilidad, ni vacilación; sólo sí, después de tantas fatigas y vanas agitaciones, adormeciase saboreando la calma y el silencio que reinan en torno de la pobre alma humana cuando, próxima á partir y cumplida su



Acercábase la hora.

tarea, sabe que nada le queda que hacer en este valle de lágrimas. En breve, todo pareció anunciar en él la decidida resolución de un fin inmediato. Había escrito à Magdalena la carta de postrera despedida. Cargadas estaban sus pistolas; mas de una vez había apoyado contra su frente los labios de bronce, como para acostumbrarse al beso helado de la muerte. Por último (y en esto hubiera podido verse que tocaba al momento supremo), ocupóse en destruir todos los vestigios de su pasado, à fin de no dejar más que un cadáver à los comentarios de la curiosidad.





VII

DESPUÉS de salir aquella mañana de París, había regresado por la tarde, transcurrida la jornada en divagar por los bosques de Lucienne y del Celle. Nunca la vida había gravitado sobre él con tan rudo peso, ni jamás había sentido tan profundamente la nada de su corazón, el agotamiento de sus facultades. De regreso en su habitación, cogió un cofrecito y lo abrió; contenía las cartas que recibiera en tiempos mejores, hacinadas confusamente, sin más orden ni cuidado que el que aportara á la distribución de toda su exis-

tencia. Cartas de familia y cartas de amor, flores marchitas, cintas descoloridas, rizos de cabellos, allí se veía todo el poema de su juventud. Cuando con mano menos piadosa y conmovida de lo que nos pluguiera decir, levantó la tapa, si bien inaccesible desde larga fecha á las sensaciones de esta índole, no pudo menos de estremecerse al perfume de los días felices que se exhalaba como sopro primaveral. Entre las pocas cartas que volvió á leer, antes de entregarlas, una por una, á la llama, deslizó precisamente el azar la que su prima le escribiera antaño, á escondidas del caballero y de la marquesa, y que él dejó sin contestar. Por vez primera, la leyó de cabo á rabo, sonriendo á intervalos por la encantadora candidez que respiraba. Cuando el fuego lo hubo consumido todo, retiró Mauricio del cofrecillo un medallón, contemplándolo largo rato con aire sombrío. Al tomarlo, habíase estremecido como al contacto de una víbora. Reconociéndolo, apoderóse de él un temblor nervioso, cubrióse su frente de tempestades y brotaron siniestros relampagos de aquellos ojos, apagados poco há en el fondo de su órbita. Era el retrato de la primera, de la única mujer amada. La figura era bella, de belleza lúgubre y fatal: examinándola con detención, creíase ver una esfinge misteriosa, proponiendo á los viandantes su corazón por enigma y devorando á los insensatos que se presentan á descifrarlo. Después de algunos minutos de huraña contemplación, con un movimiento de rencor y cólera, arrojó Mauricio lejos de sí el delgado y frágil marfil que fué á estrellarse contra la plancha de la

chimenea. Extenuado por este último esfuerzo, había-se dejado caer sobre un diván, ocultando el rostro entre las manos. Y al levantar la cabeza divisó, de pie ante él, á Magdalena que le contemplaba con triste y dulce sonrisa. Pensó, de pronto, que era una ilusión de sus sentidos excitados; por un momento creyó ver al ángel de la muerte que había acudido á asistirle; pero no era ya hombre capaz de detenerse largo tiempo en tan poéticas imágenes.

—¡Vos! ¡vos, Magdalena! ¿qué me queréis? ¿qué ocurre? ¿qué capricho ó más bien qué interés os trae? De todos modos, no es éste vuestro sitio.

—Sí, primo mío, sí—contestó la joven sin parecer turbada ni sorprendida por estas palabras, dichas con acento breve y casi brutal.—Sí, soy yo, ó mejor dicho somos nosotras—añadió—pues vuestra hermana Úrsula está aquí, á dos pasos, en vuestra antesala. No he podido decidir á esa buena criatura á separarse de mí. Tal vez no os desagrade ver de cuando en cuando su honrada y buena fisonomía.

—¿Qué idea se os ocurrió de abandonar vuestro nido?—preguntó bruscamente el joven.—¿Qué habéis venido á buscar en esta ciudad infame? ¿No sabéis que el aire que aquí se respira está apestado? ¿Ignoráis que aquí se muere la gente de tristeza y aburrimiento? ¡Úrsula y vos, las dos en París! Alejaos pronto, pobres niñas; volved á Valtravers, bajo la sombra de vuestros bosques.

—Pero, querido primo, eso es bien fácil de decir—replicó dulcemente Magdalena;—á vuestra vez igno-

ráis que el proceso que yo debía ganar lo he perdido en última instancia; ignoráis que Valtravers ya no me pertenece y que vuelvo á hallarme en la misma situación que la tarde en que me encontrasteis en el fondo del bosque, cuya sombra me recomendáis?

—¡Habéis perdido el proceso! ¡Valtravers no os pertenece ya!—exclamó Mauricio con un sentimiento de espanto.

—¡Dios mío! sí, primo, sí. Esa no es una razón para insultar á la justicia humana. ¡Ah! testigo es el cielo de que no echo de menos la riqueza. Sólo me da pena pensar que no han respetado la última voluntad de nuestra buena y querida marquesa. También os diré que acariciaba la esperanza de que aquel bello dominio y aquel castillo, que me tocaron en herencia, volverían con el tiempo á vos, ó á vuestros hijos.

—Mis hijos de nada habrán menester, y no se trata de mí—replicó Mauricio con acento cada vez más breve y duro.—¿Por qué no aceptasteis esa granja del Coudray que os ofrecí? ¿por qué me la habéis dejado vender? ¿por qué no haberme dicho entonces que podía llegar un día en que os viéseis sin recursos? Este día ha llegado, ¿qué va á ser de vos?

—No me riñáis, querido primo. Bien veis que no he dudado de vuestro corazón, puesto que á él acudo. Os juro que ni un momento he vacilado. Díjeme: En adelante mi primo es el único apoyo que me sea dado implorar en este mundo; sabe que amé con ternura á su anciano padre y que, en resumidas cuentas, soy una buena muchacha, digna quizá de su interés; le

conozco, es generoso; iré á escudarme bajo su amparo; segura estoy que no me rechazará. Y en seguida he hecho mi paquetito, como en otro tiempo cuando salí de Munich, y después de arrodillarme en el umbral, que tan hospitalario fué para mí, después de haber dado un prolongado, un triste adiós á la casa donde acabé de crecer, á aquellos dulces sitios que no debía ver más, he partido y aquí estoy. ¿No he obrado bien, Mauricio? ¿pensáis que debí hacer otra cosa?

Mauricio no contestó. Sentado en el diván, enfrente de Magdalena, la contemplaba con aire de tético estupor, como hombre que no sabe si duerme ó si esta despierto. No hacía falta una rara perspicacia para adivinar en su frente lo que en su alma ocurría. Magdalena pareció no advertirlo. Y añadió, no obstante, con dignidad:

—Sobre todo, no temáis, primo mío, que jamás sea yo una grave carga en vuestra existencia. No pretendo estorbar en lo más mínimo vuestros hábitos, ni vuestra libertad. Sencillos y modestos son mis gustos; mi pobreza no será muy gravosa á vuestra fortuna. Sólo os rogaré que renunciéis, por algún tiempo al menos, á ese largo viaje que meditabais. No querréis abandonarme sola y sin protección en esta gran ciudad que vos mismo llamáis infame. Os quedaréis aquí; no partiréis. Vuestro noble padre, la amable marquesa os lo ruegan por mi boca; mi santa madre, también, antes de expirar me confió al hijo de su hermana. Recordad la carta que al morir me dejó como única herencia. Si la habéis olvidado, Mauricio, tomad, aquí está: leedla.

El hecho es que Mauricio jamás había leído esta carta. Como era la única reliquia que le quedaba de su madre, al día siguiente de su llegada á Valtravers la huérfana había suplicado á su tío que se la devolviese, y el buen señor se apresuró á acceder á tan piadoso deseo. En medio de las preocupaciones que le agitaban ya, no era extraño que al joven no se le hubiese ocurrido la idea de verificar los títulos que daban fe de la identidad de Magdalena, ni de conocer de qué manera escribía el francés su tía de Munich. Este había sido naturalmente el menor de sus cuidados. Su padre le había dicho: «Esta es tu prima.» Y él había abrazado á la extranjera, sin más averiguaciones. Mas bien por hallarse perplejo, que por curiosidad, cogió maquinalmente el papel que su prima le presentaba, y después de haberlo desdoblado con distraída mano, se puso á recorrerlo con ojos indiferentes y secos.

Por más que pensarse pueda, y por más que pensara él mismo, su corazón no estaba profundamente endurecido. Bajo las callosidades de la superficie, había algunas fibras no heridas de parálisis completa y que aún podían vibrar al soplo de una emoción potente. Había conservado, sobre todo, no por cierto en todo su frescor ni en su integridad toda, la más preciosa y la más funesta de las facultades que el hombre recibió de la cólera y de la misericordia divinas, la primera que en nosotros se despierta y que no muere sino en pos de todas las demás, beneficio á la vez y maldición, veneno y triaca, suplicio infernal, celeste encanto, fuerza sobrehumana añadida á nuestros go-



Contemplábale silenciosa Magdalena.

ces y á nuestros dolores: en una palabra, la imaginación.

Leyendo aquella carta, cuyos caracteres semi-borrados por las lágrimas y los besos habían pasado al principio bajo los ojos de su padre, recordó Mauricio poco á poco todos los detalles de la tarde de otoño en que, por vez primera, se le apareció Magdalena. Volvió á ver la selva umbría, el claro inundado por los fuegos del sol poniente, la verja del parque, y en la escalinata, cuyos peldaños subía la alemanita lentamente, al caballero y á la marquesa poniéndose en pie para recibirla. Conmovióse ante estas imágenes; un hilillo de agua viva brotó de los áridos flancos de la roca; pero, al llegar á las postreras líneas, á las que sólo á él se dirigían, al leer estas palabras: «Y tú, á quien no conozco, pero á quien me complazco en confundir á menudo con mi hija en un mismo sentimiento de ternura y de solicitud, hijo de mi hermana: si tu madre te dió su alma, serás bueno también y fraternal con mi adorada Magdalena...», la roca estalló y durante un momento el manantial, cautivo tanto tiempo, se desbordó en abundantes y apresuradas olas. Y mientras Mauricio ahogaba sus sollozos entre los almohadones del diván, contemplábale silenciosa Magdalena, en pie, cruzados los brazos sobre el pecho, triste y grave, como una joven madre junto á la cuna de su hijo enfermo.

—Mauricio, amigo mío, hermano, ¿qué tenéis?—le preguntó al fin con cariñosa voz.

Él la sentó á su lado, tomó sus manos entre las su-

yas y allí, bajo el golpe de la emoción todavía vibrante, le contó de su vida cuanto podía contarle sin alarmar demasiado aquel alma virginal de sus labios suspendida. Refirió la pérdida de sus ilusiones, los desórdenes en que le sumieron el dolor y el tedio, sus extravíos, su ruina completa, su profundo aburrimiento de la existencia, y su firme resolución de acabar; todo lo dijo. Puede comprenderse fácilmente lo que debió de ser este relato. Mauricio se presentó en él, con secreta complacencia, como héroe del desencanto y poética víctima de las realidades de la vida; ¡tan grande es el orgullo de la humana debilidad! Corrían á la sazón por el mundo teorías que presentaban la disolución como la única senda abierta á la energía de las almas fuertes. De ella dijo algunas palabras Mauricio. Acusó á cielo y tierra y, en la inmolación que hizo de la sociedad entera, sólo quedó respetado uno: él.

Escuchábale Magdalena con aire de soñadora tristeza y de melancólica piedad. Cuando hubo terminado Mauricio su confesión, permaneció aquella largo rato silenciosa, en actitud pensativa y recogida:

—Singular historia—dijo de repente con bastante alegría, levantando hacia él sus bellos ojos, cuyo límpido azur no habían empañado ni un instante las revelaciones que de oír acababa.—Es demasiado embrollada para la inteligencia de una pobre muchacha que llega de su provincia, donde ha crecido, sencillamente, entre corazones honrados y satisfechos con poco. No se me ha acostumbrado allí á sentimientos tan extraordinarios, y á pesar de sus vicisitudes, creí siempre

que la vida era un hermoso dòn de Dios. Lo que veo más claro en cuanto acabáis de decirme es que habéis derrochado vuestro patrimonio, y que si yo nada tengo, lo mismo tenéis vos. No por ello hay motivo de desesperar. Sólo os preguntaré, á mi vez, ¿qué va á ser de vos? ¿qué pensáis hacer? ¿Mataros? Ya no podéis. No he venido únicamente á dirigirme á vuestra fortuna. Conté, al partir, menos con vuestro oro, que con vuestro afecto. Aunque arruinado y pobre como yo, no por ello dejáis de ser mi sostén legítimo, mi apoyo natural. Juzgáos vos mismo. Nuestras madres eran hermanas. Las dos nos contemplan y nos oyen desde el cielo. Cuando me presenté en vuestro umbral, abrióme vuestro padre los brazos, y fui su hija estimada. Yo os reemplazaba á su lado, yo que fui la última sonrisa de su vejez. Yo le ayudé á morir y mi mano cerró sus ojos. Ahora, huérfana por segunda vez, aquí me tenéis sola, sin recursos, sin más protección que la vuestra, en un mundo lleno de escollos y que yo no conozco. Responded, Mauricio, ¿pensáis que vuestra vida os pertenece?

Abrumado bajo el peso de los deberes que como el rayo acababan de estallar sobre su cabeza, tan espantado ante la obligación de vivir como lo hubiera estado, en más felices tiempos, ante la necesidad de la muerte, empotrado en la existencia como presidiario que después de haber visto caer su cadena, siente que se la soldan en el tobillo más estrecha que antes, Mauricio sólo respondió con un grito de desesperación. ¿Qué podía hacer por su prima, cuando nada podía

hacer para sí mismo? ¿De qué auxilio le sería, cuando él propio se doblegaba bajo el peso de su destino?

—¡Idos! ¡marchad! ¡dejadme!—exclamó con exaltación.—Respetad mi desgracia, no insultéis á mi angustia. Desde la orilla donde os encontráis no llaméis á vuestro auxilio al desdichado que se ahoga; no pidáis apoyo á la caña combatida por los vientos.

—Amigo—respondió Magdalena,—apoyémonos uno en otro y resistiremos á los vientos contrarios. Tendámonos uno á otro una mano caritativa, y escaparemos ambos á la ola que amenaza engullirnos; uniendo nuestros esfuerzos llegaremos á la orilla donde ya no me hallo, por más que digáis lo contrario. ¡Vaya, Mauricio, buen ánimo! En vez de llorar y de enterraros, levantaos. La muerte no pasa de ser una expiación estéril. Vivid, sed hombre al fin. Sólo la realidad es fecunda; trátase únicamente de saber comprenderla y amarla. Somos pobres, sí; pero ¿para qué recibimos del cielo la inteligencia, la fuerza y la salud? Haremos, primo mío, lo que tantos otros, semejantes nuestros, lo que antaño hicieron la marquesa y el caballero. Trabajaremos como dos hijos del buen Dios.

No pareció sonreír esta perspectiva á Mauricio, que dejó escapar un gesto violento, donde se traslucían á la vez el desdén y la cólera.

—Haré boliches, ¿verdad?—preguntó encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué no, primo? Vuestro padre los hizo, y supongo que era tan buen gentil-hombre como vos.

Púsose en pie Mauricio, dió un par de vueltas por

el cuarto y acabó por detenerse bruscamente ante Magdalena.

—¡Vaya, Mauricio, resolución!—exclamó decidida la blanca y dulce criatura.

—Pues bien, primita, quedaréis complacida—dijo con acento poco afectuoso, atento cuando más.—Haré por vos lo que de seguro no hubiera hecho por mí: viviré.

—Gracias, primo!—dijo Magdalena con enternecida voz.—¡Ah! sois bueno, y sabía que no ibais á rechazarme!—añadió cogiéndole una mano y estrechándola contra su seno conmovido.—Rogaré á Dios mañana y tarde para que derrame sobre vuestra cabeza el rocío de sus bendiciones.

—Bueno, bueno, primita—respondió Mauricio desprendiendo su mano, que metió en el bolsillo del chaleco.—Dios debe estar muy ocupado, y no vale la pena molestarle por tan poca cosa. Viviré, sí; pero con la condición de que tan pronto como hayamos asegurado vuestro porvenir, volveré á ser dueño y árbitro del mío.

—Perfectamente—dijo la joven.—Tengo ya mis proyectos de organización; de ello hablaremos como buenos hermanos. Segura estoy, de antemano, que los aprobaréis. Con el cielo y vuestro auxilio, no pido más de dos años para establecerme convenientemente en la vida.

—¡Dos años! ¡pedís dos años!—exclamó el joven con un movimiento de estupor que no procuró disimular.

—¿Será exigir demasiado de vos? Tened la seguridad, amigo mío, que nada omitiré para abreviar este tiempo de prueba—dijo Magdalena con triste sonrisa.

Mauricio puso fin al diálogo con un gesto de heroica resignación.

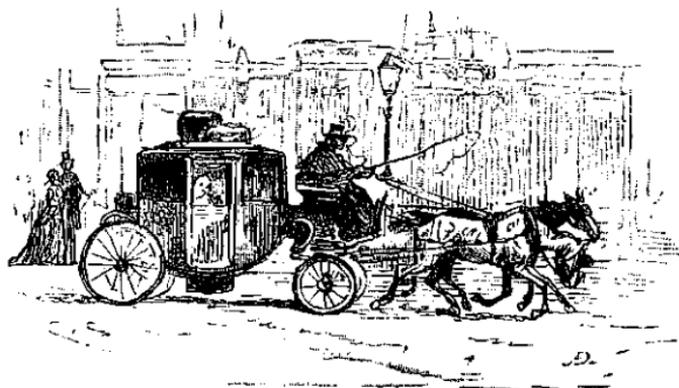
En el ínterin, Úrsula no pudiendo contenerse más, precipitóse como una tromba en el cuarto y se abalanzó al cuello de su hermano de leche, quien se desprendió mal humorado de las ruidosas efusiones de una ternura intempestiva.

De pie junto al marco de una ventana, pálido, inmóvil, apretados los puños, contemplaba alternativamente á las dos mujeres. Decíase, sin rodeos, que las tenía á entrambas encima; y á pesar suyo, frenético de coraje, sentia encenderse en su corazón apetitos de bestia feroz presta á lanzarse sobre su presa.

Declinaba en tanto el día. Aplazóse para el siguiente el tratar del arreglo del porvenir, y Mauricio acompañó á Magdalena hasta la puerta del hotel donde se habían apeado las dos forasteras. Hubo de sufrir, durante el trayecto, las preguntas provincianas y las admiraciones inocentonas de Úrsula que, tomando la iluminación de las calles como un signo inequívoco de regocijo público y habiendo vivido toda su vida en la intimidad de los santos del calendario, preguntaba cándidamente si se había iluminado la ciudad en honra de san Macario. Semejantes niñadas, que en otras circunstancias hubieran divertido singularmente á Mauricio, acabaron de exasperarle. Regresó por los malecones desiertos, sumergiendo á intervalos un ávida mirada en la

negra y profunda agua del río, que parecía atraerle. Ya en su habitación, encaminóse en derechura á la caja de pistolas, abriéndola y contemplándolas durante algunos minutos con ojos ardientes y huraños.

—Dormid—dijo por fin volviendo á cerrar la caja ;—dormid, fieles amigas, hasta el día de la liberación, en que vendré á despertaros.





VIII

LA mañana siguiente, después de unas cuantas horas de sueño febril, levantóse Mauricio, avergonzado de su debilidad, furioso con Magdalena, exasperado contra sí mismo. Al fin y al cabo ¿qué le importaba el destino de su prima? En buena conciencia ¿le debía algo á esa muchacha? ¿Con qué derecho, bajo qué título venía á imponérsele? ¿Acaso tenía la culpa él de que hubiese perdido el pleito? ¡Cómo! porque á una tía, á quien nunca conoció, se le había ocurrido entregar el alma, y enviar á Francia una muchachuela

de quien jamás se preocupó; porque una joven alemana, cuya existencia sospechaba apenas, llamó, cierta tarde de otoño, á la puerta de Valtravers, ¿debía verse obligado á vivir y resignarse al papel de tutor, en el preciso instante de acabar con la perra existencia y refugiarse en los brazos de la muerte? ¿Desde cuándo tenían los primos la misión de hermanos? Por otra parte, Magdalena ya no era una niña. En resúmdas cuentas, tenía de veintidós á veintitrés años; á esta edad las huérfanas dejan de ser interesantes. La tal Magdalena abusaba singularmente de la ventaja de no tener familia. Y además, con franqueza, ¿qué podía hacer por ella él? Sus recursos estaban agotados; nada poseía, ni siquiera los muebles de su habitación, que representaban el importe de sus alquileres. Si había decidido matarse, era porque le daba la gana; el hecho es que, dado el punto á que había llegado, cualquier otra resolución le hubiera puesto en el mayor apuro. ¡Trabajar! nada cuesta decirlo; pero cuando se echaron raíces en la corrupción y en la holganza, no es tarea tan fácil trasplantarse y aclimatarse en las regiones del orden y del trabajo. Por último, Mauricio se hacía justicia y se apreciaba á sí propio con rigurosa imparcialidad. No tenía más pretensiones á la continencia de Escipión que á la castidad de José; y aun cuando su primita no le pareciese bella ni deseable, aun cuando aquella suave figura no les hubiese dicho nada jamás á sus sentidos degradados, se conocía él de sobras. Había sondeado su corazón; sabía cuánto cieno habían depositado en él los ocho años transcurridos, y decía-

se que al primer choque imprevisto, todo aquel limo, hoy día amodorrado, podría agitarse y remontar á la superficie.

En tal punto se hallaba de sus reflexiones, irritado, confuso, dispuesto á romper los compromisos que tan atolondradamente contrajera la víspera, cuando vió entrar en el cuarto á su prima, sonriente, acompañada de Úrsula. Magdalena vestía sencillamente una bata, ajustada hasta el cuello, de cutí gris sin más adorno que una línea de olivas de marfil arrancando desde lo alto del corpiño y continuando á lo largo de la falda que bajaba á pliegues hasta el suelo. Una manteleta de *crepè* de China blanca sin bordados modelaba los contornos de su talle y de sus hombros, que aún conservaban la esbelta elegancia y la tenue gracia de las formas de la adolescencia. Dos severas trenzas de pelo caían á lo largo de sus mejillas á cuya blancura mate servía de marco un sombrero de paja calado y forrado de tafetán color cereza. Llevaba en la mano una sombrilla de moaré azul con mango de madera blanca y lisa, y de su brazo colgaba un bolsillito de estambre. Avezado desde largo tiempo á las mujeres magníficamente enjaezadas, encontró Mauricio que su prima tenía el aire de una modistilla. Muy raro es que se haya perdido el gusto á las cosas honestas sin perder al mismo tiempo el instinto de la verdadera belleza, tan íntimamente van enlazados entre sí ambos sentimientos. Úrsula, por su parte, ataviada con sus más ricos adornos, llevaba el traje de las muchachas de su país, zapato descubierto, con hebilla de plata, falda

corta, cofia extravagante, que había exagerado todavía con intento de hacerse más linda para su hermano de leche. Pierna vigorosa, cadera fuerte, corsé opulento, dientes blancos y boca bermeja, trascendía de una lengua á su terruño lemosino. Mauricio, al verla de tal suerte emperejilada, estuvo á pique de caer de espaldas.

Apenas hubo entrado, y como si adivinara las secretas vacilaciones de su primo, Magdalena le hizo sentar á su lado, y sin darle espacio á volverse atrás sobre lo concertado la víspera, le explicó de qué modo entendía ella la distribución de su nueva existencia. Ante todo iban á consagrarse á encontrar, en un barrio silencioso, y bajo un mismo techo, dos habitaciones, una para Mauricio y otra para ella y Úrsula, donde se instalarían modestamente, como desde entonces correspondía á la humildad de su condición. Magdalena había salvado de su naufragio unos cuantos diamantes que debía al cariño de la buena marquesa, y que había creído poder guardar sin escrúpulo. El importe que de su venta obtendrían debía bastar para los gastos de instalación y subvenir á las primeras necesidades. Con tal que se sintiese dirigida por una mano firme, y escudada por un corazón fiel, no se veía apurada Magdalena para asegurar su subsistencia, ni arreglarse un nido á su gusto. Tenía, como vulgarmente se dice, más de una cuerda en su arco. Bordaba como una hada y con el crochet hacía labores tejidas de oro y seda, de una delicadeza y perfección maravillosas. Pintaba en madera pájaros y flores que, barnizados

luego, ofrecían el brillo de las flores y los pájaros del trópico. Podía dar lecciones de piano y canto. Finalmente, gracias á los cuidados de la señora de Fresnes, sobresalía en la miniatura, y sea por respeto á la memoria de la marquesa, y porque en realidad fuera éste el más evidente y seguro de sus recursos, á él tendían sus esperanzas. Como se ve, no le faltaban conocimientos, y sobre todo ello, poseía ese valor alado que se ríe de los obstáculos, esa energía espontánea que no há menester esfuerzo, y esa alegría encantadora que canta y ríe junto á la voluntad que trabaja. Quedaba pues decidido ó poco menos que Magdalena se practicaría en la miniatura, y animábala un regocijo infantil por vivir en París como en otro tiempo la adorable marquesa había vivido en Nuremberg. Tal había sido siempre su sueño, como puede recordarse. Y aun llegaríamos á afirmar que en este sentido la pérdida de su fortuna encerraba algo que no la displacía. En cuanto á Mauricio, quedaría en libertad de obrar á su guisa y de obedecer á sus inspiraciones; ella no le pedía más que sostenerla y dirigir sus primeros pasos en el mundo y en la carrera donde iba á aventurarse. Al cabo de dos años, como estaba pactado, recobraría él su independencia, volviendo á ser árbitro de su destino. Únicamente, hasta entonces, tendría Magdalena derecho á apoyarse en él como en un hermano; y tanto para escapar á la malignidad de los comentarios, como para dar aún mayor peso y autoridad á la tutela que iba á ejercer, pasaría como su verdadero hermano á vista del público; piadoso

embuste que el cielo debía ver sin cólera. Todo esto fué dicho con tanta verbosidad y animación, que Mauricio no halló espacio para oponer objeción alguna, y con tanta gracia y buen humor, que no pudo menos de sonreír, de vez en cuando. No obstante, en cuanto la joven hubo acabado de hablar, movió la cabeza como hombre poco convencido; pero, levantándose ella en seguida y tomándole el brazo sin la menor vacilación:

—Querido primo—le dijo—desde hoy empieza nuestra fraternidad. Ya recordaréis que vuestro padre me llamaba hija suya, y que yo era su afectuosa hija. El día es espléndido; aprovechémoslo para ir á buscar en cualquier rincón dos cuartos á nuestro gusto. A vos incumbe elegir el barrio. Así como así, debéis de tener ganas de salir de esta habitación cuyo lujo insultaba vuestra pobreza. Salid cuanto antes podáis, y—añadió jovialmente—procurad dejar en él ese aire sombrío y hurraño impropio de vuestra edad y que os pone muy feo.

—¿Eh? ¡sí! ¿eh? mi buen señorito—dijo á su vez Úrsula;—hay que reír, jugar y divertirse. Todavía no tenéis veintinueve años, ni los cumpliréis hasta el día de san Nicasio. ¡Es la mejor edad, caramba! Ya veréis qué lindo menaje formamos los tres y cómo voy á cuidaros á los dos. Ea, no todo se perdió, pues os quedan la salud, la juventud, y vuestra hermana de leche para aderezaros, como en Valtravers, esos bizcochos de trigo negro y esos buñuelos que tanto os gustan.

Entretanto, Magdalena arrastraba á Mauricio, quien

al dejarse llevar, mostraba el ahínco de un hombre que camina al patíbulo. Ya en el umbral, volvió la cabeza y vió á Úrsula disponiéndose á seguirles :

—¡Hola ! ¿ con que también sales con nosotros?—exclamó bruscamente, mirándola de pies á cabeza.

—¡ Cómo que si salgo !—gritó la buena muchacha con ingenua sorpresa.—¿ Pensáis, señorito, que me he puesto el vestido de fiestas sólo para contemplar las musarañas ?

—Pero, desgraciada, repuso Mauricio, con sordo furor apenas reprimido,—¿ no sabes, no quieres comprender que te van á mirar como animal raro por las calles donde pasemos ?

—Con ello cuento, señorito—respondió Úrsula pavoneándose.—No me disgustará mostrar á vuestros parisienses de qué madera estamos hechas las mozas de Valtravers. Al verme, dirán: es la hermana de leche de Mauricio, y, respetando lo presente, me atrevo á creer que eso os ha de honrar un poco—añadió, haciendo una reverencia.

Resignado á apurar el cáliz hasta las heces, sólo replicó Mauricio esta vez con un gesto de taciturna desesperación. Poco después, andaban á lo largo de los bulevares, Magdalena del brazo de su primo, siguiéndoles de cerca Úrsula muy erguida, muy satisfecha y el puño en la cadera, hendiendo así las oleadas de la muchedumbre como navío á toda vela y ataviado con todos sus gallardetes.

Era aquel precisamente uno de esos días hermosos en que París abre sus doradas jaulas, dando suelta á

sus más lindos pájaros; uno de esos alegres días de sol que hacen brotar, sobre las esplendentes losas de la gran ciudad, toda una población de jóvenes elegantes y de mujeres sonrientes. Con no escaso pesar de Úrsula, que iba obteniendo un éxito completo, y cada uno de cuyos pasos era señalado por un verdadero triunfo, apresuróse Mauricio á abandonar aquellos lugares que tantas veces le habían contemplado exhibiendo el lujo desenfrenado de sus queridas y de sus caballos. La cosa, dicho sea en verdad, era ya insostenible. Sin hablar de su traje, que amotinaba la curiosidad de los transeúntes, Úrsula, creyendo á su señorito tan conocido en París como en Neuvy-les-Bois, le dirigía de vez en cuando, y en alta voz, alguna pregunta espeluznante, á fin de que todo el mundo viese que iba con él. Otras veces, cuando el tropel de gente era demasiado compacto, agarrábase de los faldones de su levita, temiendo perderse ó extraviarse. De cuando en cuando Mauricio volvía ligeramente la cabeza lanzándole una mirada fulminante, á la que la buena muchacha contestaba con una plácida sonrisa ó con alguna gracia de su invención. El desventurado pasaba la pena negra. Bien pensara al principio pasear su vergüenza en coche; pero su prima le objetó que semejantes lujos no se acomodaban ya con su humilde fortuna. El cielo estaba sereno, seco el empedrado, y el más simple buen sentido decía que no se busca piso andando en carroza. En cuanto á Magdalena, como pastorcilla al borde de un estanque, avanzaba con pie ligero, sin sentirse turbada ni sorprendida por

el bullicio y movimiento que imperaba en derredor, y sin dar muestras de advertir el humor de jabalí que su compañero no se tomaba la pena de ocultar, preocupada únicamente de la existencia que iban á organizar juntos, y mostrando el gozo de una joven desposada que se apresura á instalar su menaje.

De esta suerte llegaron á la orilla izquierda. Junto al portillo del Louvre, en el preciso momento de desembarcar en el malecón, ocurrió lo que tanto Mauricio temía. Echándose atrás para dejar paso á una carretela descubierta que avanzaba al trote de dos soberbios alazanes, fué reconocido por un grupo jovial que se dirigía al Bosque. Era la flor y nata del mundo donde había vivido. Por un movimiento de respeto, demasiado profundo para ser sincero, cuatro ó cinco cabezas locas se inclinaron gravemente ante él; y cuando el coche hubo pasado, dejando tras de sí un rastro penetrante de humo de cigarro y de patchulí, el pobre joven, inmóvil todavía en su sitio, oyó una prolongada carcajada. En aquel momento, diéronle vivos impulsos de tirar á Magdalena y á Úrsula al río.

Aun cuando al salir de su casa se hubiese hallado piadosamente decidido á cumplir sus pactos de la víspera, este paseo de presidiario arrastrando dos cadenas le hubiera bastado para demostrarle hasta la evidencia que el sacrificio que prometiera era superior á sus fuerzas. Vivir dos años semejante vida, era emplear dos años en morir. Sin embargo, Mauricio reconocía, al propio tiempo, que á menos de ser el más ruin de los hombres, no podía dispensarse de velar

por aquellas dos pobres criaturas, perdidas en París, sin más guía ni sostén que él. Quizá no hubiera retrocedido ante un crimen; pero sentía horror á un acto cobarde. Eso sí, desde más de un hora venia acariciando el pensamiento de retorcerle el cuello á Úrsula; pero abandonar indignamente á dos mujeres que habían venido á implorar su protección, era cosa á que no podía resolverse.

Si bien pálido y temblando de coraje, seguía Mauricio marchando á la meta que le había marcado Magdalena. Puesto que ella quería retirarse á un rincón de París, honrado y recogido, pensó que los alrededores del Luxemburgo podían realizar los deseos de su prima. Suponiendo, por otra parte, que se resignara á pasar algunos meses junto á ella, en aquel barrio, al menos, asilo de la ciencia y de los estudios superiores, se hallaría casi seguro de no encontrar jamás un rostro de su conocimiento. Después de haber buscado, en vano, por las calles adyacentes una habitación que se armonizara á la vez con los poéticos instintos y las modestas ambiciones de la joven alemana, almorzaron sobriamente en los alrededores del Observatorio, lo cual no contribuyó á poner de buen humor á Mauricio, dispuesto á un desenlace menos frugal por ascensiones á quintos pisos, sobrado reiteradas. Debo añadir que, aun en frente del suicidio, había conservado hábitos que no eran de anacoreta. Tenía apego, sobre todo, á la elegancia del servicio, y aun cuando desengañado de todo, no admitía que un hombre distinguido, aunque se hallara en vísperas de saltarse la tapa

de los sesos, se degradara tomando dos manjares distintos con un mismo tenedor. Bebió con la punta de los labios y comió con el filo de los dientes. Úrsula devoró, es la palabra; Magdalena declaró que en su vida había tenido un almuerzo tan encantador. Y al emprender su viaje de regreso, buscando aún á derecha é izquierda por si encontraban una casa que llamase su atención, penetraron, de común acuerdo, en una calle cuyo aspecto sedujo, desde luego, á Magdalena: calle solitaria, confinando por un extremo con el Bulevar de los Inválidos y por el otro con esa calle del Bac, cuyo arroyo debe tanta celebridad á Mme. de Staël. Gracias al aumento de la población y á los progresos de la industria, dentro de quinientos años ya no quedará en el mundo entero un refugio para las almas soñadoras; así, pues, dicha calle no es hoy sino una doble hilera de casas más ó menos nuevas, feas y mal construídas. En aquel entonces hubiérase tomado por una alquería, ó cuando menos, por el verdeante arrabal de una aldea escondida entre follaje. A la vuelta de la plácida estación, respirábase, al penetrar allí, el perfume del lirio ó el efluvio de los tilos en flor. Surgiendo de los muros que servían de seto, las acacias, el falso ébano, el árbol de Judea sacudían sus odoríferos racimos. En el fondo de los parques, donde el ruiñón trinaba durante las noches estivales, percibiase, á través de las verjas, hermosos hoteles silenciosos y lindos muchachuelos retozando en el césped. Era, en una palabra, la calle de Babilonia, así llamada ya sea por sus jardines, ya porque en ella habitara en

otro tiempo el obispo de la antigua ciudad de Semíramis. Úrsula pensó hallarse en Valtravers y preguntó por dónde corría el Vienne. Magdalena declaró que sería para ella la felicidad el habitar aquella aldea extraviada en el seno de París. A Mauricio, todo le era indiferente. Los deseos de la joven fueron cumplidos. En una de las raras viviendas, que cortaban á intervalos el paisaje, encontró dos pequeñas habitaciones vecinas y separadas una de otra; una para Mauricio, compuesta de dos cuartos, y otra, de tres, para ella y Úrsula; todo ello un poco alto, bajo terrado, pero con vistas á jardines. Soy de parecer, y del mismo era Magdalena, que más vale tener delante de nuestras ventanas una brizna de verdura, que la Columnata del Louvre.

Así terminó aquella jornada, que podía dar á Mauricio una muestra de las delicias que se le reservaban. El día siguiente y los sucesivos fueron todavía más rudos y laboriosos. No basta haber buscado el matarral donde anidar; hay que procurarse además crin, pelusilla y musgo. Siempre con Úrsula pegada á sus talones, hubo Mauricio de acompañar á Magdalena á las tiendas, verlo y examinarlo todo, oír discusiones y regateos, cuando él en su vida había regateado y tenía á honra pagarlo todo más caro que los demás. Bien que dotado en alto grado del sentimiento de la realidad, y de tanto talento como gracias, Magdalena hacía sus compras con bastante abandono y flojedad: mostraba ese regocijo infantil que hace menguado caso de los trapos y no se fija mucho en cálculos; pero Úr-

sula, que se figuraba que los tenderos querían abusar de su cualidad de lemosina, la implacable Úrsula promovía á cada paso dificultades interminables y defendía los intereses de sus señoritos con la parsimoniosa aspereza del más avariento usurero. Algo boquirrota, como las criadas de Molière, contendía con los dependientes, tratándolos sin empacho de mendigos y ladrones, hasta el extremo de que en más de una ocasión hubieron de invitarla á pasar la puerta. Mauricio pensó volverse loco. Mandaba á Úrsula á todos los diablos; pero á Úrsula la tenía muy sin cuidado, constándole perfectamente que los coches públicos no llegan hasta allá. Sólo conminándola con enviarla á su tierra pudo inducir la Mauricio á sentimientos más moderados.

Por fin, al cabo de una semana, tomaron posesión de su pequeño dominio nuestros tres compañeros. Cierta mañana, un simón, tirado por dos rocinantes, se paró bruscamente á la puerta del suntuoso hotel que Mauricio ocupaba todavía. Y se apearon Magdalena y Úrsula.

—Ea, Mauricio, ea, hermano mío—exclamó la joven entrando en el cuarto de su primo, más vivaracha, más ligera que cervatilla saltando por el césped;—ha llegado el gran día. Sólo os resta dar un último adiós á esos muebles, á esos tapices, á esos cortinajes, á esos techos dorados. No encontraréis su equivalente en nuestro nuevo domicilio; pero también tiene su lujo la pobreza, y la felicidad no há menester alojamiento tan magnífico.

—¡Pobre corderillo!—dijo con inefable acento de

ternura Úrsula, que no cabía en sí de gozo á la idea de vivir con su señorito.—¡Cómo vamos á quererle, y á mimarle, y á regalarle! Creerá encontrarse aún en Valtravers! Y qué gusto, los domingos y días de fiesta, cuando después de haber trabajado toda la semana, iremos á pasear, los tres, por los jardines públicos! Vaya, señor Mauricio, soy demasiado dichosa. Me ahogo, no puedo más, ¡ea! es preciso que os dé un abrazo!

Y al decir esto, la excelente criatura abalanzóse, como una pantera, al cuello de su hermano de leche, y á pesar de los esfuerzos de éste para librarse de sus vivos apretones, le aplicó dos sonoros besos en las mejillas.

¡Con que era verdad! ¡con que había sonado la hora, aquella hora que Mauricio pensaba no llegaría nunca! Había contado con impedimentos imprevistos, con obstáculos insuperables, y todo se había realizado como por ensalmo. Todavía la vispera decíase que necesariamente iba á ocurrir un incidente que le sacara de la extraña posición en que se veía acorralado, y nada había llegado, nada, á no ser la realidad con pie firme y puño de hierro. ¿Retroceder? Ya era tarde. En el momento de franquear el umbral que no debía volver á pisar más, próximo á separarse de los objetos entre los cuales había tronado su borrascosa juventud, no era hombre Mauricio para esparcirse en elegías plañideras, en poéticas despedidas. Por lo demás, muy distintos de los lugares donde hemos sufrido y que no podemos abandonar sin enternecimiento,



Le aplicó dos sonoros besos.

los sitios donde se vivió mal no podrían ser una patria, y siempre se dejan sin emoción y sin pesar. Hizo que Úrsula bajara al coche todo aquello de que podía disponer; y luego, después de haber paseado en derredor una seca y taciturna mirada, colocó bajo el brazo la caja de pistolas y se lanzó fuera de la habitación, llevando así toda su fortuna y su esperanza toda. En aquel momento hubiérase visto brillar en la frente de Magdalena un reflejo del gozo celeste que debe iluminar la faz de los ángeles cuando llevan á presencia de Dios, entonando cánticos, un alma descarriada.





IX

POBRES nidos eran las dos habitaciones donde Magdalena y Mauricio iban á vivir uno junto á otro ; pero á un poeta le hubieran hechizado, á la sazón en que los poetas se albergaban todavía en buhardillas. Aun cuando todo fuese de la mayor sencillez, resentíase no obstante del gusto y de la elegancia nativos que presidieran á los detalles del menaje. El cuarto de la joven alemana estaba entapizado de papel gris-perla sembrado de ramitos de claveles, rosas y jacintos, con-

vergiendo en el techo á modo de tienda. Los muebles eran de nogal y la sillería de rejilla. El lecho, pequeño, angosto, virginal, verdadera cama de colegiala, ocultábase casto bajo un amplio pabellón de indiana armonizado con el papel de las paredes. Junto á la ventana veíase una mesa cubierta de pinceles, cajas de color y platillos de porcelana que pertenecieron á la amable marquesa. El mármol de la chimenea no tenía más adorno que dos jarrones de barro de ancho cuello, muestras de la alfarería de Ziégler; y esperando el Noviembre, el hornillo y la plancha habian desaparecido bajo un compacto almohadón de musgo verde.

En la cabecera de la cama un velador servia de soporte á una lámpara de nivel adaptable á voluntad. Si faltaban alfombras, podía uno mirarse en el piso, tan claro era y reluciente. A lo largo del marco del espejo pendían, de un lado, varias miniaturas de la señora de Fresnes, religiosamente conservadas, entre ellas una copia reducida de la Virgen del Jilguero, que no hubieran desdeñado firmar Mirbel ó Máximo David; del otro, algunos estantes movibles retenidos por un cordón de seda azul y cargados de libros y de flores marchitas, plantas y minerales piadosamente traídos de Valtravers. La ventana, como va dicho, se abría sobre un parque en cuyo fondo parecía meditar con melancolía un hotel grave y triste. El cuarto de Mauricio presentaba poco más ó menos idéntico arreglo y análoga disposición; solamente, nada en él indicaba hábitos ó proyectos de trabajo; en vano se hubiera busca-

do algún objeto al que se refiriese una esperanza ó un recuerdo. Las paredes estaban desnudas; el lecho, sin cortinas, tenía un aspecto duro y frío.

—No es muy bello que digamos!—exclamó Magdalena al instalar á Mauricio en su nuevo albergue;—pero creo que no hay habitación por pobre que sea que uno no pueda embellecer mejor que el más afamado tapicero. Nuestros pensamientos y nuestros ensueños, nuestras alegrías y nuestros dolores son un lujo de ajuar y de decoración que muchos ricos ni aun sospechan, y que á mi entender equivale al terciopelo y á la seda, al palo-rosa y al palosanto. Las cuatro paredes que nos ven amar, trabajar, soñar, esperar, son siempre las paredes de un palacio.

Poca mella hicieron estas palabras en Mauricio que, al quedar solo, comenzó á recorrer su cuarto como león recién enjaulado. Por fin, estalló su cólera. Retorcíó los puños, golpeóse la frente y se revolcó en el lecho exhalando gritos de rabia. Preguntábase por qué cobarde complacencia, por qué increíble debilidad había dejado llegar las cosas á aquel punto; acusábase de imbécil y blasfemaba el nombre de su prima. Entretanto Magdalena se ocupaba en ordenar sus colores, sus pinceles, sus hojas de marfil, sintiéndose ya tan á sus anchas en su nueva condición, como si nunca hubiese conocido otra, más enajenada con su pobreza, de lo que se halló con su fortuna cuando regresara como soberana á Valtravers, después del fallecimiento de la marquesa.

También Úrsula había puesto manos á la obra, y

ordenaba, frotaba, atendía á todo, entonando á plena voz una canción del país. Al cabo de una hora, Mauricio salió. La voz de su hermana de leche, que llegaba á sus oídos á través del tabique, había puesto el colmo á sus arrebatos. Anduvo errante por la ciudad hasta la noche, sin saber á dónde iba, ni ocurriéndosele siquiera preguntárselo. A eso de las once, el azar le recondujo paulatinamente á su punto de partida.

Surcaban el horizonte vivos relámpagos; roncaba el trueno y empezaban á caer gruesas gotas. Mauricio que, en realidad, ya no tenía más asilo que su buhardilla de la calle de Babilonia, tomó el partido de refugiarse en él. Úrsula acechaba su regreso. Saliendo á la escalera al rumor de los pasos de su señorito, la asustó la palidez de aquel rostro. Los labios estaban lívidos; y los ojos, hundidos en las órbitas, brillaban con fulgor febril. La buena muchacha, seriamente alarmada, quiso conducirle al lado de Magdalena, que tenía la costumbre de velar hasta muy entrada la noche; mas él, rechazándola mal humorado, pasó adelante y se entró en su habitación. Sentado junto a la abierta ventana, permaneció hasta el amanecer escuchando mugir el parque á impulsos del viento, y contemplando el cielo, menos sombrío y tempestuoso que su alma. Tenía calentura al acostarse y delirio cuando entraron á verle.

Temióse por sus días. Puesto en presencia de la realidad, no había podido sostener el pobre mozo la mirada de aquella ruda compañera que no creía tan cer-

cana; como don Juan, al tocar la mano de mármol, habíase sentido Mauricio herido del rayo. Los cuidados de la ciencia, la juventud que aún no muriera en él, y más aún la apasionada solicitud de Magdalena y Úrsula, le devolvieron poco á poco á la vida. Las dos jóvenes disputáronse la gloria de salvarle, y no creo que jamás madre alguna haya prodigado á su hijo doliente más abnegación, terneza y amor que el desplegado por aquellas buenas criaturas á la cabecera del enfermo.

Por más que digan, la enfermedad no es una huésped tan mala. Tiene sus lados buenos, y aunque sólo sirviese para hacernos apreciar mejor la afección de los seres que nos son caros y que reúne en nuestro derredor, no habría que maldecir de ella demasiado. Además, tiene la excelente circunstancia de derrocar las pasiones malas, ablandar los corazones endurecidos y doblégar bajo su rodilla, como rama de sauce, los más indomables caracteres. Así, aquel terrible Mauricio, tan furioso contra la necesidad de vivir cuando estaba sano y bueno, se dejó cuidar como cordero manso. Más de una vez, con tierna mirada, demostró su agradecimiento á Magdalena y á Úrsula que á su lado velaban, y más de una vez su conmovida mano buscó la mano de su prima. Cierta día, percibiendo sobre su cabeza, en la pared, un retrato de su padre, hecho por la marquesa un año antes de morir el caballero, lo cogió y pasó largo contemplándolo, y dirigiéndole, con voz entrecortada por sollozos, sentidas palabras de pesar y de remordimiento. Magdalena

y Ursula también lloraban; lloraban dulces lágrimas. Otro día descubrió sobre la chimenea un cofrecito de caoba que aún no había advertido. La convalecencia, como se sabe, es un estado muy parecido á la infancia. Idéntica debilidad de órganos, iguales hechizamientos, análoga curiosidad, que una nonada basta á despertar ó distraer, es la vida que comienza de nuevo, es en efecto una nueva infancia. Mauricio pidió aquel cofrecito, levantó la tapa y reconoció, simétricamente colocados en sus compartimientos de terciopelo verde, los útiles que empleaba antaño, con su padre, para esculpir el nogal, el peral y la encina.

—¡Ay!—dijo Magdalena;—eso es todo cuanto pude salvar de vuestro patrimonio. Pensé que no os sabría mal guardar esos objetos, y que tal vez me agradeceríais no haberlos dejado á merced de extrañas manos.

—Sí, prima mía, sí, hermana—añadió Mauricio (era la vez primera que le daba este nombre; la joven palideció y se turbó);—sí, hicisteis bien. Al abrir este cofrecillo, he creído ver la imagen de mis años primeros.

—¡Y cuando una piensa—añadió Úrsula—que con eso ganó su pan nuestro noble caballero entre los infieles! ¡Él, un gran señor, un aristócrata, ea! ¡Y decir que con sus blancas manos torneaba boliches, como si en su vida no hubiese hecho otra cosa! ¡decir que no se avergonzaba de trabajar como un hijo del pueblo!

—Sí—dijo Magdalena—sí; era un noble corazón.

—¡Y la señora marquesa!—exclamó Úrsula, que no era capaz de detenerse una vez lanzada.—¡He aquí otra que no debió de llamar mucho tiempo á la puerta del paraíso. Pensar que una tan gran señora, que había vivido en la corte, hacía los retratos de un hato de bebedores de cerveza y de comedores de sopa de coles, cuando tan fácil le hubiera sido vivir á mejor cuenta y con mayor riqueza! ¡Pardiez! ¡era una gran señora!

—Sí—dijo Magdalena;—era un alma bellísima.

—Como la vuestra, mi buena señorita—repuso Úrsula, llevando con respeto á sus labios la mano de Magdalena.

Lo mismo que los que oyen un apólogo sin preocuparse de su moraleja, escuchaba Mauricio el diálogo, sin pensar en preguntarse si por azar encerraba algún consejo á su intención. Lo más hermoso que tiene la convalecencia es el olvido profundo, la ausencia completa de toda preocupación del porvenir. Demasiado débiles aún para lanzarnos más allá de la hora presente, nos refugiamos por completo en el sentimiento de nuestra propia conservación. Nos sentimos vivir; y es lo que basta. Desgraciadamente, un estado tan plácido no puede durar; paulatinamente recobramos, con la salud, la carga de la vida.

Si bien fuera de peligro y casi enteramente restablecido, hallábase Mauricio sumamente débil, y, sea por que su posición exigiese aún asiduos cuidados, sea para alegrarle y distraerle, Magdalena y Úrsula pasaban la mayor parte del tiempo á su lado. Según el de-

seo manifestado por él, la joven había trasladado su taller al cuarto de su primo, y allí trabajaba durante el día, y á menudo allí velaba de noche. Pintaba, bordaba, hacía labores al crochet, mientras Úrsula se dedicaba á ribetes ó á la calceta. Mauricio encontró al principio seductor aquel cuadro de la vida íntima; pero, reavivándose las dolencias de su corazón y de su espíritu á medida que se acercaba la curación física, empezaba á irritarle secretamente la solicitud de aquellas dos mujeres que no se apartaban de su cabecera. Ya la conciencia de los cargos y deberes suspendidos sobre su cabeza le oprimía, sin de ello darse cuenta, como borrascosa atmósfera; sin pretender aún explicárselo, oía, con vago sentimiento de terror, el sordo roncar de su destino, semejante al ruido lejano de la marea creciente.

Cierta noche en que, al parecer, se hallaba dormido profundamente, sentadas las dos junto á la misma mesa, conversaban Magdalena y Úrsula á media voz, trabajando á la velada luz de la lámpara.

—¡Pobre querubín!—decía Úrsula, moviendo con agilidad la aguja;—no siento el dinero que nos ha costado. Por él empeñaría hasta mi última cofia y mi última falda. Pero es la verdad que nuestros últimos recursos se han ido en gastos de médico y botica y que á estas horas no hay en casa ni dos míseros escudos.

—No te preocupes por ello, mi buena Úrsula. Confío acabar, de hoy á mañana, la pintura de esta caja de thé. Estoy satisfecha de mi trabajo. ¡Mira qué lindas



Á menudo allí velaba de noche.

flores y qué bellos pájaros! Mucha desgracia será si no consigo vender esta obra en el gran almacén donde me han comprado ya dos pantallas. Y aún hay más. He acabado un par de saquitos que no están del todo mal. Iremos juntas á ofrecerlos á las tiendas. Dicen que estas chucherías se venden caras en París. Pero si todo fracasara á la vez, aún me quedan algunas sortijas, algunas joyas; las mandaremos á que hagan compañía á los brillantes.

—Y á mis pendientes y á mi cruz de oro—añadió Úrsula.—Perfectamente; pero vos, mi buena señorita, os pasáis las noches trabajando; siguiendo así, echaréis á perder vuestros lindos ojos azules y vuestra salud, lo que es peor.

—¡Bueno, bueno!—replicó Magdalena sonriendo;—soy más robusta que aparento. Por lo demás, el trabajo es sano. La marquesa me repetía, á menudo, que nunca había tenido mejor salud que en Nuremberg. A fe que trabajó día y noche, y sin embargo, puedo asegurarte que sus ojos se conservaban todavía muy hermosos pocas horas antes de morir. Has de pensar también, querida Úrsula, que para nuestro amado enfermo, mi deber es redoblar en ánimo y en esfuerzo. Tal vez su convalecencia sea larga; si no le rodeásemos de todos los cuidados que su estado requiere, ¡qué de reproches no deberíamos hacernos, qué remordimientos los nuestros, y qué pensaría Mauricio, que sólo por nosotras se resignó á vivir!

—Si—exclamó Úrsula, dirigiendo una mirada llena de adoración al lecho donde su señorito reposaba;—

sí, la verdad es que se ha portado noblemente con nosotras. No podemos quejarnos. ¡Pensar que en el momento de pegarse un tiro, se abstuvo únicamente por cariño á nosotras! ¡Y cuán engreído estaba al pasearnos por las calles! ¡Sin contar que, una vez restablecido, trabajará de firme, para su prima y su hermana de leche! Porque es un ángel; sí, señorita Magdalena, un ángel del buen Dios, siempre lo he dicho.

Así prosiguieron hablando en voz baja, hasta que Úrsula obligó á Magdalena á retirarse á descansar. Antes de alejarse, inclinadas las dos á la cabecera de Mauricio, permanecieron un rato contemplando en silencio aquel rostro pálido, al que el sufrimiento había restituido su primitivo carácter de grandeza y dignidad.

Mauricio no dormía; había escuchado toda la conversación. El siguiente día se levantó de la cama. Tan tranquilo, tan resuelto, como vacilante, colérico y arrebatado fué en sus tiempos malos, aceptaba al fin la tarea impuesta por la suerte. Sin embargo, las almas honradas se equivocarían, atribuyendo ese despertar súbito de su voluntad á un arranque de gratitud y enternecimiento. Con la salud había recobrado Mauricio la dureza de alma. La abnegación de aquellas dos nobles criaturas, que venían á agotar á su cabecera sus postreros recursos, en vez de conmoverle, le irritaba; pero Dios ha puesto el orgullo en el fondo de nuestro corazón para suplir, si es menester, a la virtud. Esta vez el orgullo hizo el milagro que la virtud sola hubiera debido obrar.

Dispuesto estaba, sin entusiasmo á la verdad, pero sin vacilación, como hombre bien nacido que acude al terreno, menos por ahinco que por necesidad. Eso sí, ¿qué partido tomar? Trabajar, es fácil de decir; pero hay que saber en qué. ¿Tornear boliches ó rompenueces? Eso estaba muy bueno en Nuremberg, en la patria de los juguetes y chucherías. ¿Atreverse con la escultura en madera? Aquí, mil dificultades. Para los perezosos las avenidas del trabajo están siempre atestadas de obstáculos. Por otra parte, hacía demasiado tiempo que descuidara este arte, que tenía casi olvidado.

En cuanto á las tareas de la inteligencia, no debía pensar en ello, y no porque careciera de aptitud para esa especie de literatura á vuela pluma, que en nuestros días alcanza tanto éxito; desgraciadamente, en la época á que nos referimos, las letras conservaban todavía algún prestigio y la más difícil de las artes nó había llegado á ser el más fácil de los oficios. Algunos años más tarde, Mauricio no habría vacilado y hoy tendríamos otro gran escritor más. Llegar á punto es uno de los grandes secretos de la vida. Por fin, aburrido consultó Mauricio á su prima; y ésta le contestó dulcemente:

—¿A qué apresurarse? ¡si no urge! Todavía os halláis muy débil. Recobrad fuerzas; lo demás vendrá por sus pasos. Con tal de sentirme yo escudada bajo vuestro brazo, me basta y no pido más. No os inquietéis. Soy robusta; tengo buen ánimo. Trabajaré por vos con alegría, esperando á que vos podáis traba-

jar por mí con ventura. ¿No os parece bien, hermano mío?

Ya se comprende que semejantes palabras no harían sino irritar el orgullo de Mauricio. Vamos á ver de qué manera el azar, ó más bien la Providencia, bajo los rasgos de Magdalena, impelió á aquel joven á la única senda que abierta tenía.





X

EN un ala de la casa, frente por frente á las buhardillas ocupadas por Mauricio y Magdalena, había una modesta habitación compuesta de tres cuartos donde vivía un matrimonio de jóvenes artesanos. Ebanista de oficio, llamábase el marido Pedro Marceau. Era un guapo mozo, de veinticinco años á lo más, siempre de buen humor, de aire franco y expansivo, muy simpático con su blusa de lienzo gris que un cinturón de cuero charolado ceñía en torno de su flexible y vigoroso talle. Este tal no hacía versos, ni tenía más

lira que su cepillo y su cincel. De pie cada día con el alba, trabajaba alegremente de la mañana á la noche, como si estuviese convencido de que el trabajo es á un tiempo la verdadera poesía del pueblo y el mejor sistema que se haya inventado hasta hoy para mejorar la condición de los obreros. Atenta y gentil, su mujer manejaba la aguja á su lado, sin dejar de atender á dos muchachuelos que jugueteaban en derredor de su padre. De vez en cuando abandonaba Marceau su tarea para inclinarse sobre la labor de su compañera ó tomar en brazos á los bribonzuelos, y en seguida volvía al trabajo con nuevo ardor. A veces la mujer tarareaba una canción de Béranger, una de esas canciones inmortales que han consolado á la patria, y sin interrumpir su tarea el marido entonaba el estribillo con enérgica y robusta voz. Cuando el día tocaba á su ocaso, la linda casera se ocupaba en los preparativos de la comida, regocijada por la palabrería de los muchachos. Largo era á menudo el sobremesa, prolongándose la velada entre familiares conversaciones.

Apoyado en el alféizar de su ventana, habíale ocurrido frecuentemente á Mauricio seguir con distraída mirada los detalles de aquel interior honrado y laborioso. Y no porque le interesara en lo más mínimo, ni porque en ello buscara saludable enseñanza, sino como espectáculo ofrecido á su ociosidad.

Por su parte, Magdalena complaciase en observar el método de vida de aquella humilde pareja; y en ello encontraba misterioso encanto. Entre ella y aquel matrimonio habíanse establecido poco á poco relaciones

de buena vecindad. La joven alemana acariciaba á los chicos cuando los encontraba en la meseta ; y durante la enfermedad de Mauricio, había ido más de una vez Pedro Marceau á informarse de su estado. Cierta mañana, habiendo notado que el joven ebanista acepillaba y tallaba la encina, como en otro tiempo Mauricio en compañía del buen caballero, púsose Magdalena á examinarlo con mirada conmovida. Inclinado sobre su banco, junto á la abierta ventana, parecía Marceau absorbido por alguna dificultad que en vano intentaba vencer. De pronto, por uno de esos movimientos bruscos que denuncian el sentimiento de la impotencia, tiró sus herramientas y se golpeó la frente con desesperación; después, cruzando los brazos, permaneció de pie, en actitud del hombre profundamente desalentado. La mujer se había acercado á él para ver de realzar su abatido ánimo con caricias y dulces palabras; y por vez primera quizá, la rechazó él con rudeza, brotando de sus ojos lágrimas de furor. Rompió su esposa á llorar, mientras los chicos, arrastrados por el ejemplo, gritaban á quien más. A tal escena de desolación, cediendo á un buen arranque, salió Magdalena de su cuarto, y apareció, pocos instantes después, en medio de aquella familia, cuya benévola curiosidad había despertado más de una vez.

—¡ Ah, señorita! —respondió la mujer, á quien había interrogado la primera ; — oiga usted de qué se trata. Mi marido debe entregar hoy mismo un encargo, de cuyo resultado depende todo nuestro porvenir. Ya sea porque al aceptarlo presumiera demasiado de sus fuer-

zas, ya porque su talento le haya fallado, el pobrecillo comprende la imposibilidad de llevar á buen fin el trabajo importante que le confiaron. Mi marido se desconsuela á causa de mí y de nuestros hijos; y yo lloro porque le veo llorar.

—Mire usted, señorita —dijo á su vez el joven obrero— Dios me perdone el haberme atrevido á pensar que había en mi fondo algo de artista! No paso de ser un infeliz, bueno cuando más para acepillar tablas y tornear palos de sillas.

—¡Qué sabe usted!—replicó dulcemente Magdalena: —el talento tiene sus horas, como la fortuna. Sólo la medianía está dispuesta siempre y no vacila jamás. Vamos á ver ¿de qué se trata?

Tratábase de una escultura representando una figura de arcángel destinada á la ornamentación de una de las iglesias de París. El hecho es que la figura estaba abortada. Aun cuando indulgente de sí, hubo de convenir Magdalena en que, si el porvenir de aquella familia dependía verdaderamente del mérito de la obra, motivo había para desesperar. En aquel momento percibió en la ventana á Mauricio quien, á una seña de su prima, se encaminó á su lado sin mucho ahínco.

—Veamos, hermano—le dijo—¿no habría medio de ayudar á esta buena gente y sacarles del apuro?

Impuesto del caso, acercóse Mauricio al trozo esculpido y permaneció contemplándolo unos instantes con desdeñosa atención. Propiamente hablando, no era sino un esbozo que nada bueno prometía. Agru-



Atacó resueltamente el trozo de encina.

pados en torno suyo el joven ebanista, su mujer y Magdalena esperaban ansiosos su respuesta. No abrió los labios Mauricio ; pero de repente, menos por bondad de alma que con intención de lucirse, se quitó la levita, dobló sobre sus muñecas los puños de la camisa de batista, y, cogiendo uno de los útiles, atacó resueltamente el trozo de encina rebelde á la mano de Marceau. Magdalena triunfaba en secreto. De pie, inmóviles, en muda contemplación, seguían los dos artesanos los progresos del trabajo, mientras, en derredor del banco, subidos curiosamente cada uno á una silla, con sus blondas cabecitas y sus rostros de querubines, los chicuelos parecían el acompañamiento natural de la figura que comenzaba á animarse á impulsos del cincel creador.

Por más borrascas que haya atravesado, por devastado que esté nuestro corazón, aun cuando se pareciese á un desierto de Sahara, aun cuando sólo encerrase áridas y desoladas arenas, hay una flor que todavía puede verse en él, en todo su frescor y en su brillo todo, como abierta la víspera. En vano cayeron todas las demás marchitas en torno suyo. A su corola no le falta ni un pétalo, y sonríe en el extremo de su tallo, que ningún viento logró desarraigar. Esta flor inmortal del corazón humano tiene un nombre: es la vanidad. Así pues, muerto casi á todo lo que hace vivir, saboreaba Mauricio con secreta complacencia el efecto producido en su público. Bajo el aguijón del amor propio, había vuelto á encontrar, como por encanto, aquella osadía y aquella precisión de cincel que anta-

ño fueron orgullo del Caballero. Desprendido de los lazos de la encina, el arcángel sacudía sus estremecientes alas. Pocas horas después, la figura que Mauricio había tomado en estado de esbozo apareció tan neta, tan pura como si hubiese sido labrada en mármol.

—¡Ya está!—dijo soltando los útiles y bajando los puños de su camisa.—¡Así se hacen estas cosas!

Imaginaos el gozo de aquella familia. Los chicuelos batían palmas; atraídos alternativamente por la admiración y la gratitud, la joven y su marido se deshacían en manifestaciones de reconocimiento, felicitando á Mauricio por su bella obra y bendiciéndole por su bella acción. Silenciosa y sonriente, Magdalena contemplaba aquella dulce enagenación, lisonjeándose de que su primo la compartiera; mas éste, una vez terminada su tarea, se había apresurado á mofarse interiormente del necio placer que acababa de experimentar, y como nada le parecía más cándido que las escenas de enternecimiento, dió por terminada ésta, poniéndose la levita.

—¡Ah, señor, me ha salvado usted la vida!—exclamó el obrero con efusión.

—Presumo—replicó secamente Mauricio—que eso es de parte de usted un modo de hablar, una pura exageración; de no ser así, le habría prestado á usted un mal servicio, y no valdría la pena de agradecerme.

Dicho esto, y apartando con bastante rudeza á los muchachos que se empeñaban en encaramarse por sus piernas, salió como había entrado y se retiró á su habi-

tación. ¿De qué le venía tan feroz humor? Es que el corazón humano es un abismo de infames cobardías. Sin sospecharlo, Mauricio estaba furioso porque ya no tenía pretexto ni excusa para no hacer nada. Los jóvenes artesanos quedaron consternados por una partida tan brusca y confusos de no haber podido expresar su agradecimiento. En cuanto á Magdalena, duramente herida por las palabras que acababa de oír, se alejó para enjugar su llanto. Sin embargo, pensó en sus adentros que aquel día encerraba tal vez el germen del porvenir.

En efecto, así como lo esperara, á partir de entonces notó Magdalena que Mauricio celebraba frecuentes conferencias con Pedro Marceau. Callábase él en su presencia; pero por su aire grave y preocupado, demasiado comprendía ella que se estaba preparando algo extraño en su destino.

Cierta mañana, al ir á penetrar Úrsula en el cuarto de su señorito, volvió atrás como trastornada y dejando entornada la puerta. ¿Qué había visto? ¿Qué ocurría de extraordinario en la habitación de Mauricio? Corrió la muchacha á encontrar á Magdalena y se precipitó en sus brazos inundándola de llanto y besos.

—¡Venid, venid, mi buena señorita!

Y sin más explicaciones, tomó de la mano á Magdalena y la condujo á paso de lobo hasta la habitación del joven.

—No hagáis ruido—dijo—y mirad.

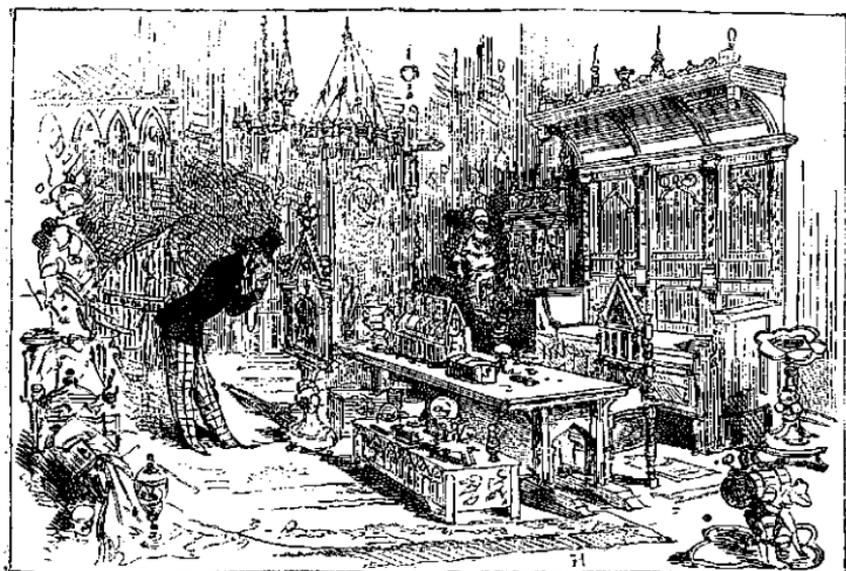
Retuvo el aliento la joven y miró por la entornada



puerta; y cuando hubo visto bien, ciñó llorando los brazos al cuello de Úrsula, y las dos angelicales criaturas permanecieron largo rato enlazadas.

A su vez, ¿qué había visto Magdalena? El más hermoso espectáculo que contemplar pudiera: á Mauricio, de blusa, en pie, inclinado sobre el banco y trabajando.





XI

ERA la época propicia para dedicarse á esculpir en madera. Descuidada desde largo tiempo, casi perdida, esta rama del arte acababa de retoñar al caprichoso soplo de la moda. Recuérdese que á la sazón nos hallábamos en plena Edad-media. La literatura, para remozarse, se había hecho gótica. El gusto dominante en la poesía había invadido todas las artes del dibujo. Pintura, estatuaria, arquitectura, todo dependía de la Edad-media. Por una atracción natural el mueblaje había seguido igual pendiente. Se comenzó

por desbaliar gran número de castillos de provincias para satisfacer la pasión parisiense; después, cuando los cofres, los aparadores, las credencias, los sitios esculpidos, blasonados, se agotaron, cuando la verdadera Edad-media faltó, preciso fué crear una Edad-media flamante. El nogal, la encina, el peral, modelados por hábiles manos, engatusaron á más de un inteligente, y esta inocente estratagema enriqueció á algunos artistas privilegiados. Por mediación de Pedro Marceau, confiáronse muy en breve á Mauricio importantes trabajos; en pocos meses pudo, sino difundir en torno suyo la comodidad y el bienestar, cuando menos ponerse al abrigo de la necesidad con las dos criaturas que se habían confiado á su guarda. Era la pobreza, pero esa pobreza laboriosa que no debe nada á nadie, sin remordimientos de la víspera, ni quebraderos de cabeza para el día siguiente, preferible cien veces al lujo ficticio y torturado en cuyo seno viviera Mauricio.

Verdad es que nuestro joven no parecía muy tocado ni muy convencido de las ventajas de su nueva condición. Aceptaba su destino, pero detestándolo; trabajaba, pero maldiciendo el trabajo. ¡Cuántas veces, durante aquellos meses primeros, no sintió cejar su ánimo y titubear su voluntad! ¡Cuántas veces, abandonándose á arrebatos sin nombre, hasta en presencia de su prima, no tiró sus herramientas con cólera, pisoteando la obra que había empezado, como si hubiese ignorado que la gracia dobla el valor del sacrificio y que la abnegación más bella debe ir acom-

pañada de una sonrisa! En semejantes ocasiones, Mauricio estaba terrible. Magdalena le contemplaba con tristeza; después, cuando el malhadado mozo, extenuado y sin poder más, caía aplomado en su lecho, llegábase á él la angelical criatura, y enjugaba el sudor de su frente, creyéndose muy afortunada si no la rechazaba con alguna frase dura. Lo que le agujionaba y le sostenía en la lucha emprendida era el orgullo. Tenía decidido empeño en no deberle nada á su prima. El recuerdo de que había vendido sus diamantes y trabajado para cuidarle, era para él grave carga.

Decíase también que cuanto antes hubiese asegurado la existencia de Magdalena, tanto más pronto estaría en paz con ella, y en libertad de acabar á su antojo. El suicidio velaba á su cabecera, no como espectro amenazador, sino como el ángel de la liberación.

Hay sin embargo un gozo, ignorado de aquellos á quienes la vida sólo costó el trabajo de nacer, y que Mauricio saboreó tanto más vivamente cuanto que no previéndolo, no había podido pensar en ponerse en guardia contra él. Me refiero á ese gozo, pueril si se quiere, y sin embargo enagenador, que se experimenta al sentir en la mano el primer dinero que se ganó con el trabajo. No, ese gozo no es pueril, por cuanto es la conciencia de nuestro valer personal. La riqueza creada por nuestro trabajo ¿no es la más legítima de todas las riquezas, la de que con más justicia nos sentimos orgullosos? El heredero que cuenta su oro, es menos rico á los ojos de Dios que el obrero que per-

cibe su salario. Estas reflexiones estaban muy distantes del espíritu de Mauricio; pero cuando vió en su banco el montón de escudos que Pedro Marceau había cobrado por su cuenta, los tomó uno á uno y los examinó uno tras otro con expresión de infantil curiosidad. Hubiérase dicho que era un avaro ó un pobre diablo que se ve con dinero por vez primera. Cediendo á un arranque ingenuo, digno de los mejores días de su juventud, salió alegremente para llevar en triunfo aquellas primicias á Magdalena. Sonreía; tenía veinte años! ¡Ay! aún no había llegado á la puerta de la joven alemana, cuando ya tachaba de necedad el contento que acababa de sentir, y de tontería el sentimiento que le llevaba á la habitación de su prima. En menos de un minuto, todo aquel bello arranque se había extinguido como fuego de paja bajo un ancha ola. Úrsula estaba en el recibimiento; Mauricio echó friamente un puñado de escudos en su delantal y se alejó sin despegar los labios.

En el cumplimiento de un deber formal, por duro y penoso que pueda ser, ha infundido Dios una satisfacción interior que con dificultad eluden las almas más degradadas. Por otro lado, si la profesión más ingrata tiene de vez en cuando sus horas de enagenamiento, el cultivo de un arte, por modesto que sea, debe tener sus momentos de entusiasmo. A la vez que tascando el freno, experimentaba Mauricio cierta fruición secreta en saberse útil y necesario. En esto, nos parecemos todos algo á las gentes que ocupan un destino importante. En el fondo de las importunidades que



Sonreía; tenía veinte años!

asedian su crédito y su valimiento, hay siempre algo que no les desplace: el enojo que dejan ver no es á menudo sino un disfraz que sirve para ocultar el triunfo de su vanidad.

Por otra parte, Mauricio llegaba muchas veces á apasionarse por las figuras que su cincel creaba. Las castas imágenes de su juventud retozaban en derredor de su banco. Veíase al lado de su padre, trabajando en el taller de Valtravers; la imagen del buen señor parecía sonreírle y animarle. En resumen, excepción hecha de los arranques de furor que acabo de indicar y que iban siendo menos frecuentes de día en día, al cabo de algunos meses, cuando llegaba la noche, admirábase Mauricio de la rapidez del tiempo y de la paz que había gozado. El trabajo lleva en sí su recompensa. Nos aísla del mundo y de nosotros mismos. Aunque sólo se le debiese esa serenidad que corona, de seguro, toda jornada bien empleada, sería cosa de bendecirlo y amarlo.

Por desdicha estas sanas influencias casi no tenían tiempo de fructificar en el espíritu de Mauricio quien, terminado el día, disipaba fuera el provecho moral que sin sospecharlo había ganado. Demasiado superior (así opinaba él) para poderse someter á una existencia burguesa y regular, había declarado explícitamente que quería vivir á su antojo. Sea dicho *inter nos*, no le sonreía gran cosa la cocina de Úrsula, y las comidas mano á mano con Magdalena tampoco le sonreían más. Finalmente, como todos los seres débiles, tenía empeño Mauricio en dejar bien sentado que sólo

dependía de su voluntad. Por las mañanas, se desayunaba frugalmente en su cuarto; y por la tarde, cuando daban las seis los relojes de la vecindad, quitábase la blusa, vestíase y salía, generalmente sin haber visto en todo el día á su prima. Imaginaba que no le debía nada, en cuanto había proveído á sus necesidades.

Salía bastante tranquilo, reposada la cabeza, refrescada la sangre por el trabajo, el silencio y la soledad. Experimentaba, desde luego, una especie de embriaguez al verse fuera de su buhardilla, perdido entre la muchedumbre, libre sobre el empedrado. Pero ¿á dónde ir? Había roto violentamente con su pasado. No le quedaba ni un amigo; mejor dicho, en el mundo donde se había marchitado su juventud se tienen compañeros, pero no amigos. Caminaba á la ventura, y casi siempre un atractivo fatal le llevaba á los parajes donde había zozobrado.

Pálido, mustio, rozando las paredes, cual náufrago errante en la playa y contemplando con envidiosa mirada á los navíos que se burlan de las olas que engulleron su fortuna, atravesaba con aire sombrío esa fiesta eterna que jamás se pone luto por sus víctimas, de donde los más jóvenes, los más bellos, los más brillantes desaparecen sin dejar tras de sí ni vacío ni pesar, ni aun siquiera el surco luminoso de la estrella errante.

Adormecidas un momento, las pasiones malas se despertaban y rugían en su pecho. En esos bulevares inundados de luz, en medio de los encantos que

hacen de ellos el orgullo de París y una de las maravillas del mundo, en medio de aquellas alamedas que tantas veces le vieran paseando su elegante ociosidad, pensaba Mauricio en la calle de Babilonia, en su buhardilla, en su banco, y llanto de rabia bañaba sus mejillas. Irritado, calenturiento, miserable, volvía como bestia salvaje herida por mil golpes. De vuelta al hogar, antes de retirarse á su cuarto, raras veces dejaba de entrar en el de Magdalena, quien, como queda dicho, tenía la costumbre de prolongar su velada en compañía de Úrsula hasta muy avanzada la noche.

No vaya á creerse que en esto cediera Mauricio á un movimiento de solicitud, ó que le moviese un deber de simple cortesía. El desdichado obedecía únicamente á la cobarde necesidad de exhalar su cólera y de vengarse en aquellas dos pobres criaturas del mal que le atosigaba. Cualidad de los egoístas es querer, cuando sufren, que todo el mundo sufra en torno suyo.

Mauricio encontraba infaliblemente á Magdalena y á Úrsula sentadas y trabajando á la luz de la lámpara, tan serenas una y otra como si todavía se hallaran á orillas del Vienne, en el salón de Valtravers. Calado el sombrero, y abotonada la levita hasta la barba, entraba bruscamente descompuesta la faz, dura la mirada, desdeñoso el labio. Las dos se levantaban para recibirle, Úrsula con una caricia, con una sonrisa Magdalena.

Jamás una palabra ofensiva, jamás una pregunta indiscreta; nada en su acogida dejaba de respirar, por

el contrario, la más adorable ternura, como si se hubiese tratado de un hermano amable ó de un amigo cariñoso. Después de rechazar brutalmente á su hermana de leche y de dirigir una mirada altanera á las pinturas de la joven alemana, se sentaba en un rincón del cuarto, y mientras las dos angelicales criaturas reanudaban su tarea, contemplábalas con aire hurraño ó bur-lón.

La placidez de aquellas dos figuras, la tranquilidad de aquel nido, el orden que reinaba bajo aquel humilde techo, la gracia armoniosa que se revelaba en los menores detalles de aquel modesto mueblaje, todo ello le exasperaba en vez de apaciguarle. Ordinariamente taciturno, mostraba entonces una alegría cruel, agresiva, implacable; ceñudo y silencioso casi siempre, volvíase decididor, ingenioso y hasta elocuente, en cuanto se trataba de torturar el corazón de su prima. Lo que más claramente resaltaba en sus discursos era que estaba harto y ahito de Magdalena y Úrsula. Magdalena sólo oponía á sus enormidades una dulce razón, una bondad inalterable; pero ya le constaba á Úrsula cuántos raudales de lágrimas vertía la pobre niña después de retirarse su primo.

Aún debían ir más allá los ultrajes. Pertenecía Mauricio á esa escuela de jóvenes calaveras, Lovelace de bastidores, Don Juan de baja estofa, que, porque se comieron neciamente su patrimonio con algunas muchachas perdidas, creen conocer á las mujeres, y se jactan de despreciarlas. Por dos ó tres bacantes de rengadas y marchitas que habrán paseado en coche,

los tales caballeretes hablan de la bella mitad del género humano con tal irreverencia, que ocurren deseos de preguntarles, al oírles, qué oficio hacen sus hermanas y de qué flancos nacieron. Sin encontrar á su prima hermosa ni apetecible, había acabado Mauricio por descubrir que representaba, junto á ella, el papel de un tonto. A falta de los sentidos que aquella blanca y casta beldad dejaba absolutamente dormidos, el amor propio y la vanidad se le subían al cerebro en groseros humos. ¿Era natural que un joven que no tenía treinta años viviese fraternalmente con una muchacha que tenía veintitrés á lo sumo, en habitaciones contiguas, bajo un mismo techo? ¿Qué pensarían, si lo supiesen, sus antiguos camaradas? ¿Qué debía pensar la misma Magdalena? Porque, en la ternura que la joven le demostraba, sólo veía Mauricio una incitación. Sin embargo, cada vez que se arrimaba á ella con ánimo de cambiar una posición que le parecía ridícula, poseído de un vago sentimiento de respeto que no se explicaba al pronto y que luego le sublevaba, retirábase sin haberse atrevido á tomarle siquiera la mano.

Cierto día en que faltaba trabajo, salió temprano Mauricio á la calle y anduvo errante hasta el anochecer bajo uno de esos soles ardientes que hacen fermentar el cieno de los pantanos y el fango de las pasiones impuras. Comió en las inmediaciones del antiguo Teatro Italiano, en una especie de taberna de *non sancto* aspecto. Sentado en el fondo de una pieza oscura, á la luz de un quinqué humoso, comió poco y

vació trago tras trago una botella de esos vinos de espíritu que jamás han pagado derechos de puertas. ¡Qué diferencia entre esta comida y las que en otros tiempos saboreaba Mauricio en jovial compañía en los salones del Café de París, mientras su coche esperaba á la puerta y su *groom* al pie de la escalinata! De codos sobre el mantel, con la frente entre sus manos, permaneció luengo rato sumido en un caos de pensamientos irritantes, que todavía los humos de la embriaguez exaltaban. Abrasados cabeza y sentidos, pasó el resto de la velada en las encrucijadas, siguiendo con mirada salvaje las evoluciones de las sirenas infames que los albañales de la vida parisiense vomitan sobre las aceras.

Cuando entró en el cuarto de su prima y la vió sola, no pudo reprimir un movimiento de alegría diabólica. Ligeramente indispuesta desde la vispera, Úrsula, cediendo, á pesar suyo, á las sollicitaciones de su señorita, se había acostado temprano. Magdalena leía cuando llegó Mauricio. Cerró el libro, lo dejó sobre la mesa y acogió á su primo como siempre, sin parecer notar la alteración de sus rasgos, el sombrío fulgor de sus ojos y la palidez inflamada de su faz. Sentóse Mauricio junto á ella, y con voz breve, ardiente, convulsa, cuyo acento más se avenía con el insulto que con la lisonja, comenzó, sin transición, por cumplimientos, de tal suerte exagerados, que la joven le miró al principio con aire de sorpresa, y por fin soltó una risotada. Fué un nuevo aguijón. Aquella risa argentina y perlada, aquella viva jovialidad de ninfa sin des-

confianza, perseguida por un sátiro, y tomando la cosa á broma, acabaron de irritar á Mauricio, sacándole de sí.

Sofocó en el pecho un grito de rabia, y reponiéndose luego, habló de amor con el arrebató del odio, de ternura con acento del rencor, lenguaje tenebroso que de vez en cuando iluminaban con siniestros destellos frases singulares. Blanca, fría, inmóvil, semejando á la Castidad atónita de ver á sus pies las ofrendas destinadas á los altares de la Venus impúdica, Magdalena, mientras el desdichado hablaba, contemplábale con aire á la vez tan altivo y triste, que llegó un momento en que Mauricio, aterrado bajo la mirada de su prima, se detuvo, como si hubiese oprimido entre sus brazos un mármol insensible. Siempre en la misma actitud, seguía contemplándole Magdalena con el mismo aire triste y grave en que no se vislumbraba indignación ni cólera, mezcla de piedad maternal y de doloroso asombro. No pudo más Mauricio; levantóse y se alejó con espanto.

Cuando, después de algunas horas de ese sueño que sigue á la embriaguez, recobró el infortunado, al despertar la siguiente mañana, el recuerdo de lo ocurrido, sintióse morir de vergüenza y confusión. No porque su conciencia le dirigiera los reproches que merecía: desde largo tiempo la había habituado á una indulgencia excesiva; pero no podía soportar la idea de tener que ruborizarse ante Magdalena. ¿Cómo osaría volver á su presencia? Presentía recriminaciones exágeradas; veíase ya objeto de los rencores implaca-

bles de una gazmoñería quisquillosa, porque cuando esos calaveretes se ven obligados á reconocer la virtud en las mujeres, consuélanse representándosela bajo un aspecto poco gracioso á modo de espantajo, de objeto de chacota. Tocaba el día á su ocaso, y aún Mauricio era presa de estas reflexiones nada halagüeñas, cuando su prima entró en su habitación. Ruborizóse él, palideció, turbóse; hubiera querido que la tierra se abriese bajo sus pies y que el techo se desplomara sobre su cabeza. Tendida la mano, cariñosa la mirada, sonriente el labio, le llamó «hermano mío», por manera que llegó á imaginar un momento que había soñado la escena de la víspera. Muy raro es que los hombres no guarden un sentimiento de sincero afecto á la mujer junto á la cual se descarriaron, y que pudiendo humillarles en su derrota, les ha dispensado su gracia, su indulgencia y su bondad. Nuestro corazón agradece siempre las pequeñas atenciones que se tributan á nuestra vanidad. Aun cuando nada diera á conocer, quedó Mauricio sumamente conmovido de la generosidad de Magdalena, reconociendo en su fuero interno que la virtud no es necesariamente ridícula é insociable y que puede ser amable una vez por casualidad.

Magdalena venía á rogar á Mauricio que compartiera con ella su comida aquel día. Miró Mauricio al cielo que, desde por la mañana, se deshacía en agua. Salir con un tiempo como aquel para ir á buscar, lejos de allí, una comida mediocre, nada tenía de divertido. Por otra parte, su estómago se resentía de los excesos de la víspera. He leído, no recuerdo dónde, que los

días siguientes á los de orgía dieron origen á los anacoretas. Finalmente, á Mauricio, reconociéndose culpable ante su prima, no le venía mal poder expiar sus culpas á tan poca costa. A su vez, grande y generoso, aceptó la súplica de Magdalena.





XII

LA mesa estaba dispuesta en un comedorcito, tapizado de un papel que imitaba á la perfección los entablonados de encina. Ocultaban la chimenea mazorcas de asters, dalias y brezos de color rosa: la única ventana miraba á los árboles del parque, cuyas hojas atizonaran ya las otoñales brisas. La mesa era algo angosta; el lujo del servicio no hubiera alarmado los hábitos de un quákero ó de un cartujo; pero sobre el mantel deslumbrante de blancura y del que se exhalaba el grato perfume de la buena colada, todo relucía de limpieza, todo tenía un aire alegre, honrado, encan-

tador. Al sentarse frente á la joven alemana, que hacía los honores de su pobreza con una gracia que no siempre la riqueza posee, hubo de convenir Mauricio en que aquello valía mucho más que la horrible taberna donde desde algún tiempo acá comía habitualmente. Los platos no eran numerosos, ni refinados; ventaja todavía más rara, eran sanos y exquisitos. Podemos creer que en su confección había empleado Úrsula todo su saber. Limpia, sonriente, vivaracha, ágil el pie, ligera la mano, remangada hasta el codo y descubriendo la redondez de un brazo hecho á torno, era de ver la fornida moza dando vueltas en derredor de sus amos, sirviendo los manjares, retirando los platos, indicando á Mauricio los bocados más finos, pronta á caerse de espaldas cada vez que éste se dignaba encontrar algo á su gusto. Magdalena comía apenas, no ocupándose sino de su primo, con la inquieta solicitud de una joven querida, feliz y orgullosa de servir á su amante. Objeto de tantas atenciones, Mauricio no podía menos de sentirse conmovido, y preguntábase, perplejo, qué había hecho para merecerlas. Debo añadir que tampoco era insensible al talento y al saber de Úrsula, que hasta entonces no había sospechado. Otra sorpresa le esperaba á los postres. Acercósele Úrsula con un enorme ramo, y empezó á recitar una felicitación que aprendiera de antemano; pero, cortándole su emoción la voz, abalanzóse sobre su hermano de leche, deseándole únicamente un dichoso día de su santo, y cubriéndole de dulces lágrimas y sonoros besos. Tocóle la vez á Magdalena. Tendió á Mauricio su linda mano por encima de la mesa, dirigiéndole algunas palabras



Apoyóse en su hombro.

sencillas y afectuosas. En tanto el mantel se había llenado de buñuelos y galletas como en Valtravers; una botella de rancio vino que las dos jóvenes se habían procurado en vista de aquel día magno, á costa de todo un mes de privaciones y rigurosa economía, erguía entre las flores su largo cuello cubierto de lacre. El cielo acababa de despejarse; los pájaros, antes de dormir, gorjeaban en las ramas; los embriagantes efluvios de la hoja húmeda penetraban por la abierta ventana; finalmente, próximo á desaparecer en el horizonte, enviaba el sol á la mesa un alegre rayo, á cuyo beso centelleaban los vasos como otros tantos cristales preciosos. Desde que Mauricio abandonó el techo paternal, aquella era la primera vez que le felicitaban sus días. Olvidado y perdido desde hacía diez años, este aniversario despertó violentamente en él las mejores memorias de su juventud. Recordó el tiempo en que semejante día era de regocijo público en Valtravers. Vióse entre la marquesa y el caballero, rodeado de todos los servidores que le ofrecían cordialmente sus votos y su amor. A estas imágenes dióle un vuelco el corazón; un sacudimiento eléctrico recorrió todo su sér; palideció su frente y humedeciéronse sus ojos. Magdalena, que no le dejaba de vista, levantóse y corrió á él, para aprovechar tan excelente movimiento. Apoyóse en su hombro, inclinó hacia él su virginal cabeza y, parecida á esa bella estatua del Louvre conocida bajo el nombre de Polimnia, ó más bien como ángel de la guarda espionando la resurrección del niño confiado á su vigilancia, permaneció unos instantes en actitud meditabunda y recogida. Pensando en lo

que había sido ella por él, y en lo que él había sido por ella, sintió Mauricio ablandarse por fin su alma endurecida. Esta vez, su orgullo, desprevenido, en lugar de irritarse, dobló la rodilla y se humilló ante virtud tanta. Ni una palabra perturbó esta escena conmovedora. La misma Úrsula permaneció muda. Pero cuando el joven, con un gesto demasiado brusco para no ser involuntario, cogió la mano de Magdalena llevándola vivamente á sus labios, no pudo Úrsula retener uno de aquellos gritos de admiración familiares en ella, como si su hermano de leche acabara de ejecutar la acción más bella del mundo. La velada terminó en el cuarto de Magdalena á la luz de la lámpara, en dulces pláticas. Hablaron de Valtravers, de la marquesa, del buen caballero, y también de aquella tarde de otoño en que por primera vez se habían encontrado, Mauricio á caballo y Magdalena, víctima de las fechorias de Perico, sentada en el césped y llorando. Complaciéronse los dos en resucitar todos los detalles de su llegada al castillo, la huerfanita dando el brazo al joven caballero y no sospechando que fuese su primo; el caballo siguiéndoles en libertad, y trasquilando los nuevos retoños; el claro iluminado por los fuegos del sol poniente; la alegría del joven cuando Magdalena había hablado del pequeño Mauricio; la verja del parque; las torrecillas del lindo castillejo surgiendo detrás de la cerca, y finalmente á los ancianos compañeros levantándose, en la meseta de la escalinata, para recibir á la extranjera. Placianse escuchando todos estos recuerdos que gorjeaban en su memoria como pájaros en dorada jaula. En Mauricio, atónito del en-

canto que saboreaba, dejábase oír aún el acompañamiento burlón de la romanza de Don Juan, pero á raros intervalos, débil y enseguida sofocado por el canto. Antes de retirarse hubo de convenir que la vida tiene sus buenos ratos y la pobreza sus fiestas, lo mismísimo que la fortuna. Ya en su cuarto, miró sin cólera los útiles de su oficio y con satisfacción el retrato de su padre; y luego se durmió en paz extraña, diciéndose que al fin y al cabo su prima y su hermana de leche eran dos buenas muchachas. Tranquilo y profundo fué su sueño. Despertado al apuntar el alba por la voz de Pedro Marceau que saludaba al día y oraba á Dios cantando y trabajando, saltó de la cama y emprendió resuelto su tarea.





XIII

QREER salvado á Mauricio, alegrarse y cantar victoria, figurarse que sólo le falta tender la mano para de nuevo coger la juventud y todos sus perdidos tesoros, sería exponerse á crueles equivocaciones y desconocer, al mismo tiempo, el pensamiento de Dios, que quiere que la expiación preceda á la rehabilitación y no permite que el hombre pueda volver á subir en un día la colina santa, desde cuya falda se dejó caer. Ruda es de trepar esa pendiente, y de algunos más fuertes que Mauricio sé que se han detenido á mitad

del camino, pálidos, magullados, quebrantados, mirando con mirada llena de espanto el largo trayecto que les faltaba recorrer. Verdad es que estos tales no tenían junto á sí un ángel que les sostuviera, que enjugara el sudor de su frente, y que les mostrara el sendero más corto y menos escarpado, por donde las almas caídas pueden remontarse á las celestes cumbres.

Tocaba á su fin el otoño. Avanzaba Noviembre, tiritando en su manto de escarchas, chorreando lluvias, con los pies en el barro y la frente en la bruma. Para comprender cuán sombría tristeza entraña esta estación, hay que encontrarse solo en Paris, pobre, sin familia, obligado á salir para ir á comer, con la perspectiva, al regreso, de la soledad sentada junto á un hogar avaro. Repuesto de su prevención contra la cocina de Úrsula, precisado por el rigor del invierno á reconciliarse con la vida de familia, había acabado Mauricio por resignarse a comer con su prima. Lejanas ya las puras emociones del día de su santo, costóle algún trabajo avenirse á esos hábitos burgueses. Sin embargo, cuando la brisa soplaba y la escarcha azotaba los cristales, no le desplacia pensar que su comida le esperaba, á dos pasos, en un cuarto calentito y bien cerrado, donde dos sonrientes figuras jamás dejaban de acogerle con ahínco. Para apreciar semejantes goces, no hay necesidad de ser un Grandisson.

Si bien, poco suntuosas, las comidas tenían lugar con bastante alegría. Mauricio aportaba generalmente el formidable apetito que debía al trabajo, y que le ha-

cia indulgente sobre la distribución del servicio. Úrsula conocía los gustos de su señorito y cifraba su gloria en confeccionar sus predilectos platos. Por su parte Magdalena suplía al lujo de los manjares con la gracia de su espíritu. Mauricio se dejaba subyugar difícilmente por tan poéticas ilusiones; sin embargo, de vez en cuando maravillábase aquel espíritu y aquella gracia á que tanto tiempo había pasado sin otorgar la más mínima atención. Así, todo marchaba perfectamente, durante la comida. Por desgracia, las veladas transcurrían con desesperante lentitud, no para Úrsula ni Magdalena, sino para Mauricio, que no sabía cómo matar el tiempo. Es de notar que las mujeres siempre tienen una ocupación ú otra, mientras que los hombres no hacen absolutamente nada desde que dejan de trabajar seriamente. Sentadas junto á la lámpara, Magdalena y Úrsula hacían correr la aguja ó el gancho; Mauricio, con las manos en los bolsillos, daba vueltas en derredor del cuarto, con aire fastidiado. Iba de una á otra, examinaba su labor, sentábase, se levantaba y volvía á sentarse. Aun entre las más bellas inteligencias no son inagotables los temas de conversación, y así me explico perfectamente que los hombres hayan inventado las cartas y el ajedrez para dispensarse de hablar cuando están reunidos. Desde el día en que entrara en el cuarto de su prima, con intento de ultrajarla, era Mauricio menos acerado en sus discursos. Más de una vez había retenido en sus labios trémulos el dardo, presto á partir. Sin embargo, por más que hiciese para dominarse y vencerse, exas-

perado por el aburrimiento que también tiene sus cóleras y sus arrebatos, raras veces terminaba su velada sin soltar alguna palabra amarga ú ofensiva. Más segura de su imperio, Magdalena en vez de inclinar la cabeza como en otro tiempo, contestaba entonces con dulce firmeza, en ese lenguaje encantador que habla la razón cuando la templan la gracia y la bondad. De vez en cuando Úrsula metía su cucharada, que no hubiera desaprobado la criada de Molière. Mauricio comenzaba por irritarse, no tardando en conservar un silencio enfurruñado, y algunas veces no podía menos de sonreírse.

A pesar de la angélica bondad, á pesar de las cariñosas atenciones de Magdalena, las veladas parecían aún muy largas á Mauricio. A menudo la conversaci3n se cortaba, reanudándose con alg3n trabajo. La joven, para combatir el tedio, hab3a suplicado á Mauricio que les leyese algo, á cual proposici3n se rebeló éste. En su existencia ociosa y disipada, pocas veces le hab3a ocurrido abrir un libro. En el seno de sus locos dispendios, hab3ase ocupado de caballos, de trenes, de mobiliario, sin pensar en pedir á la lectura un alimento para los momentos de ensueño ó de reflexi3n. Rechazada una vez, no por ello se desalentó Magdalena. Cierta noche, presentó á su primo una de las obras más simpáticas de la literatura inglesa: *El Vicario de Wakefield*. Sabido es con qué delicadeza, con qué conmovedora sencillez ha sabido Goldsmith, en este libro, narrarnos todos los goces, todas las angustias de la familia. Mauricio, en su profunda ignorancia, resistia-

se malhumorado á leer las primeras páginas. Preguntó á su prima si le tomaba por un chiquillo á quien se distrae con cuentos. Insistió Magdalena dulcemente y Mauricio, más por impaciencia, que por bondad, para desembarazarse de aquellas importunidades, comenzó la lectura de esta admirable relación. En la pintura de todos sus personajes, en la manera de moverse en escena, en el artificio con que las menores circunstancias se enlazan con la acción, encierra este libro tanta naturalidad y tanto interés, que es muy difícil dejarlo sin haber terminado su lectura. Mauricio, á pesar de su soberbio desdén por lo que él llamaba cuentos de vieja, no pudo resistir al atractivo de aquella epopeya doméstica. Ya sus diálogos cotidianos con Magdalena habían ablandado su corazón, disponiéndolo á recibir y fecundar tan preciosos gérmenes. Viendo las pruebas que se hallan reservadas á los destinos más oscuros, comprendió que hay lugar para las virtudes más elevadas, para las más heroicas abnegaciones en los estados más humildes. Acabó de un tirón, y dió gracias á su prima por el placer que le había procurado. Desde aquel día no se hizo más de rogar. Asombrado del encanto que experimentaba en sus lecturas, admiraba, sin confesarlo, la razón superior de Magdalena, dejábase guiar por ella y sentíase mejorar moralmente. Una vez cerrado el libro, cambiaban sus reflexiones y sentimientos; Úrsula tomaba parte en la discusión, y así llegaban al término de la velada sin haber contado las horas.

De vez en cuando venían Pedro Marceau y su mujer

á pasar su velada en la habitación de Magdalena, que había tomado vivo cariño por aquella familia. En el fondo de su corazón veía en Pedro Marceau el instrumento providencial de la rehabilitación de Mauricio; no podía olvidar que, á no ser por él, quizá hubiera aguardado Mauricio todavía largo tiempo la ocasión de decidirse á trabajar. Por su parte, Pedro y su mujer tampoco olvidaban que habían debido á la intervención de Magdalena el auxilio de Mauricio, en una circunstancia espinosa donde su porvenir se hallaba empeñado. De ello conservaban piadoso recuerdo, gratitud exaltada. Si bien se habían acostumbrado á sus maneras, acabando por estimarlo, Mauricio les intimidaba un poco aún; pero á Magdalena le profesaban un verdadero culto que casi rayaba en adoración. No les había sido difícil comprender que aquellos dos jóvenes, á quienes creían hermano y hermana, no estaban en su esfera; así, pues, con ese amable tacto que la educación no enseña, transpiraba en sus relaciones de vecindad un sentimiento de respeto y deferencia que en nada menguaba la sinceridad de su afecto.

Generalmente, cuando llegaban, dejaban acostados á los niños; pero en ocasiones, y á instancias de Magdalena que gustaba de verles junto á ella, los llevaban consigo. Mauricio había comenzado por quejarse de la intrusión de los Marceau; de la sangre aristocrática que tenía en sus venas el pobre mozo, sólo había conservado el instinto del orgullo y de la ociosidad. Cierta día, ante Magdalena, habló de ellos con desdén. Magdalena, que cada día se sentía más fuerte y que

no toleraba bromas sobre el particular, le miró por vez primera con severidad: «¡Bah!—le dijo—¡sois un ingrato! aun cuando ese buen Marceau no os hubiese despejado la senda del trabajo donde entrasteis, debíais enorgulleceros de estrechar la mano á un hombre que cerró los ojos á su padre y alimenta á su mujer y á sus hijos». A este reproche, bien merecido, Mauricio que, algunos días antes, hubiera dado un bote de cólera, ruborizóse y calló.

Una noche, estaba reunida toda la familia. Teresa, la mujer de Marceau, había traído su labor; sentadas en torno de la lámpara, trabajaban las tres mujeres hablando en voz baja. A corta distancia las observaba desde su silla Marceau, con la expresión benévola de la fuerza en reposo. De vez en cuando Teresa, sin dejar su bordado, le dirigía una mirada sonriente, y entonces el rostro del obrero destellaba más plácido gozo. De codos en la mesa, y apoyada la frente en una de sus manos, torturaba Mauricio con la otra las hojas de un libro que había traído, y cuya elección habría sorprendido no poco á Magdalena si hubiese podido adivinar la ponzoña que encerraba. Aquella noche tenía cierto aire de ángel rebelde, triunfante en el mal, que preocupaba singularmente á Magdalena. Con su habitual sagacidad, comprendió la joven que aquel libro absorbía toda su atención. Curiosa é inquieta, rogó á Mauricio que leyera en voz alta; y él obedeció enseguida.

Era una de esas novelas tan numerosas quince años há, y que afortunadamente van haciéndose más raras

de día en día. En ella se hablaba con desdén, casi con desprecio, del deber y de la familia. En cambio, exaltábase la pasión atribuyéndole una misión divina. En la tal novela, como en otras tantas publicadas á la sazón, el héroe, después de pisotear todas las ridículas preocupaciones de que se compone la educación, después de erguirse frente á la sociedad como un Ayax insultando a los dioses, ó más bien como un Solón que debía regenerarla con el ejemplo de su vida, después de sostener encarnizada lucha contra las instituciones, comenzaba á flaquear y á perder ánimo. Desesperando de los hombres y de las cosas, indignado contra una sociedad corrompida que se negaba á admitir las leyes de su orgullo y los oráculos de su genio, refugiábase, para castigarla, en el suicidio, como el postrero, el único asilo que quedara en la tierra para los grandes corazones y las almas bellas. Pero no queriendo confesarse vencido, intentaba todavía ocultar su derrota y su agonía lanzando al cielo y á la tierra un grito de furor y de reto. Todas esas lindezas que han constituido la admiración de una generación entera, estaban escritas en estilo hueco, sonoro y retumbante, algo parecido á aquellos trompos holandeses que el buen Caballero fabricaba en Nuremberg. Mauricio hallaba en aquel libro la imagen fiel de los pensamientos que durante largo tiempo le devoraran y que, aun cuando adormecidos, podían despertar todavía al menor soplo imprudente. Por ello su mirada animábase con sombrero y siniestro fulgor, y su voz adquiría por grados un acento amenazador y terrible. Habíase identificado

en tal manera con el héroe cuyas imprecaciones leía, que se imaginaba hablar por su boca; el genio del mal había vuelto á enseñorearse de su espíritu. Escuchábase Magdalena estremecida, Teresa con ingenuo asombro, Úrsula con aire un tanto chocarrero y Pedro Marceau con la expresión de una credulidad algo burlona. Cuando hubo terminado, dejó Mauricio el libro en la mesa y miró á su auditorio con aire de triunfo y curiosidad. Sus ojos parecían interrogarles.

—¡Qué farrago!—dijo Úrsula;—¡qué montón de locuras! ¿quién es ese bribón empeñado en regenerar el mundo y que no sabe gobernar su vida?

—¡Bah!—añadió Pedro Marceau;—¡triste héroe quien no encuentra nada mejor que matarse! Los hombres que valen algo, tienen siempre una misión que desempeñar; sólo se trata de elegirla apropiada á sus alcances. Yo no paso de ser un obrero, y estimo en mucho más el trabajo de mis dos brazos, que todas las grandes frases de ese libro fastidioso.

Teresa confesó ingenuamente que no había comprendido nada. Magdalena callaba y aplaudía con la mirada las palabras de Úrsula, de Marceau y de Teresa. Estupefacto por el singular éxito de su lectura, tomó el sombrero Mauricio y salió.

Sin embargo, aquella velada no fué perdida para él. A solas consigo mismo, después de haber soltado riendas á su cólera, después de haber calificado como puede suponerse á Úrsula, á Teresa y á Marceau, después de haber agotado contra ellos todos los epítetos que podían suministrarle el desdén y la humillación,

vióse inducido, quieras que no, á reconocer que habían abogado en pro del buen sentido. Más adelante, encontrando á menudo en la habitación de Magdalena á Marceau y á su mujer, y viendo su apacible calma y su ventura, aprendió á amarles. Los mismos niños, que en un principio excitaran su impaciencia y malhumor, despertaron en él una ternura inesperada. Tomábales sobre sus rodillas, cubríalos de caricias y entreveía, al besarlos, todos los goces de la familia.

De esta suerte, nuestro joven remontaba la cenagosa ola que le había arrastrado. Algunos esfuerzos más y alcanzaba la orilla, sacudía el fango de sus pies y se elevaba á las regiones serenas.

Aquella existencia laboriosa y retirada tenía sus distracciones y sus placeres: Mauricio y Magdalena iban de vez en cuando al teatro. Cierta noche fueron á la Ópera. Representábase el *Guillermo*. Mauricio, en sus tiempos de esplendor, no había pasado una sola velada en la Ópera sin aburrirse por completo. Entre los frívolos dicharachos de sus camaradas de locura, apenas había entrevisto lo que entraña de arrebatador la música, esa forma de la imaginación tan vaga, y, sin embargo, tan rica; nunca los acentos de una voz melodiosa le habían transportado á las regiones ideales de la pasión y de los ensueños. Actualmente, sentado junto á Magdalena, solo con ella, puesto que nadie, entre la muchedumbre que le circuía, le enviaba una mirada amiga, oía el último canto de Rossini como una lengua nueva cuyo sentido se revelaba á él por primera vez. Los primeros compases le conmovieron

deliciosamente, sintiéndose penetrado de entusiasmo y simpatía por tan bello poema. Los sollozos de Arnol- do, cuando se entera de la muerte de su padre, despertaron en él el recuerdo del suyo, muerto sin haber estrechado por última vez su mano desfallecida. El juramento de los cantones conjurados por la liberación común, despertó en su corazón una fibra muda hasta entonces: el amor á la patria y á la libertad. Todos los pensamientos santos se dan la mano: cuando uno de ellos se ha enseñoreado de nuestra conciencia, llama á sus hermanos con misterioso signo, y les fran- quea la puerta de su nuevo dominio. Mauricio no pudo menos de infligirse tristes y severos cargos. Pregun- tóse qué había hecho por su país, y qué por su fami- lia. Cambiaba con su prima raras frases; pero, por el sonido de su voz, por su distraído mirar, sobrado comprendía Magdalena que su pensamiento no esta- ba en sus labios, y temiendo distraerle, no le habló más.

Regresaron los dos, á la luz de las estrellas, depar- tiendo sobre sus emociones. Oyendo á Magdalena, descubría Mauricio nuevos manantiales de admiración que le pasaran inadvertidos. Ya en su hogar, domina- do por la impresión profunda de la ópera, no dejó á su prima para irse á su cuarto; abrió la ventana y per- maneció unos instantes contemplando el cielo, cuya serenidad había descendido hasta su corazón. Des- pués, fué á sentarse junto á la joven alemana, quien para coronar dignamente la velada, le suplicó que le leyera el *Guillermo Tell* de Schiller. Obedeció gozoso.

Apenas hubo leído algunas páginas, su voz, transformada como por encanto, adquirió un acento de unción que Magdalena escuchaba enagenada. A medida que avanzaba en el relato de esa maravillosa liberación de todo un pueblo, parecía transfigurarse. En su frente lucía dulce destello y animaba sus ojos celeste esperanza. El hombre antiguo se desvanecía y Magdalena contemplaba orgullosa al hombre nuevo que ante sí tenía. Fecunda debía ser aquella velada.

Comprendiendo la extensión de sus deberes, no se engañó Mauricio sobre la entidad de sus fuerzas, pues Magdalena poseía el arte de excitarle y retenerle alternativamente. No se exageró, pues, la importancia de la misión que le incumbía desempeñar. Demasiadas gentes ¡Dios sea loado! créense llamadas á gobernar las riendas del Estado; Mauricio tuvo el buen sentido de no querer engrosar su número. Mantúvose prudente en su sitio, comprendiendo que no á todos es dado conducir los negocios públicos, pero que el deber de todos es interesarse por ellos. Desde aquel día siguió con ardiente solicitud la marcha de los acontecimientos y su corazón no estuvo ya cerrado á esos sentimientos de honor y gloria de que tanto se mofara en otro tiempo.

Gracias á su trabajo, gozaba ya Mauricio de cierto bienestar. En épocas más felices, Magdalena había estudiado la música y sabía cantar con gusto y expresión. No lo olvidara Mauricio, y como para dar gracias á su prima por los cuidados que le había prodigado, y, sobre todo, en reconocimiento de la paciencia angé-



También Mauricio se complacía.

lica con que había soportado su cólera y su dureza, le compró un piano. Fué una solemnidad para Magdalena; y este obsequio inesperado dió nueva vida á sus reunioncillas familiares. A menudo Magdalena veía á su lado á Pedro Marceau, á su mujer y á los niños escuchándola con éxtasis. También Mauricio se complacía.

Cierta noche, hallábanse los dos solos; Magdalena hojeaba un cuaderno colocado sobre el piano; era una colección de melodías de *Schubert*; eligió una de las más bellas y patéticas: la *Despedida*. Lo que más me agrada en estas composiciones, es que no se avienen con la mediocridad. Interpretadas fielmente nos extasián ó nos arroban en dulces sueños; cantadas sin inteligencia, con exactitud puramente literal, nos causan profundo tedio. Es una piedra de toque que raras veces engaña: para conmover y encantar con las melodías de Schubert no basta saber de música; es menester un alma de poeta. Magdalena comprendía y sentía profundamente aquel genio divino y sabía expresar con sencillez lo que sentía. No era muy voluminosa su voz, pero tenía penetrante timbre, y no se la oía sin emoción. Cantó la *Despedida* con tan conmovedora melancolía, que Mauricio quedó enternecido.

Levantó los ojos hacia ella y por primera vez de su vida comprendió que era hermosa; no porque ofreciese á la estatuaria un tipo completo de perfección, según ya dije, sino porque su alma celeste irradiaba en sus ojos; sus melódicos labios tenían una gracia que ninguna palabra hubiera podido traducir. Hasta

entonces Mauricio no había separado la belleza de la voluptuosidad; confundía la admiración con el deseo; ¿sabía acaso lo que era admirar? Un sentido nuevo acababa de abrirse en él. Contempló á Magdalena con éxtasis casi religioso, como peregrino arrodillado á los pies de una *Madona*.





XIV

A sí se realizaba el sueño que acariciara la marquesa pocas horas antes de expirar: desde el fondo del abismo donde había caído, remontábase Mauricio poco á poco á la claridad del día, gracias á Magdalena que le tendía la mano. Ya sentía refrescados sus cabellos por el viento de las altas regiones; aspiraba el perfume de las cumbres vecinas, y oía confusamente las voces de su juventud celebrando en cánticos su regreso.

En su rostro asomaba ya el signo glorioso de la rehabilitación. Sus rasgos, tanto tiempo torturados y marchitos prematuramente, llevaban el sello de dignidad que imprime infaliblemente el trabajo en la frente de los hombres de valor y de buena voluntad. Sus ojos, empañados por la disoluta vida, habían recobrado su limpidez; sus labios, antes contraídos por la cólera y siempre dispuestos á disparar la flecha envenenada, distendidos ora como arco en reposo, no expresaban ya sino benevolencia. Hasta el timbre de su voz se había dulcificado. Por último, cuando caminaba al lado de su prima, recobraba Mauricio el andar de sus años juveniles. Operábase en él una segunda primavera, ornada tal vez de menos gracias que la primera, pero fecunda en promesas más seguras y rica ya con los tesoros del verano. ¡Ay! no sin esfuerzos había llegado á este punto el pobre mozo. ¡Cuántas veces, ensangrentado el pie, y bañada en sudor la faz, no se paró desalentado á la orilla del camino! ¡Cuántas veces, tropezando cerca de la meta, no se sintió resbalar á lo largo de la pendiente que con tanta pena había trepado! A menudo, en una hora de rebeldía ó desaliento, había perdido el fruto de varios meses de luchas y fatigas. A menudo, en el momento en que la buena semilla comenzaba á germinar en su corazón, una tempestad terrible, imposible de prever, había anonadado la esperanza de la cosecha. Pero Magdalena velaba por él. Paciencia angélica, solicitud infatigable, le sostenía, le levantaba, le alentaba, y sembraba de nuevo el corazón que la tormenta había devas-

tado. Después, arrodillada en su cuarto, oraba con fervor porque, tan piadosa como bella, pensaba que la criatura nada puede sin auxilio del Creador, y que las más nobles empresas no pueden prescindir de una sonrisa del cielo.

Dios, que lee en los corazones, había bendecido ya su tarea. Llegó una hora en que aquel alma santa sólo se exhaló en acciones de gracias. Ese Mauricio, á quien hemos conocido desengañado de todo, burlón, acerbo, despiadado, ya no existía; Magdalena lo había transformado en hombre nuevo. Si de tarde en tarde reaparecía el hombre antiguo, era sólo un pálido fantasma que la joven conjuraba al momento con un gesto ó una mirada; si el borrascoso pasado se reanimaba y mugía á largos intervalos, sólo era el ruido sordo del rayo que se aleja cuando el cielo vuelve á serenarse.

Mauricio ya no sentía tristeza ó mal humor que pudiese rebelarse contra una palabra de su prima; la misma Úrsula, que durante tanto tiempo le irritara, ahora le distraía y á veces le comunicaba su alegre humor. Si por azar le acontecía evocar sus tiempos de desencanto, la buena muchacha, con su natural buen sentido, le volvía á la razón con alguna ocurrencia lemosina; y él, en vez de enojarse, poníase á reír con ella.

Había llegado á morder con avidez los frutos de la realidad que antaño rechazara con asco. Acre es su sabor; pero al fin acaba por gustar. Comprendía que en el cumplimiento de un deber, por humilde y mo-

desto que sea, hay más grandeza verdadera que en esa filosofía de lacayo consistente en negar ó despreciar todo lo que realza la naturaleza humana. Comprendía también que la vida es dulce mientras es útil, y que salvo raras excepciones, sólo se suicidan los egoístas ó los impotentes. Hijo de un siglo impío sentía, bajo la influencia de su ángel bueno, despertar en él la esperanza y la caridad. No creía, pero esperaba y hubiera querido creer. En el interin, convenía de buen grado con Magdalena que nada se arriesga en este valle obrando de conformidad con las verdades que la religión enseña.

Ya no velaba á su cabecera el suicidio; las personas que trabajan desde el amanecer á la puesta del sol, duermen de noche y no piensan en saltarse la tapa de los sesos. Aquellas famosas pistolas, que en otro tiempo le inspiraran tan bellas frases, habíalas vendido para regalar flores á su prima en sus días. A la vez que su corazón, habíase elevado su espíritu. Amaba las artes; leía los poetas. Lo mismo que su padre en Nuremberg, había aprendido á conocer la realeza de la inteligencia. Testigo atento del movimiento que á la sazón se operaba en las ideas, acogía con indulgencia, y á veces con entusiasmo, todas las utopías generosas que en otro tiempo sólo excitaban su cólera ó su desdén. Si conservaba implacable rencor contra esa democracia baja, envidiosa, hipócrita, amiga del pueblo porque es enemiga de toda superioridad, si detestaba profundamente á los charlatanes que mercadean con el socialismo y la filantropía,

veneraba las almas desinteresadas que abrazan con abnegación sincera la causa del trabajo y de la pobreza.

No vaya por ello á creerse que ya no tuviese Mauricio sus días malos. Aún tenía algunos de desesperación y abatimiento. De vez en cuando volvía á abrumarle con todo su peso la carga de sus faltas; á veces el espectro de su juventud mancillada se le aparecía bruscamente llenándole de mudo espanto. Es castigo de los seres que vivieron mal, arrastrar largo tiempo tras de sí, hasta en el seno de una vida mejor, la sombra maculada de su pasado. Consternado, extraviado el mirar, el desventurado veía desfilas ante sí el sombrío cortejo de sus recuerdos: su padre abandonado, el dominio de sus antepasados vendido en pública subasta, el destino de Magdalena entregado á las contingencias del azar; y luego seguía, como una prostituta, la imagen de los postreros años que devoró la disolución.

Aplastado bajo su propio desprecio, demasiado orgulloso para pedir á las efusiones del arrepentimiento el alivio de su conciencia, encerrábase entonces Mauricio en huraño silencio; sin exhalar un grito; como el hijo de Lacedemonia, dejábase roer el pecho. Pero Magdalena estaba siempre allí, inquieta, vigilante, sin perderle de vista, espiondo todos los movimientos de su alma. Sabía, mejor que Mauricio, lo que en su alma pasaba. En tales días de decaimiento y de melancolía taciturna, multiplicaba sus atenciones piadosas y conmovedoras con ingeniosa ternura. Po-

seía adorables secretos para aflojar y ablandar aquel corazón dolorosamente replegado sobre sí mismo, para abrir en él la fuente de las efusiones y para dar salidas misteriosas á las olas que le oprimían. Ora sentada junto á su primo, cual joven madre, le hablaba con dulce y suave acento, y al oirla sentía Mauricio correr sobre sus heridas cariñoso hálito; ora se sentaba al piano, y cómo Orestes á los acentos de su hermana Electra, Mauricio, al escucharla, sentía apaciguarse sus remordimientos. Insensiblemente apoderábase de él la emoción. Bajo el hechizo siempre creciente, su corazón estaba próximo á fundirse; y al fin brotaban de sus ojos raudales de lágrimas. Las lágrimas son divinas; es el rocío celeste que lava nuestras manchas. Con ello acabó Mauricio de purificarse.

Exceptuando estos días, que cada vez iban siendo más raros, deslizábase el tiempo en horas deliciosas. Los dos años que Mauricio había empeñado de tan mala voluntad en manos de su prima, habían expirado hacia varios meses, y sin embargo no pensaba en reclamar su libertad. Después de haberle tomado gusto al trabajo, se había apasionado por su arte. No le escapeaba la tarea; por mediación de Pedro Marceau, que le profesaba una amistad, una abnegación á toda prueba, los encargos venían á encontrarle, sin que los solicitara. Mauricio lograba en la escultura en madera casi tanto éxito como había alcanzado su padre en el boliche y en el casca-nueces. Por su parte Magdalena ya no se hallaba reducida á pintar pantallas ó cajas de thé; sus miniaturas eran muy buscadas, sobre todo.

en los salones aristocráticos donde había corrido la voz de que un hijo de noble familia y su hermana, arruinados por un proceso, vivían pobremente de su trabajo, en unos sotabancos de la calle de Babilonia. Era más de lo menester para ocupar é interesar á un mundo aburrido que acecha ávido ocasiones para distraerse.

Después de haber padecido pobreza, Magdalena y Mauricio gozaban por fin el bienestar que corona, sin falta, los esfuerzos de la voluntad, cuando ésta tiene por auxiliares el sentimiento del orden, la sencillez en los gustos y la modestia en las ambiciones. Hubieran podido dejar su buhardilla é instalarse con más elegancia, ó cuando menos buscar dos nidos no tan altos. En ello había pensado Mauricio. No porque deseara para él una habitación más suntuosa: amaba su cuartito, habiendo reconocido la verdad de aquellas palabras: «que las paredes que nos ven trabajar, soñar, esperar, son siempre las paredes de un palacio». El cuartito que le viera regenerarse por el trabajo y la resignación había venido á ser para él como un santuario que no hubiera abandonado sin dolor; pero este joven, tan brusco y duro en otro tiempo, preocupábase del bienestar de Magdalena con la solicitud de un hermano. La desventura de su vida era no poder devolver á su prima la fortuna que había perdido. Así pues en distintas ocasiones le había ofrecido un albergue más vasto y cómodo, en un barrio menos apartado. A lo cual contestaba Magdalena:

—¿A qué cambiar nuestra existencia, si con ella

somos felices? La dicha tiene sus hábitos; guardémosnos de tocarlos. Verdad es que vivimos algo cerca del cielo, pero respiramos aires puros; verdad es que habitamos un barrio desierto, pero tenemos un parque frente á nuestras ventanas; en lugar del ruido de los coches, nos despierta cada mañana el gorjeo de los pájaros. Nuestros cuartos son pequeños; pero el invierno lo pasamos más abrigados. Creedme, amigo mío; sigamos en nuestras buhardillas; ingratitud sería abandonarlas.

Si Mauricio insistía aún para reposo de su conciencia, aplaudía en secreto los razonamientos de su compañera. Continuaban viviendo como antes; pero, eso sí, complacíase Mauricio en embellecer el humilde albergue de su prima, mientras Magdalena no tenía mayor gozo que ornar el cuarto de Mauricio con todos los objetos de arte que le seducían. Ambos trabajaban uno para otro; así, sobre todo, es dulce el trabajo.

Vivían retirados, sin más relaciones que los buenos Marceau. Encantadas por la gracia y la elegancia de toda su persona, algunas bellas damas, cuyo retrato había hecho, se esforzaron en atraer á Magdalena; mas la joven supo resistir á estas obsequiosas atenciones que, á la verdad, sólo eran hijas de un sentimiento de curiosidad. Manteníase apartada; y era tal la serenidad de su espíritu, que jamás Úrsula y Mauricio la oyeron exhalar una queja ni siquiera un gemido en recuerdo del hermoso dominio que un proceso le arrebatara. Raras veces hablaba de tan malhadado asunto, y aun lo habría recordado con alegría, á no haber-



Eran sus fiestas más gratas.

se tratado del patrimonio de Mauricio. En este punto, la resignación de Mauricio era menor. No podía pensar sin remordimientos y sin amargura en aquel castillo donde nació, donde murió su padre, y que él había perdido por su culpa. A menudo su corazón se volvía con tristeza hacia Valtravers. Querer que no hubiese sido así, sería exigir demasiado de la resignación humana, sería también exagerar demasiado las delicias de la buhardilla, los encantos de la escultura en madera. En cuanto á Úrsula, nada echaba de menos, ni deseaba nada. Cantaba alabanzas de Mauricio y repetía en voz más alta que nunca, que era un ángel, un ángel del cielo, un ángel del buen Dios.

—¡Bah! ¡bah!—decía á veces Mauricio bondadosamente;—demasiado sabes que si hay un ángel aquí, no somos tú, ni yo, gran bestia!

A estas dos últimas palabras, que en todo tiempo habían sido la más alta expresión del afecto de Mauricio por su hermana de leche, deshaciase Úrsula en llanto, estallaba en sollozos, y gritaba que Mauricio era un arcángel. Durante la plácida estación, después de haber trabajado toda la semana, al llegar el domingo emprendían los tres el vuelo hacia la campiña, en cuanto Úrsula y Magdalena habían oído la misa primera en la iglesia de las Misiones Extranjeras. Eran sus fiestas más gratas. Pasaban el día en los ribazos, en el fondo de los valles, comiendo á la ventura y regresando llenos de júbilo. De esta suerte volvió Mauricio á ver, con su linda prima, aquellos bosques de Lucienne y del Celle donde, dos años antes, paseara

sus proyectos de suicidio. Bajo los castañares que había llenado con el duelo de su alma, á orillas del lago orlado de álamos y pobos, donde se le apareciera la muerte, oía la vida cantando en su seno.





XV

ACONTECIÓLE no obstante á nuestro joven sentirse poseído de extraño malestar. Desde algún tiempo, experimentaba junto á Magdalena una turbación inexplicada. Hubiéraisle visto, alternativamente palidecer y ruborizarse bajo una de sus miradas, y estremecerse al sonido de su voz. Por las noches, mientras ella bordaba, pasábase horas enteras contemplándola silencioso, y no con el aire hosco ó burlesco que gastaba en otro tiempo. Al entrar en el cuarto de su prima, afluía toda su sangre al corazón. Si Magdalena

entraba en su cuarto, la recibía con la perplejidad y timidez de un muchacho. A veces lloraba sin acertar con la causa de sus lágrimas. A todas horas y hasta durmiendo oía el rumor apenas perceptible de un trabajo encantado que se operaba en torno suyo. ¿Qué era aquello?

Por mediación de Marceau había obtenido Mauricio el encargo de una figura de gran tamaño. Tratabase de una Santa Isabel de Hungría que un rico *baronet*, fiel á las tradiciones de su familia, profundamente católica, destinaba para decorar el oratorio de uno de sus castillos en el Lancashire. El joven artista aceptó este encargo con tanto mayor ahínco, cuanto que su madre había tenido el nombre de esta santa y él confundía a las dos en un mismo sentimiento de veneración.

Sin embargo, á pesar del saber muy real y positivo que debía á las lecciones de su padre, á pesar de la destreza con que manejaba el cincel, en el momento de atacar la encina sintióse poseído de verdadera desconfianza. El que hasta entonces se burlara de todas las dificultades con un atrevimiento que podía tacharse de presunción, vacilaba, no osaba descantillar la madera, asombrándose de su timidez, pues ignoraba todavía que la desconfianza de sí propio es el signo del verdadero talento. Evocó el recuerdo de todas las figuras esculpidas que había visto en las iglesias; ninguna de ellas realizaba el ideal de una reina y de una santa, ninguna tenía la nobleza y castidad que el personaje requería.

Urgía el tiempo. Esbozó desde luego el ropaje y las manos. La ambición de producir al fin una obra capaz de sentar su fama y de merecer los sufragios de su prima sostenía su valor y al propio tiempo le hacía más severo para consigo mismo. Nunca quedaba satisfecho del pliegue que acababa de terminar, nunca le parecía que la tela tuviese bastante suavidad, ni el movimiento del cuerpo bastante gracia. Las manos le entretuvieron largo tiempo; esforzose en darles una elegancia regia. Así se elaboran las obras maestras; la muchedumbre que las admira no sospecha ni por asomo el trabajo que exigieron. Cuando llegó el punto de comenzar la testa, aumentó su irresolución. Empezó sin embargo la tarea y en breve el cincel obedeció al impulso de una idea misteriosa. La frente se redondeó sin esfuerzos, y los ojos modelándose como por encanto, dulcemente abrigados bajo la sombra de las órbitas, expresaron el arrobamiento de un alma en oración. Los labios, llenos de indulgencia y bondad, entreabrióronse como para dar paso al embalsamado hálito; los cabellos, divididos sobre la frente en dos mitades, trenzados sobre las mejillas y alzados por encima de las orejas, formaron gracioso marco al óvalo de la faz. Después de unos instantes de muda contemplación, retocó Mauricio lentamente, con secreta complacencia, todas las partes que le parecían modeladas con incompleta precisión. Afiló las alas de la nariz, que no encontraba suficientemente delgadas, y suavizó el arco de las cejas, que no le parecía suficientemente majestuoso. Por fin, soltó el cincel

y retrocedió algunos pasos para así juzgar mejor su obra.

En esto entró Magdalena, y no le costó trabajo reconocerse. Palmoteó dando muestras de cándido regocijo, mientras Mauricio, confuso, perplejo, no sabía qué hacer, y se ruborizaba como muchacha cuyo primer secreto acaban de descubrir. Buscando el modelo que debía guiarle, había percibido en su corazón la imagen de Magdalena, y sin sospecharlo, sin quererlo, ni siquiera pensarlo, había interpretado fielmente los encantadores rasgos de su prima. Aquello fué para él un fulgor vivísimo; pero extinguido casi al momento. ¿Qué podía comprender de esos castos preludios del amor, él, que hasta entonces sólo había conocido la embriaguez grosera y los desbordamientos de la pasión? Sin embargo, á partir de este día, el extraño malestar que experimentaba fué progresando, y la serenidad de su alma quedó trastornada más profundamente de lo que él mismo hubiera osado decir, ni aun confesarse.

Esta figura de Santa Isabel debía aportar á su vida una tormenta muy distintamente pavorosa, sin sospechar él ni remotamente que iba á decidir de su porvenir entero.

La figura estaba todavía en su taller; hubiérase dicho que Mauricio no podía decidirse á desprenderse de ella. Cada vez que había llegado un recado del rico baronet, encontraba algún pretexto para aplazar la entrega. Según él, quedaba siempre algún detalle imperfecto, que exigía la intervención del cincel. La ver-

dad es que el artista no retocaba ya su obra, contentándose, como Pígmalión, con mirarla. Cierta mañana presentóse en persona el mismísimo baronet. Alto, delgado, esbelto, de azules ojos, blanco cutis, barba y cabello rubios, era joven todavía, aparentando menos edad que Mauricio, si bien en realidad tenía algunos años más. Sencillo y de buen gusto, su traje, de pies á cabeza, era de irreprochable elegancia. Entró friamente; saludó con aire distraído; después, sin preocuparse en lo más mínimo del amo del hogar, se dirigió hacia la escultura de Santa Isabel. Permaneció unos instantes contemplándola en silencio, de pie, inmóvil, ligeramente inclinado, con el lente en una mano, y el bastón y el sombrero en la otra.

—No me habían engañado—dijo al fin, sin volver la cabeza y como hablando para sí;— es el ideal que yo soñaba; es obra de un grande artista.

Dicho esto, abrió el gentleman una carterita que había sacado del bolsillo de su levita, y tomando un puñado de billetes de banco, los dejó negligentemente sobre la mesa.

—¡No, caballero, no!—exclamó Mauricio.—Si usted lo permite, quedaremos en el precio convenido. Recoja usted sus billetes. Por lo demás, esa sería generosidad inútil, pues si quisiera usted pagar esta figura en el precio que yo la estimo, no bastaría su fortuna entera.

A estas palabras, Sir Edward (así se llamaba el gentleman) fijó por vez primera los ojos en el escultor. Aun cuando Mauricio vestía su blusa, la blancura de sus

manos, la pureza de líneas de su rostro, la altiva actitud de aquel joven en cuya frente el trabajo había restablecido la marca desvanecida de su raza, demostraron al baronet que no era un obrero vulgar. Comprendiólo tanto más fácilmente, cuanto él mismo, por la elevación de sus facultades, se distinguía de la generalidad de los ricos. Algo confuso y turbado, no quiso despedirse sin haberse hecho perdonar su entrada por demás británica. Sentado familiarmente en el borde de la camilla que servía á la vez de lecho y sofá, conversó con Mauricio, dando pruebas de una gracia muy rara en los hijos de la Albión. Le habló de su arte con gusto, como aficionado y apreciador. Reservado en un principio, frío y silencioso, el joven artista dejóse cautivar poco á poco por la exquisita sencillez de aquel lenguaje y aquellas maneras. En aquel cuartito, junto á aquel banco, entre pedazos de encina y virutas que tapizaban el piso, departieron los dos como en un salón.

Por un cálculo de vanidad involuntario, mientras el uno se esforzaba en probar que no siempre había vivido con el trabajo de sus manos, y que no era extraño á ninguna de las elegancias de la vida opulenta, esforzabase el otro en mostrar que, no obstante su riqueza, comprendía todo el valor del trabajo y de la inteligencia. Así versó también su conversación sobre asuntos importantes. Escuchando á Mauricio, no tardó en convencerse sir Edward de que se las había con uno de sus iguales. Oyendo á sir Edward, comprendió Mauricio que la pobreza no tiene el privilegio de la

sabiduría, y que todas las condiciones de la vida, desde la más elevada á la más humilde, encierran enseñanzas fecundas para las almas que saben aprovecharlas.

Volviendo á la figura de la santa duquesa de Turingia, contó el baronet que su madre había llevado el dulce nombre de Isabel, los breves días que pasó en este valle. Mauricio dijo á su vez que su madre, fallecida joven, había tenido el mismo nombre, y esta coincidencia, por exigua que su importancia fuese, estableció entre ambos una corriente de simpatía. En resumen, á las dos horas de conversación, separábanse muy complacidos uno de otro y casi amigos.

No debía limitarse aquí este principio de intimidad. Rico sin infatuación, grave sin tiesura, expansivo, afectuoso, agudo cuando lo requería el caso, era sir Edward uno de esos ingleses que á veces encuentra quien nació bajo venturosa estrella. Pasaba generalmente por original, y lo era en efecto. Espiritu elevado, carácter leal, corazón generoso y caballeresco, tipo de abnegación, poseía sobre todo en alto grado ese sentimiento que lleva á las almas delicadas á disimular las ventajas que les procuró el azar ó la cuna y que pudieran llamarse: el pudor de la riqueza. Más afortunado, más fuerte que Mauricio, había atravesado las borrascas de la juventud sin desprenderse en nada de su pureza nativa. El naufragio de sus ilusiones no le había apartado de su senda; ni se creyera autorizado, como Mauricio, por algunos desengaños vulgares para insultar á la humanidad. Aprendiendo á conocer á los

hombres, no se creyera obligado á odiarlos ni á despreciarlos. Con la experiencia del sabio, poseía el entusiasmo del poeta, y el candor y la ingenuidad del niño.

Por raro privilegio, reunía dos facultades que por desgracia parecen excluirse: sabía como los que ya no pueden amar, y amaba como los que todavía no saben. Además, había fecundado su inteligencia por el estudio y los viajes. Dotado de vivo instinto de lo bello en las artes, honraba al talento, y profesaba culto al genio. Desde varios años á entonces, pasaba en París el invierno, en la intimidad de algunos artistas selectos. El mundo le atraía poco; encontrábasele menos á menudo en los salones, que en los talleres.

Volvió con frecuencia á casa de Mauricio. Llegaba poco después de mediodía. Con buenos cigarros que no eran de estanco, sentábase en la esquina del lecho y fumaba mientras Mauricio de pie, ante su banco, tallaba; sin dejar de hablar, la encina ó el nogal. A veces sir Edward se levantaba para dar un vistazo á la obra; y otras veces Mauricio interrumpía su tarea, encendía un cigarro y se sentaba junto al baronet. De esta suerte acabó por cimentarse entre los dos una afección sincera. Mauricio había llegado insensiblemente al terreno de las semiconfidencias. Si se callaba prudentemente sobre los desórdenes de su vida pasada, hablaba con efusión de su hermana, que trabajaba bajo el mismo techo. De índole tierna, y organización poética, complaciase sir Edward en los relatos de aquella fraternal existencia; pero, por más deseos que



Volvió con frecuencia á casa de Mauricio.

tuviese de conocer á la hermanita, su discreción le había impedido rogar á Mauricio que le presentara á ella; y ¡cosa extraña! á pesar del sincero afecto que profesaba á sir Edward, guardaba Mauricio sobre este punto absoluto silencio, como si presintiera que se trataba de la ruina de su felicidad. ¡Ay! nadie escapa á su destino. Cierta tarde en que el baronet estaba en el cuarto de Mauricio, entró Magdalena. Su primo la había hablado más de una vez de su nuevo amigo, y la joven, regocijada al ver que iban retoñando uno á uno los bellos sentimientos en un corazón tanto tiempo devastado, había dado alas á esta amistad naciente.

En presencia de sir Edward mostróse Magdalena como naturalmente era; sin embargo, con ánimo de complacer á su primo, y comprendiendo con una sola mirada que el nuevo amigo era digno de toda su confianza, hizo, como comunmente se dice, mayor gasto del que tal vez exigía una primera entrevista. Retiróse al cabo de una hora, dejando arrobado á sir Edward.

—Tenía usted razón, amigo—exclamó con entusiasmo en cuanto hubo salido la joven,—tenía usted razón al ensalzar los atractivos de su hermana, y aun encuentro que hablaba usted muy friamente de tantas gracias y virginales seducciones. Jamás alma más pura iluminó rostro más suave. Comprendo que le sea á usted fácil crear obras maestras: la belleza del modelo explica el genio del artista. Amigo mío, la fortuna le ha tratado á usted menos duramente de lo que me figuraba, toda vez que le ha dejado un tesoro de tal precio.

Largo rato hubiera podido seguir hablando así, sin riesgo de que le interrumpiesen. Mauricio torturaba un trozo de madera, y ni siquiera parecía oír lo que le decía sir Edward. Aquel mismo día, durante la cena y el resto de la velada, sólo se trató del baronet en el cuarto de Magdalena. Por la elegante sencillez de sus modales, por las delicadezas de su lenguaje, por la elevación natural de sus ideas, habíase captado sir Edward las simpatías de la joven, que no lo negaba y felicitaba á su primo por semejante intimidad. Las mujeres que nos aman, poseen un instinto maravilloso para medir y apreciar de una ojeada el valor y la sinceridad de las amistades que nos rodean. Más aún. Úrsula, que había encontrado al gentleman en la escalera, no se cansaba de hablar sobre su buen talante y negábase á creer que fuese un inglés. Por último, Pedro Marceau, que pasaba su velada en la habitación de Magdalena y conocía de mucho tiempo á lord Edward por haber ejecutado en su hotel varias obras de ebanistería, refirió de él algunos rasgos de generosidad, que parecieron hacer viva impresión en la imaginación de la joven alemana, mientras Úrsula exhalaba gritos de admiración y enternecimiento. En medio de aquel concierto de alabanzas, no permanecía mudo Mauricio. Y no obstante sufría, sin que procurase explicarse la causa de tal malestar. Sufría sin saber por qué, como las plantas al aproximarse la tempestad, aunque el cielo esté sereno y ninguna nube aparente enturbie su limpidez.

Desde aquel día, sir Edward tuvo entrada en la ha-

bitación de Magdalena. Cortas y raras al principio, volviéronse sus visitas insensiblemente más largas y frecuentes. Presentábase durante el día, y á menudo volvía por la noche. Magdalena lo recibía con solícita benevolencia, sin disimular la satisfacción que experimentaba. Observábala Mauricio con inquietud, y á veces, sin saber por qué, los espiaba con mirada celosa. Horas había en que el pobre mozo sentía contra su amigo una sorda irritación que no atinaba á explicarse. En breve creyó notar que su prima era más reservada con él, y más expansiva con el extranjero. Había observado ya que el baronet no hablaba más del viaje que tenía por costumbre hacer cada año en aquella época. Una noche atrevióse á interrogarle sobre su próxima partida; el baronet respondió que no partiría, y Mauricio creyó ver que Magdalena le agradecía la contestación con una sonrisa. Este hondo malestar, este sufrimiento acabaron, á la larga, por revestir un carácter serio y alarmante. Mauricio buscaba la soledad, perdía la afición al trabajo; un mal desconocido le quebrantaba y consumía. Lo más raro en todo ello es que Magdalena, tan vigilante en otro tiempo y tan perspicaz, no parecía advertir los nuevos cambios que en su primo se operaban. Hubiérase dicho que la joven sólo tenía ojos para sir Edward.

Cierta mañana, encontrándose sentado al borde de su cama, triste, abatido, calenturiento, interrogándose con espanto, vió Mauricio entrar en su cuarto al gentleman, más serio que de costumbre. Fué á sentarse sir Edward á su lado, y sin despegar los labios, púso-

se á trazar círculos en el suelo con la contera del bastón, como quien tiene que decir algo importante y no sabe por dónde empezar, mientras Mauricio le examinaba ansioso, cual si hubiese adivinado que la tempestad, cuya influencia sufría desde hacía un mes, iba á estallar sobre su cabeza.

—Mauricio—dijo por fin sir Edward con esa amable perplejidad que tan bien sienta en la riqueza cuando se dirige á la pobreza;—antes de conocer á su hermana de usted, la amaba ya. Hablándome de ella, me había enseñado usted á amarla y yo me complacía en mezclarla con usted en un mismo sentimiento de cariño y respeto. La conocí, y este sentimiento no tardó en trocarse en amor. ¿Y cómo no? Sea usted mismo juez; si esa amable joven no hubiese sido hermana suya, ¿hubiera podido usted verla y no adorarla? Nobles jóvenes: nada sé de la familia de ustedes ni de sus destinos; pero los he visto vivir y esto me basta. Por la manera con que ha sobrellevado usted el infortunio, me ha probado que es usted digno de la opulencia; por mi parte, creo haber demostrado que no soy demasiado indigno de la pobreza. Amigos somos, Mauricio; ¿quiere usted que seamos hermanos?

Más pálido que la muerte, dejó caer Mauricio una mano helada entre las del baronet.

—Sir Edward—contestó con voz alterada que se esforzó en aparentar tranquila—las palabras que acabo de oír nos honran por igual á los tres; crea usted que me conmueven profundamente; pero Magdalena, pero mi hermana... sin duda corresponde á usted... ¿tiene

usted su consentimiento? ¿ha sorprendido usted al menos el secreto de su alma?

—No, amigo mío, no; no sé si soy amado—respondió modestamente sir Edward;—mas creo firmemente en la fuerza de atracción del verdadero amor, y me digo que tal vez, mediante una ternura perseverante y una abnegación sin límites, logrará mi corazón alcanzar la ternura del corazón elegido.

—Pero Magdalena, sir Edward, Magdalena sabe que usted la ama?

—No creo que me vea con desagrado; sin embargo, nunca mis ojos, ni mis labios la han hablado de mi amor. Antes de implorar su asentimiento, he creído de mi deber y de mi lealtad comenzar por solicitar el de usted.

—¡Muy bien!—dijo Mauricio, tendiendo á su vez la mano á sir Edward.—No he aguardado hasta ahora para saber lo mucho que usted vale; desde largo tiempo tiene usted captada mi estimación y mi amistad. Consultaré á Magdalena, y si acoge sus votos, puedo prometer á usted de antemano que nada perturbará su ventura.

Retiróse el baronet con el corazón poseído de dulcísima esperanza. Si amaba á Magdalena, si no había podido ver, sin quedar subyugado, tanto candor y talento, tanta gracia y belleza, amaba también á Mauricio con vivo afecto, y lo que sobre todo sonreía á aquel poético espíritu, á aquel alma generosa y tierna, era la idea de vengar á los dos hermanos de las injusticias de la suerte, restituyéndoles, á la faz del mundo, la posición que habían perdido.

Al quedar solo, abismóse Mauricio en un caos de pensamientos tan confusos y de sentimientos tan encontrados, que el más sutil analista, el más consumado fisiólogo con dificultad hubieran logrado desenmarañar tal madeja. Después de haber acompañado, por un supremo esfuerzo, á sir Edward hasta la meseta de la escalera, había vuelto á entrar en su cuarto, cayendo desplomado en el lecho como aplastado por las palabras que de oír acababa. Al principio sólo sintió un horrible padecer, sin saber en qué consistía. A esta tormenta siguió una especie de anonadamiento. El tumulto de sus sentidos se había apaciguado; poco á poco sus percepciones despertaron más claras y lúcidas. En breve iluminó su frente dulce fulgor, parecido á los primeros destellos del alba. En efecto, era el alba de una vida nueva. Brilló en su mirada una llama celeste, y entreabrió sus labios, todavía pálidos y temblorosos, una sonrisa de niño al despertar. Largo rato permaneció en mudo éxtasis. Por fin hinchóse el pecho conmovido; brotó el llanto de sus ojos, surgió un grito del seno, y como Lázaro resucitado, alzó los brazos al cielo. Mirando al fondo de su corazón, acababa de percibir en él una flor recién abierta; había aspirado su perfume; y esta flor era el amor. ¡ Amaba! ¡ Ah! ¡ para comprender esta embriaguez, es preciso haberla experimentado; al declinar de un otoño precoz, hay que haber sentido germinar en el alma una segunda primavera, renacer y abrirse bajo un hálito divino esa flor del amor, que se creyera perdida para siempre!

Corta fué esta embriaguez, saliendo de ella Mauricio

con un brusco movimiento de cólera y desesperación. Cual pájaro mortalmente herido en las llanuras del aire, recayó pesadamente en el suelo de la realidad. ¡Miseró! amaba, cuando ya no era tiempo; llegaba tarde á las puertas del Edén; entreveía la felicidad en el momento de darle un eterno adiós. Su naturaleza violenta se reanimó por vez primera; surgieron, cual impetuoso torrente, imprecaciones celosas contra sir Edward que le robaba la vida; en el extravío de su dolor, apenas respetó á Magdalena. Recordaba la actitud de su prima en los últimos días; veíala sonriendo al baronet, que se la comía con los ojos, y sentía desgarrado su pecho por todas las torturas del infierno. Ni siquiera tenía el consuelo de decirse que tal vez se engañaba. Aun cuando no hubiese observado á los dos jóvenes, aun cuando no hubiese seguido con mirar celoso el progreso de su mutua pasión, el vago malestar que sufriera debía haberle iluminado ya; el martirio que padecía actualmente le hubiera gritado en voz sobrado alta que Magdalena amaba á sir Edward. Recorría á grandes pasos su cuarto, cuando se paró de pronto, avergonzado de su arrebató. Entró en sí, y se llenó de confusión.

—¿De qué te quejas, miserable?—exclamó bajando la cabeza.—Apenas escapado del fango donde arrastraste tu juventud, te quejas de no ser amado, te indignas al ver que prefieren á ti un noble corazón, una virtud sin tacha, una conciencia que nunca pecó! ¿Qué has hecho tú para merecer esa ternura que hoy consideras el bien supremo? Durante más de dos años

que has tenido ese tesoro al alcance de tu mano, ¿qué has hecho para hacerte digno de él? Lo has desconocido, lo has desdeñado, lo has pisoteado y ahora te sublevas á la idea de que lo posea otro! En pago de los ultrajes de que la colmaste, no te basta que la adorable criatura que Dios colocó bajo tu guarda, te haya sacado del fondo del abismo, haya lavado las manchas de tu alma, y abierto á tus pasos los senderos benditos. En pago de las villanas afrentas que le prodigaste, imaginas que su amor no sería demasiado salario á tu dureza, á tu conducta infame! ; Ah! Cállate, sí; permanece en la sombra, y agradece al cielo que te hizo la gracia de poder amar.

Nunca había llorado Mauricio con tanta amargura las faltas de su pasado; nunca, al recuerdo de sus extravíos, había derramado lágrimas tan acres, tan ardientes; nunca el remordimiento de los días mal empleados le había oprimido con más violencia. Por primera vez medía toda la extensión de su ruina; al fin su alma acababa de abrirse al sentimiento de la felicidad que tuviera á su alcance y que no supo coger. Actualmente, se decía, si hubiese yo seguido siempre, como sir Edward, la línea inflexible del deber, me hallaría en el hogar de mis padres, al lado de Magdalena que me amaría quizá, puesto que yo sería digno de su amor.

El verdadero amor es humilde, resignado, y se halla siempre dispuesto al sacrificio. ¿Qué podía ofrecerle Mauricio á su prima? Por más que hiciera, á pesar de su ánimo y de su perseverancia, á pesar de la boga

que obtenían sus obras, aun suponiendo que ésta fuese duradera, jamás podría brindarle sino una existencia mezquina y limitada. Casando con sir Edward, Magdalena recobraría en la sociedad el rango que le pertenecía y que nunca hubiera debido dejar. Si se sentía atraída á él por un sentimiento de afecto, aunque fuese débil, ¿debía contrariarlo Mauricio? Su deber era, por el contrario, alentarle con todas sus fuerzas y sacrificarlo todo para la felicidad de Magdalena. No había que vacilar; desde luego, quedó tomado su partido.

Triste y silencioso, pero sin mal humor, pasó como de costumbre la velada en el cuarto de su prima. Por uno de esos contrastes asaz frecuentes en todas las intimidades, la joven alemana estaba aquella noche sumamente alegre; Mauricio la observaba melancólico, con aire de sonriente resignación. No solicitó una palabra, ni buscó una mirada que pudiese quebrantar su resolución. Sólo, poco antes de retirarse, rogó á Magdalena que se sentara al piano y cantase la *Despedida*, esa melodía de Schubert que cierta noche le había conmovido tan profundamente. Accedió la joven de muy buen grado á este capricho. Nunca su canto fué más sentido. Cuando hubo terminado, levantóse Mauricio, tomó entre las suyas las manos de su prima, las llevó respetuoso á sus labios y en seguida salió para aliviar á su corazón del peso que lo oprimía.

—¿Estáis triste, señorito Mauricio? ¿qué os pasa?— preguntóle Úrsula, deteniéndole en el recibimiento.

—No es nada, querida Úrsula—dijo Mauricio repri-

miéndose.—Ya sabes que de algún tiempo acá, mis tristezas no son muy graves. Vaya, dame un abrazo; estoy seguro que eso me aliviará.

Saltó Úrsula al cuello de su hermano de leche, quien la estrechó entre sus brazos. Solo al fin, ya no se contuvo Mauricio; dejó exhalar su desesperación en sollozos y desbordar en raudales de llanto: fué el último tributo que pagó á la debilidad humana. El siguiente día, saltando de la cama al asomar el alba, sentóse junto á su banco y allí, para que nada faltase á la inmolación de sus esperanzas, sofocando los gritos de su alma, enterrando el amor en su seno, escribió con firme pulso:

«He cumplido mi palabra, Magdalena. Me pedisteis que viviese dos años á vuestro lado; el plazo que vos misma fijasteis ha expirado desde hace algunos meses. Me pedisteis dos años de abnegación y sacrificio, y esta misión la habéis desempeñado vos. Dándome á conocer el valor del trabajo, la grandeza y la santidad del deber, habéis casi borrado en mí la huella de mis extravíos. Sea cual fuere el porvenir que Dios me depare, siempre sentiré hacia vos eterno reconocimiento y mis palabras serán de bendición para vos; pero no quiero, ni debo aceptar por más tiempo el sacrificio á que con tanto valor os resignasteis; sería, de mi parte, egoísmo grosero que nunca me perdonaría. Ahora ya no se trata de mí, sino de vos y de vuestra ventura. Sir Edward os ama, y es digno de vuestro amor. Él os colocará en el rango que merecéis. Como me profesa, sin

la menor duda, un afecto sincero, se encargará de desempeñar mi deuda para con vos. Adiós; voy á partir. No os dé cuidado mi destino. Donde quiera que me halle, ya sabéis que mi trabajo puede bastar á todas mis necesidades. No temáis que vuelva á caer en la profunda noche de donde me sacasteis; siempre me guiará una estrella misteriosa en el sendero que me habéis allanado. Si mis fuerzas flaquearan, si llegase á sobrecogerme el desaliento, me bastará, para reponerme, mirar al fondo de mi corazón: en él hallaré vuestra imagen. Voy á visitar de nuevo el castillo de mis padres; es una legítima reparación que debo á la memoria del Caballero. Quiero mostrarme puro y regenerado á aquellos lugares que me vieron degradado y mancillado. Mi buen padre murió lejos de mí, sin estrechar la mía con su desfalleciente mano. Esta piadosa peregrinación acabará de apaciguar la turbación de mi conciencia. Después marcharé con firme paso á donde Dios me conduzca. Adiós otra vez, Magdalena; sed feliz, y mientras yo bendigo los recuerdos de los días que hemos pasado juntos, ¡quiera el cielo que esta memoria no os sea demasiado amarga!

Vuestro hermano, MAURICIO.»

Dobló la carta, trazó en el sobre el dulce nombre que en adelante debía llenar toda su vida, y la dejó en sitio visible sobre el mármol de la chimenea. En aquel momento, percibió á Marceau y á su mujer, trabajando ya, junto á la cuna de los niños, y les saludó con afectuoso ademán. Después de contemplar con mirada



de envidia, durante algunos minutos, la paz y la felicidad de aquella familia, ocupóse en los preparativos de su partida, que en menos de un cuarto de hora quedaron listos. Dispuesto ya todo, ciñó en torno de su blusa su cinturón de cuero, echóse á la espalda la mochila que contenía toda su fortuna, empuñó resuelto el bastón del obrero viajante, y luego, después de recorrer con enternecidos ojos aquel cuartito, donde había entrado endurecido por el egoísmo, mancillado por la ociosidad, envejecido por la disolución, salió regenerado por el trabajo, rejuvenecido por el amor, santificado por el sacrificio.





XVI

MIENTRAS andaba por París, una secreta irritación acompañaba su tristeza. Sentía vacilar la generosa resolución que le impulsara á separarse de Magdalena. Parecía que en la atmósfera de la gran ciudad había como un resto de las funestas influencias que antaño le subyugaron. Fuera ya de París, cuando sintió dilatarse el pecho en el aire vivificante de la campiña, en plena naturaleza, se apaciguó su cólera, ablandóse su corazón y se dejó dominar enteramente por un sentimiento único: su amor á Magdalena. En los tiempos de su vida borrascosa, que él calificaba

locamente de vida apasionada, cada vez que uno de sus deseos se veía contrariado ó no podía saciarse sino tras encarnizada lucha, la resistencia despertaba en él el despecho ó el rencor. No comprendía el amor sin la posesión; hubiera sonreído de lástima si le hubiesen dicho que el corazón puede gozar en el amor una felicidad independiente del objeto amado. Ahora, á solas consigo mismo, entreveía la grandeza y la santidad de un sentimiento que nunca había conocido y del que hasta entonces sólo abrazara la imagen grosera. Alejábase de Magdalena; su corazón sangraba por esta separación, y, sin embargo, saboreaba su dolor con delicias. En su aislamiento voluntario, en el destierro á que se resignaba, sentía un goce más vivo y profundo que en la embriaguez de sus pasiones satisfechas. No era amado, pero se sentía más digno de amor, y la conciencia de su valor moral le inspiraba legítimo orgullo. No era amado; pero se aplaudía por el sacrificio que acababa de hacer á la mujer amada, y encontraba, en el sacrificio mismo, un goce que á nadie le era dado robarle. En su peregrinación á Valtravers no le guiaba tan sólo el deseo de cumplir con la memoria de su padre; quería, además, ver de nuevo los lugares donde encontró por primera vez á Magdalena y bendecir la huella de sus pisadas. Quería respirar el aire que ella embalsamó con su presencia, recorrer los senderos donde había oído sus palabras; era para él una forma postrera y suprema del agradecimiento.

Caminaba erguida la cabeza, aspirando el aire á plenos pulmones. El sentimiento de las bellezas de la naturaleza, adormecido desde largo tiempo en su cora-

zón, despertaba al fin. Tocaba á sus postreros días Mayo: el sol sonreía á la tierra. Todas las ondulaciones de los ribazos, todos los caprichos del cielo, todos los accidentes del paisaje eran para Mauricio manantial de inesperados goces. Al ver su cándido asombro, hubiérase dicho que contemplaba, por primera vez, las maravillas de la creación. Las austeras fatigas de aquel viaje á pie eran para él más dulces, que todos los paseos hechos antaño en el fondo de una carretela indolente, al galopar de los caballos. Las paradas de noche en las posadas, las partidas al asomar el alba, las reuniones en la mesa común, los saludos cambiados en la ruta, las conversaciones con los chicuelos en el banco de piedra, ante la puerta, eran otros tantos episodios poéticos que renovaban á cada instante el interés de la peregrinación, á la vez que le iniciaban en la práctica de la igualdad.

Por último, una postrera revolución moral debía coronar á las otras.

Magdalena había logrado reanimar el sentimiento religioso en el corazón de Mauricio, pero siempre habían sido vanos sus esfuerzos para inducirle á la plegaria, y á invocar, en sus tristezas, los consuelos divinos. Reservado estaba al dolor el llevarle de nuevo, por insensible pendiente, á las creencias y al culto de que hasta entonces se mofara. Todo sincero dolor nos eleva á Dios; así le aconteció á Mauricio. Cruzando una aldea que se encontraba en su camino, pasó junto á una iglesia; impelido por instinto irresistible, sin consultarse á sí mismo, sin previa deliberación, entró. Era una de esas pobres iglesias que Dios prefiere á los

templos suntuosos y dorados. El sol penetraba en ella dulcemente á través de las persianas; campestres flores cubrían las gradas del altar; aquí y allí, en las losas, unas cuantas mujeres y unos cuantos ancianos rezaban arrodillados en la sombra. Mauricio dobló sus rodillas y oró. Oró para obtener de su padre el perdón de sus extravíos y para obtener del cielo la felicidad de Magdalena.

Por último, después de quince días de marcha solitaria atravesó, sin ser conocido, la aldea vecina de Valtravers. Su traje bastaba para asegurarle el incógnito; además, en aquel andar firme, en aquella mirada altiva y serena, en la calma y en la dignidad de aquella noble y varonil figura, ¿quién hubiera reconocido al joven que recordaban haber visto pasar como un proscrito, tres años antes?

¡Ah! ¿quién pudiera narrar las emociones que le asaltaron cuando, una hora después, vió surgir al horizonte las umbrías que cobijaron su cuna, cuando sentó la planta en el lindero del bosque, cuando penetró en las profundidades misteriosas que tan á menudo recorriera entre su padre y la marquesa, y donde se le apareció Magdalena? Encontrándose de nuevo, lleno de amor y de vida, en aquellos hermosos lugares á donde, tres años antes, sólo llevara el sentimiento de su decadencia, su primer impulso fué clamar á la naturaleza entera que era joven, que podía amar, que amaba; su alma regenerada exaltóse en santa enagenación. «Alégrate, naturaleza, aún soy hijo tuyo! Ligeras brisas, acariciad mi frente, como en otro tiempo! Reconoced mis pisadas, musgos de los bosques, cés-

pedes de los claros! Estremeceós de júbilo á mi paso, árboles que mis padres plantaron!»—Caminaba lentamente; los recuerdos saltaban ante él como la alondra en los surcos. A la sombra de esta encina, había reposado junto al Caballero; bajo el plateado follaje de este pobo, se había pasado un día entero escuchando los primeros murmullos, contando los primeros estremecimientos de la juventud que se agitaba en él. Al doblar una avenida reconoció el sitio donde, una tarde de otoño, había encontrado á su prima. Evocó todos los detalles de aquella poética velada, recordando también que un año después, el día de su primera partida, encontró otra vez á Magdalena sentada en el mismo sitio.

—¡Ah, desdichado! ¿qué demonio te impelía?—exclamó con tristeza.—Allí estaba ella, ya hermosa y simpática, como un aviso celeste, como la imagen de la felicidad que ibas á dejar lejos de ti. ¿Cómo no la cogiste de la mano, desandando tus pasos!

Costeó el muro hasta la verja, y permaneció largo rato con la frente apoyada en los hierros. Maquinalmente, abrió la puerta, é impulsado por su corazón, entró. El parque estaba desierto; comenzaban á bajar las sombras de la noche. Mauricio ño oía más que el murmurar del viento en las hojas, gritos de algunas aves agazapándose en sus nidos y el ruido de la arena al hundirse bajo sus plantas. Rozando los setos, avanzaba con furtivo paso. Al doblar la avenida, próximo á descubrir la fachada, se paró, reteniendo el aliento y apretando con ambas manos el pecho para impedir que estallara. Por fin, miró... ¿Debía dar crédito á sus ojos? ¿No era aquello un sueño, un espejismo, una

ilusión de su exaltado cerebro? Quiso gritar, y la voz expiró en sus labios. El bastón que llevaba escapó á sus dedos; dobláronse sus piernas, y para no caer, hubo de apoyarse contra un árbol. Allá, á veinte pasos, ante él, sentados en la escalinata, iluminados por los postreros rayos del sol, mientras dos chiquillos, muy conocidos de Mauricio, retozaban en el césped, Magdalena, sir Edward, Pedro Marceau y su mujer, conversaban familiarmente. De pronto Magdalena se levantó y Mauricio la vió avanzar hacia él sonriente, tan serena, tan tranquila, como si se hubiese tratado de la cosa más sencilla y natural del mundo.

—Os esperábamos, amigo mío—le dijo.

Y, tomando el brazo de su primo, llevóle la joven hacia el baronet, Teresa y Marceau quienes, por su parte, venían todos á su encuentro. Estrecharon sus manos en silencio; ni una palabra se pronunció. Todos los corazones estaban conmovidos; mudas todas las bocas.

—¡Amigos míos!—dijo por fin Mauricio con trémula voz, deteniéndose al pie de la escalinata y paseando en derredor miradas extraviadas—¡amigos míos! ¿qué ha pasado? ¿qué pasa? Hablad, contestadme. ¿He soñado el dolor y la desesperación, ó bien estoy soñando ahora la felicidad?

Los rostros que le rodeaban sólo contestaron con afectuosa sonrisa. Sostenido por Magdalena, subió los peldaños de la escalinata. Ya toda la servidumbre se hallaba reunida en el salón de entrada. Mauricio los reconocía á todos; todos le habían visto nacer ó crecer.

—Hijos míos—les dijo Magdalena—aquí tenéis á vuestro joven señor, que vuelve á nuestro lado.

Rodeáronle con amor y respeto, mientras Úrsula desataba con cariñoso celo las correas que retenían la mochila en los hombros de su señorito. En aquel instante, vinieron á anunciar que el Caballero tenía dispuesta la mesa. Seguida de sir Edward y de los Marceau, Magdalena le cogió de la mano, conduciéndole al comedor, donde todo se hallaba en su antiguo sitio, y haciéndole sentar, con su traje de obrero, en el sillón que antaño ocupaba su padre. Si bien la mesa estaba ataviada con todo el lujo hereditario en cuyo seno había crecido Mauricio, la comida fué silenciosa y corta. Mauricio conservó hasta el fin la actitud del hombre que, no sabiendo si sueña ó si está despierto, teme desvanecer, por un gesto demasiado brusco ó por una palabra imprudente, los encantos de que es testigo. Al cabo de un cuarto de hora levantóse Magdalena y dejando el grupo de convidados dirigióse hacia el bosque con su primo, que se dejaba llevar como un niño. Al llegar junto á un verde otero, la joven se sentó, haciendo que Mauricio tomara asiento á su lado.

Era una de aquellas hermosas veladas que parecen doblar el valor de la felicidad. Mientras una región del cielo estaba aún enrojecida por los últimos rayos del sol poniente, en el otro extremo del horizonte surgía la luna de un lago de azur, y subía lentamente á la copa de los árboles, plateándolos con su luz pálida. El ruiseñor llenaba con sus trinos el denso follaje; las brisas nocturnas despertaban; y en el fondo del bosque oíase como rumor lejano de cascada.

—¡Oh amigo mío!—dijo Magdalena con voz más melodiosa que el canto del ruiseñor, más fresca que el aura

de la noche—¡os amo desde el día en que os ví por primera vez! Necesitabais, para regeneraros, pasar por la pobreza, el trabajo y la abnegación. Lo comprendí y quise compartir las pruebas que os imponía. Estas pruebas han terminado; ¿me las perdonáis, Mauricio?

Mauricio sintió fundirse su alma como un grano de incienso y exhalarse hacia Magdalena en silenciosa adoración. Habíase arrodillado al pie del otero, donde su prima continuaba sentada. La blanca criatura inclinó hacia él su dulce rostro, y á la claridad de los cielos estrellados, encontráronse sus labios en casto beso.

¿Será menester decirlo ahora? la pobreza de Magdalena no era sino piadosa mentira. No había perdido su proceso. Había engañado á Mauricio, para salvarle. No quiero referir día por día lo que pasó en el corazón de Magdalena mientras Mauricio proseguía la obra de su rehabilitación. Es un relato que las almas delicadas harán por sí mismas; en cuanto á las almas vulgares, no lo comprenderían. El joven caballero acababa de encontrar á sus amigos de París, bajo el techo de sus padres. «Han sido testigos de vuestras luchas y de vuestros esfuerzos; justo es—le dijo Magdalena—que se hallen presentes en el momento en que recibáis la recompensa de que tan digno os habéis hecho. Lo que sir Edward amaba sobre todo en mí, era nuestra pobreza; nuestra dicha le consolará.»

Transcurrido un mes, Mauricio y Magdalena se casaban sin ostentación en Neuvy-les-Bois, en presencia de sus amigos, de sus colonos y de sus servidores. Después de haber gozado durante algunos días el espectáculo de sus dulces goces, Pedro Marceau partió



Habíase arrodillado.

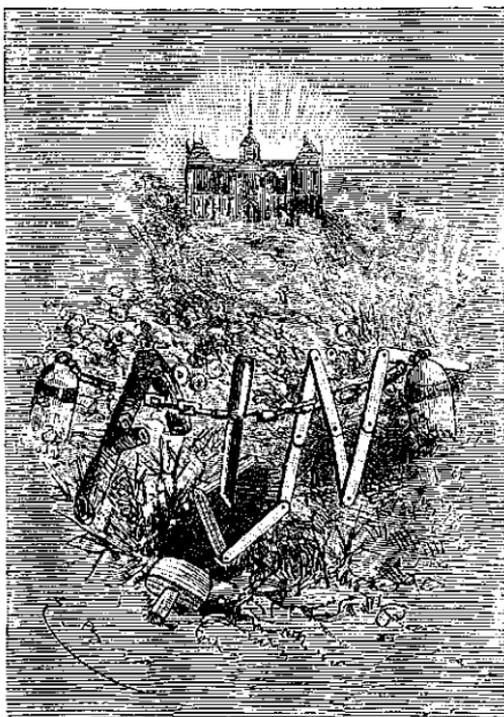
para París con su mujer y sus hijos. En vano Magdalena intentó retenerlos, en vano Mauricio les ofreció albergue en el castillo, donde encontrarían fácil empleo á su actividad y á su inteligencia.

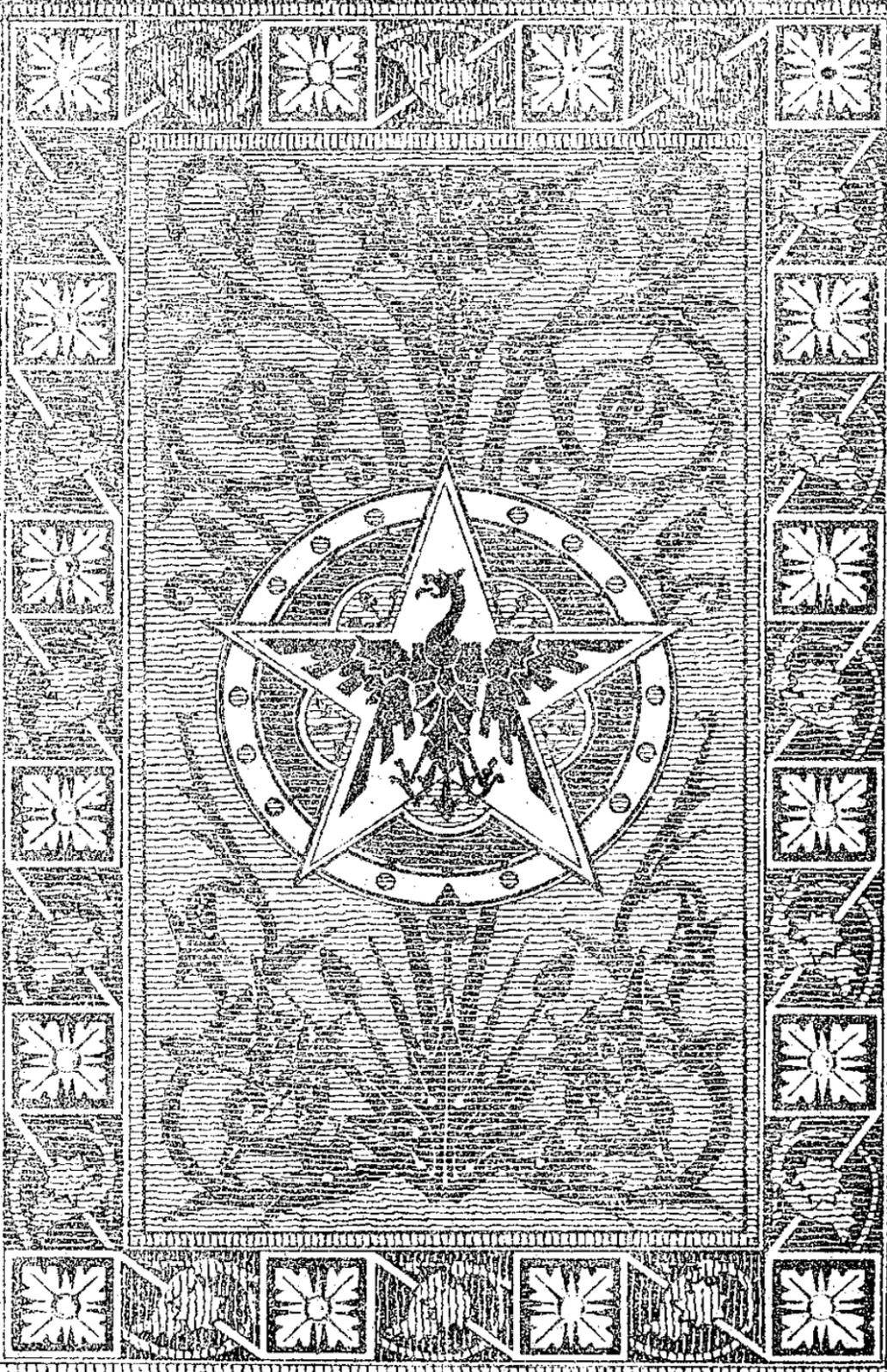
—Habéis vuelto á encontrar aquí vuestro sitio—respondió Marceau;—dejadme conservar el mío. A pesar de la amistad que nos une, comprendo que estorbaría vuestra felicidad. Nada temo de vuestro orgullo; el trabajo que hemos compartido juntos ha establecido entre nosotros una igualdad que nada podría alterar; pero el mundo en cuyo seno vais á vivir se negaría á comprenderla, y su extrañeza sería para mí un mudo reproche, que quiero que nos ahорremos los dos.

La apreciada familia partió colmada de testimonios de afecto. Al cabo de un mes, despidióse á su vez sir Edward. «Velad por vuestra felicidad—dijo á Mauricio en el acto de despedirse;—es una planta delicada que necesita solícitos cuidados. Creció bajo un hálito embalsamado; sabed defenderla contra las tormentas que pudieran troncharla.» Después, volviéndose hacia Magdalena, quiso dirigirle algunas palabras de despedida; pero turbóse, humedeciéronse sus ojos, y la joven sintió una lágrima en su mano, que el digno amigo oprimía contra sus labios.

Terminó mi tarea. Las existencias venturosas no se describen. Mauricio estaba ya libre de peligro y ni siquiera había menester de valor. Si el trabajo ya no es para él una necesidad, no por ello permanece inactivo; ocúpase en practicar el bien, sembrando en torno suyo su riqueza. Magdalena ve pagada con amor su

abnegación. Ninguna nube ha venido á enturbiar la serenidad de su ternura mutua. En cuanto á Úrsula, por más que le diga Magdalena, persiste en creer que su joven señorita perdió realmente el pleito, y que Mauricio encontró en la escultura el medio de adquirir nuevamente el dominio de sus antepasados. Mauricio ha conservado á su mujer una gratitud exaltada; á menudo le acontece bendecirla con enagenación. «Amigo mío — le responde ella en estos casos — no es á mí á quien debes agradecerlo; yo sólo te indiqué la senda que debías seguir. Al trabajo deben dirigirse tus bendiciones; pues gracias á él encontraste de nuevo la juventud, el amor y la felicidad.»





BIBLIOTECA
NACIONAL
BN



1001973520



